
UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00358322 6

Milena Buchanan
Madrid

3rd ed 1916
2a ed. 1915 Mad. Imp. Clas. Esp. 1903 295 pp. 4 leav

1. Piña (Juan Izquierdo de) Novelas exemplares é prodigiosas. Mad 1624 (V. Lope 365)

2. Rev. of Icaza of Rev Hisp VIII/347 +. Rev. crit. LII/92-3
Saturday Review XCII/406.

3 Julián Apraiz. Estudio histórico crítico sobre las novelas &c. Madrid 1901 171 pp. of Rev Hisp (7 Delbus) VIII/347 +. Sat. Rev. XC

Tenaces. Toledo. Rev d hist litt 00/339 n.
: re amante liberal; dos doncellas
La ilustre fregona - notes.
amante liberal and Rayuelo (= Regoneo?)
Criticism of Lope. in Festival de Drama...
Bull. Hisp. VIII/332

Apraiz J. Juicio de La tía fing. text (a 3 edicions) de Madrid (Suc. de Hernando) 1906. 6 p
Criticism of his novels Obras VIII/334

Rev of Icaza. 7 Delbus Rev Hisp 01/547 (regular)
also of Apraiz (regular!)

Dates of nov. ed. (some of them) of Icaza
328 Alumbre of Sevilla friend.

Dates of novelas. El Licenciado p. 220 +

Icaza, Algo más sobre El Lic. V. BRABM 19
38 (Sm...)
Lic Vidriera - possible that source
Lilina van Sarzom. Bull Hisp. 30/70
Icaza's book scarce - Pfandl 339+

50. "Los gitanos en la literatura española: Siglos XVI y XVII." By Dr. M. ROMERA-NAVARRO, of the *University of Pennsylvania*.

[Opúsculos de pretensiones históricas, científicas o sociales que tienen por asunto el gitanismo.—Entremeses, comedias y novelas en que los gitanos hacen importante papel.—Particular examen de *La gitanilla* de Cervantes, y comparación de sus descripciones con las que de la vida y los usos gitanos hallamos en cuatro sucintos tratados de sus contemporáneos y en la parte expositiva de textos legales de la época: Cervantes es el primero, y en todo tiempo el único, en reconocer a los gitanos españoles algunas brillantes cualidades y describir su vida serena e imparcialmente, resultando por tanto *La gitanilla* el más precioso documento del gitanismo español.]

LAS NOVELAS EJEMPLARES

LAS NOVELAS EJEMPLARES



LAS «NOVELAS EJEMPLARES» DE CERVANTES — SUS CRÍTICOS — SUS MODELOS LITERARIOS — SUS MODELOS VIVOS, Y SU INFLUENCIA EN EL ARTE

POR FRANCISCO A. DE ICAZA
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

OBRA PREMIADA POR EL ATENEO DE MADRID

1901

(Edición de 300 ejemplares.)

Núm. 188

MADRID, 1901. — Est. tip. «Sucesores de Rivadeneyra»
Paseo de San Vicente, núm. 20.

SUMARIO

Libro segundo

Libro tercero

9

ATENEO

CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

DE MADRID



Conforme con el dictamen emitido por unanimidad de votos por el Jurado calificador compuesto de los señores D. José de Echegaray, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Don Rafael Salillas, D. Emilio Cotarelo y Mori y D. Ramón Menéndez Pidal, reunido el Ateneo en Junta general extraordinaria, el día 26 de Enero de 1901, acordó conceder el premio Charro-Hidalgo á la obra presentada por D. Francisco A. de Icaza acerca del tema «Estudio histórico-crítico de las Novelas Ejemplares de Cervantes».

Madrid 27 de de Enero de 1901.

El Secretario,
A. Bonilla.

El Presidente,
Segismundo Moret y Prendergast.

Al Ateneo de Madrid,

QUE, NO CONSIDERÁNDOME EXTRANJERO
EN LAS LETRAS CASTELLANAS, ME HONRÓ ELIGIÉNDOME
VICEPRESIDENTE DE LA SECCIÓN DE LITERATURA,
DEDICO ESTE ESTUDIO CRÍTICO
EN TESTIMONIO DE PROFUNDO RECONOCIMIENTO.

LECTOR: este libro no se publica para muchos, sino para unos cuantos: para los que se interesan en este género de investigaciones. Si te son indiferentes, puedes dejarlo en seguida; si despiertan tu curiosidad, es posible que te parezca ameno, pues ya sabes que «hay algo peor que leer un libro enfadoso, y es escribirlo»; y yo te aseguro que terminé éste sin cansancio, y que hasta me divertí escribiéndolo.

FRANCISCO A. DE ICAZA.

LIBRO PRIMERO

LIBRO PRIMERO

LAS NOVELAS EJEMPLARES Y SUS CRÍTICOS

I

Después de lo que se ha publicado sobre las *Novelas Ejemplares* de Cervantes, imaginarán muchos que es punto menos que imposible escribir de ellas algo que merezca ser leído; y, sin embargo, nada tan falso como esta suposición. Es cierto que coleccionado todo lo que corre en letras de molde acerca de estas obras, ocuparía algunos tomos; pero no lo es menos que, hecha una selección, lo que en

realidad se ha dicho de ellas cabría en unas cuantas páginas, llenas en su mayor parte de mentiras, que han pasado y pasan por verdades comprobadas, merced, sin duda, á que no se sospecha que varias generaciones de escritores de los tenidos por eruditos, reflexivos y concienzudos, se dieron á la fácil tarea de copiar al pie de la letra cuanto con referencia á estas novelas hallaron á mano, sin discutir siquiera la veracidad de los hechos, ni compulsar los datos, ni verificar las citas; y de ahí que en honor de las *Novelas Ejemplares* se haya levantado un verdadero monumento de errores, que hay que echar por tierra antes de edificar nada nuevo.

II

Poco es lo que acerca de esta parte de la obra literaria de Cervantes nos dejaron los escritores de principios del siglo XVII: unos cuantos párrafos y algunas frases diseminadas en los libros de aquel tiempo. Pero estas frases y estos párrafos, son elementos que deben aprovecharse en un estudio de las *Novelas Ejemplares*, para deshacer la enredada madeja de equivocaciones urdidas más tarde. Por lo pronto, nos bastan para probar su originalidad y nos demuestran, á ciencia cierta, que fueron recibidas con igual aplauso que el mismo *Quijote*. No sólo los admiradores de Cervantes, sino hasta sus émulos y sus enemigos las alaban, y nada importa que por los mezquinos regateos y distingos con que lo hacen, ó por el giro desdeñoso con que escriben, descubran el trabajo que les cuesta la alabanza; más grande á nuestros ojos aparece ésta, cuando Lope declara que á las *Novelas* «no las faltó

gracia y estilo» [1]; ó cuando *Avellaneda* las conceptúa «más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas» [2]; que cuando Quevedo dice que

[1] *En España tambien se intenta, por no dexar de intentarlo todo. Tambien ay libros de Nouelas, dellas traduzidas de Italianos, y dellas propias, en que no faltó gracia y estilo a Miguel Cervantes. Confiesso que son libros de grande entretenimiento, y que podian ser exemplares, como algunas de las Historias Tragicas del Vandelo: pero auian de escriuir los hombres cientificos, o por lo menos grandes cortesanos gente que halla en los desengaños notables sentencias y aforismos.*

La / Filomena / con otras diversas / Rimas, Prosas y Versos / de Lope de / Vega Carpio / A la Ilvstrissima / Señora doña Leonor Pimentel / Año 1621 */ Con licencia / en Barcelona / Por Sebastian de Cormellas / Fol.* 58 *vto. y* 59.

[2] *Como casi es comedia toda la historia de Don Quixote de la Mancha, no puede ni deue yr sin prologo: y assi sale al principio desta segunda parte de sus hazañas este menos cacareado, y agressor de sus letores, q el que a su primera parte puso Miguel de Ceruantes Saauedra, y mas humilde que el que segundo en sus Nouelas mas satiricas que exemplares, si bien no poco ingeniosas no le parecerá a el lo son las razones desta historia... Contentese cõ su Galatea y comedias en prosa, que esso son las mas de sus Nouelas no nos canse.*

Segvndo / Tomo del / Ingenioso Hidalgo / Don Qvixote de la Mancha, / que contiene su tercera salida: y es la / quinta parte de sus auenturas / compuesto por el

hay que mirarlas con temor y reverencia [3]; cuando Tirso, con justificado entusiasmo, le llama «nuestro español Boccaccio» [4]; ó Salas Barbadillo le

Licenciado Alonſo Fernandez de / Auellaneda, natural de la Villa de / Tordesillas / Al Alcalde, Regidores, y hidalgos, de la noble / villa del Argameſilla, patria feliz del hidal / go Cauallero Don Quixote / de la Mancha / Con licencia, En Tarragona en caſa de Felipe / Roberto, Año 1614.—*Prólogo.*

[3] *En «La Perinola» dice, refiriéndose à las novelas de Montalván: «Para agravarlas las hizo tan largas como pesadas, con poco temor y reverencia de las que escribió el ingeniosísimo Miguel de Cervantes»; y añade: «Deje las novelas para Cervantes y las comedias á Lope...»*

[4] *Pareceme, ſeñores, que deſpues que murio nueſtro Eſpañol Bocacio (quiero dezir Miguel de Cervantes) executor acerrimo de la expulsion de andantes auenturas, comiençan a atreuerſe cauallereſcos encantamentos...*

Cigarrales / de Toledo / compvesto por el maestro / Tirso de Molina natural de Madrid. / a Don Svero de Qviñones y Acvña, / Cauallero del habito de Santiago, Regidor perpetuo y Alferez / mayor de la Ciudad de Leon, Señor de los Concejos / y villas de Sena, é Hibias. / Año 1631 / *en Barcelona / Por Geronymo Margarit. / A coſta de Juſepe Genouart, mercader de libros, fol.* 73.

DON RODRIGO.

¿Hay sucesos semejantes?

escoge como valedor y padrino para presentar á los ingenios españoles ante el gran padre de las Musas [5]. Hasta

CHINCHILLA.

Cuando los llegue á saber
Madrid, los ha de poner
en sus novelas Cervantes.

«El castigo del pensé-que», *acto* 1.º, *escena X. Doze comedias... Madrid*, 1627.

[5] *«Tarde ſe retiró (Apolo) de eſte moleſto cuydado (el de despachar una estafeta á la Luna)*, *y quando mas tarde pidió la cena con mas priſſa. Trujeronſsela y pregũtaronle ſi queria que entraſſen los muſicos y reſpondió, que no*, *mandando que en ſu lugar viniessen los hombres ſabios, porque mas queria deleytar el entendimiento que los ſentidos...»*

«Aqui llegaron los tres ingenios Españoles acompañados de muchos varones iluſtres por el ingenio, y las letras, apadrinauanlos Garcilaso de la Vega, El divino Figueroa y Miguel de Cervantes...» Cuando se retrata él mismo, suponiendo ser recibido en audiencia por Apolo, dice: «Vino apadrinado por los ingenioſiſsimos varones Miguel de Cervantes y Pedro de Liñan que despues de haberle presentado al gran padre de las musas...»

Coronas / del Parnaso / y / plato de las / Mvsas / Las coronas del Parnaso / al Excelentiſsimo ſeñor Conde Duque / gran Canciller / Los Platos de las Mv:as / a los venerables ingenios, ornamento, y / f.licidad de la Patria / Alonso Geronimo de Salas / Barbadillo, criado de ſu Mageſtad ſe los / ofrece, y conſagra / Año (dentro

la corrosiva murmuración literaria de Suárez de Figueroa, puesta, como siempre, al servicio de añejos rencores, no pudo en esta ocasión ejercitarse sino en lo que de íntimo y personal tenían las *Novelas*, pues censura que el autor hubiese historiado en ellas sus propias desgracias, «dando á su corta calidad maravillosos realces, y á su imaginada discreción inauditas alabanzas» [6], y comprueba así, por modo in-

de un marco) Varon deſeado / Requiescat in pace / 1635 / En Madrid, En la Imprenta del Reino / A costa de la hermandad. Folios 3 é inmediatos siguientes.

[6] DON LVIS. *Paſſemos adelante q̄ me juzgo inſuficiente para novelar.* DOCTOR. *No ſeria malo, ſi por ſuerte os han ſucedido naufragios en el diſcurſo de vueſtra vida, entregarlos a la fama, para que por boca de la poſteridad ſe vayan publicando de gente en gente.* DON LVIS. *Eſto à que propoſito? Porq̄ como quiera que de muchos infortunios es autor y cauſa el mismo q̄ los padece, ſolo puede ſervir de manifeſtar al mundo ſu imprudencia, firmando de ſu mano ſus mocedades, eſcandalos y deſconciertos.* DOCTOR. *Dezis bien, mas con todo eſſo no falta quien ha hiſtoriado ſuceſſos ſuyos, dando à ſu corta calidad marauilloſos realces, y a ſu imaginada diſcrecion inauditas alabaças: que como estaua el paño en ſu poder, con facilidad podia aplicar la tiſera por donde le guiaua el guſto.* MAESTRO. *Y que fruto ſacó de*

directo, la originalidad de estas obras, porque si Cervantes había novelado en ellas su propia vida, mal podía tomar de libros ajenos, hechos que le había enseñado la experiencia, pasajes en los que fué actor unas veces y otras testigo. Razón le sobraba cuando con orgullo de padre decía de ellas: «Son mías propias, no imitadas ni hurtadas; mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa.»

III

Y en los brazos de la estampa crecieron, multiplicándose en numerosas ediciones, durante los siglos XVII y

tan notable locura, de tan desatinada osadia? DOCTOR. *El que suele produzir lo q̄ no se forja en el crisol de la cordura; mofa, risa, mengua, escarnio.*

El / Passagero. / Advertencias / vtilissimas a la vida / humana. / por el Doctor Christoval / Suarez de Figueroa. / a la Excelentissima / Republica de Luca. / (45) *año* 1618 */ en Barcelona / por Geronimo Margarit, y á su costa. fol.* 56 *vuelto.*

XVIII, lo mismo en español y en italiano, que en alemán, inglés y francés [7]. La crítica nacional y extranjera nada

[7] *La cesión de privilegio para imprimir y vender las «Novelas ejemplares» fué firmada por Cervantes á favor de Francisco de Robles, en* 9 *de Septiembre de* 1613. *Consta en ella que cedió por diez años el derecho de imprimirlas en Castilla y Aragón, y el poder para gestionar el mismo privilegio en Portugal «por precio y quantia de mill y seiscientos reales, y de veinte y quatro cuerpos de dicho libro»* («*Documentos / cervantinos / hasta ahora inéditos / ..... / por el Presbítero / Don Cristóbal Perez Pastor / ..... / Madrid / ..... / Fortanet..... /* 1897»), «*Las Novelas» debieron de ponerse á la venta en el mismo Septiembre de* 1613, *y, un año después, el* 24 *de Noviembre de* 1614, *ya estaban traducidas al francés y concedido privilegio para la impresión en París, á «Jean Richer, Libraire Juré en l'Université». Esta traducción, de Rosset y D'Audigvier, que saldría á luz, si no á fines del mismo año de* 1614, *á principios del de* 1615, *cuya fecha lleva, fué conceptuada por la Academia Francesa en* 1638 *como «una de las obras mejor escritas en idioma frances». En* 1617 *se publicó en alemán «Rinconete y Cortadillo» y, separadamente, se tradujeron también al alemán, después, las otras «Novelas». La primera traducción italiana es «Dal Sig. Gvglielmo Alessandro / de Nouilieri, Clauelli / ..... / In Venetia..... / MDCXXVI»; la primera versión inglesa es de Mabbe, London,* 1640, *y de ella dicen Godwin y otros críticos, que «es quizás el modelo más acabado de traducción en prosa que hay*

agregó durante mucho tiempo á lo que había dicho: en las primeras ediciones

en inglès»; Fèlix van Sambix tradujo «Las Novelas» al holandès y las publicò en Delft, 1643.

Las ediciones de las «Novelas Ejemplares» son muchas. Me proponia al comenzar mi trabajo, que le acompañara una lista bibliogràfica, con expresiòn de procedencias, de los ejemplares curiosos que he tenido ocasiòn de ver, en bibliotecas privadas y en las pùblicas de Mèxico, Boston, Parìs, Londres, Munich, Bolonia, Turin y Madrid; pero desistì de mi propòsito al recibir de Don Leopoldo Rius el primer tomo de su «Bibliografia critica / de las obras / de / Miguel de Cervantes / Saavedra» impreso en Barcelona en 1895, *y que no ha salido aùn al comercio de libros, porque, desgraciadamente, el fallecimiento del autor ha demorado la impresiòn del resto de la obra. En ella se describen las ediciones que yo tenia anotadas y bastantes màs; en las papeletas que he revisado, apenas si podria rectificarse alguna errata de imprenta de escasisima importancia. De los comentarios del Sr. Rius algo he de decir en su oportunidad. Las ediciones que describe son:* 92 *en castellano;* 41 *en francès;* 23 *en alemàn;* 21 *en inglès;* 8 *en italiano;* 4 *en holandès;* 2 *en sueco;* 1 *en portuguès y* 1 *en latin; que forman un total de* 195 *ediciones, à las que es seguro que en los nuevos apèndices se agregaràn algunas màs, encontradas despuès, y las recientemente publicadas. En el còmputo de las* 195 *ediciones he comprendido las que se han hecho separadamente de las novelas ingeridas en el «Quijote», pero no aquellas obras que aparecen en los catàlogos*

españolas se reprodujeron los preliminares de la edición príncipe, y en las traducciones mencionadas, prólogos y notas refiérense solamente á la inteligencia del texto y á la mayor ó menor elegancia de las versiones [8].

Así estaban las cosas, cuando á un erudito francés, á Huet, en su *Carta sobre el origen de las Novelas*, se le ocurrió hablar incidentalmente y de memoria del *Coloquio de los perros*, diciendo que estaba tomado del *Asno* de Apuleyo [9], y un biógrafo de Cer-

como de Cervantes, sin serlo; por ejemplo, la titulada «The Troublesome and hard Adventures in Love», London, 1652; *supercheria literaria de Codrigton, atribuida por éste á Mateo Alemán, y que nada tiene que ver con las novelas de Cervantes.*

[8] *De lo que eran los prólogos y notas en las traducciones á que me refiero, podria darse cuenta, quien no dispusiera de las ediciones originales, por la reproducción de la «Antica versione italiana / di / Guglielmo Alessandro de Novilliri / ..... Pagoni; Milano, Napoli* 1875»; *y por las «Advertencias» que copia Foulché-Delbosc en el prefacio de «Le / Licencie Vidriera / ..... Paris, Welter,* 1892».

[9] *Traité de l'origine des romans / par M. Huet / Sixième édition / A Paris / Chez Thomas Moette, rue / de la Bouclerie, près le pont / S. Michel, à S. Alexis /*

vantes, el primero por orden cronológico, Mayans, entendió, no sé cómo, que en ese desatino había un elogio, y se congratuló de que Cervantes «mereciera la aprobación de Pedro Daniel Huecio, hombre el más erudito que tiene la Francia» [10].

Vino después un traductor menos modesto que los anteriores, Florian, y no conforme con poner sus manos pecadoras en los libros de Cervantes, experimentando en ellos esta peregrina máxima de su invención: «En las traducciones de las obras recreativas, lo más agradable es lo más fiel», después de corregirlas á su antojo declaró que, á excepción de cuatro, las *Novelas Ejemplares* son indignas de la pluma de su autor [11], opinión que se

MDCLXXXV. Avec Privilège, &, Approbation. Página 49.

[10] *Vida y hechos / del ingenioso hidalgo / Don Quijote / de la Mancha / Compuesta por / Miguel de Cervantes Saavedra / en quatro tomos / Parte primera. / Tomo primero / En Londres; / por P. y R. Tonson MDCCXXXIII, p.* 78 *(Habla Mayans de las «Novelas» en las págs.* 76 *á* 84*).*

[11] *Las novelas de Cervantes no valen lo que Don*

tradujo en seguida al castellano y que hicieron suya muchos escritores españoles.

De entonces acá estamos condenados á que no haya nadie que escriba cuatro líneas sobre las *Novelas* sin contarnos que merecieron la aprobación (!) de Huet y que no le gustaban al caballero Florian.

Y ¿quiénes eran los que así aprobaban ó desaprobaban las obras del autor del *Quijote*? No sería extraño que en España hubiera hoy alguno que se hiciera esta pregunta, porque, respecto á Huet, ya decía Sainte-Beuve que la mayor parte de los lectores franceses no le conocía sino por una burla de Voltaire [12], y que de su nombre no

Quijote ni mucho menos. Hizo doce, y cuatro solamente son dignas de él: «El Curioso impertinente», que insertó en «Don Quijote»; «Rinconete y Cortadillo», cuadro grotesco, pero verdadero, de los pícaros de Sevilla; la «Fuerza de la Sangre», la más interesante y mejor conducida de todas, y el «Diálogo de los dos perros».

Œvres de Florian / Paris / Didot l'Aîné / MDCCLXXXIV, p. 21.

12 *Vous demandez, Madame Arnanche,*
Pourquoi nos dévots paysans,

había quedado más que una idea vaga, unida á una broma y una sonrisa. Y por lo que toca á Florian, al decir de Anatolio France, siempre dispuesto al elogio de lo que de algún modo puede elogiarse, se «experimenta ante su recuerdo una especie de placer parecido al que da encontrar en una tienda de trastos viejos un pastel muy fino borrado á medias». «Los felibres entienden admirablemente la vida y la muerte—agrega;—para ellos todo es fiesta. Acordándose de que Florian es su compatriota, comen y beben alegremente una vez al año en memoria del poeta, que de otro modo habría sido olvidado por completo» [13].

Quiénes fueron estos personajes no

Les Cordeliers à la grand'manche,
Et nos curés catéchisans
Aiment à boire le dimanche?
J'ai consulté bien des savans:
Huet, cet évêque d'Avranche,
Qui, pour la Bible, toujours penche,
Prétend qu'un usage si beau
Vient de Noé. . . . .

[13] *La / vie littéraire / par / Anatole France / Paris / Calmann Lévy*. 1889.

hay que preguntarlo á los diccionarios, porque son generalmente unos grandes aduladores de las medianías, á las que favorecen con los mismos epítetos laudatorios que á los más ilustres varones. Huet, según la más popular de esas enciclopedias, era un hombre de exquisito gusto, y Florian «llevaba á todos los actos de su vida esa sensibilidad de que llenó sus obras» [14]; y, en realidad, nada hay de cierto en tales rasgos biográficos, como vamos á ver, porque es tal la importancia que los críticos de las *Novelas Ejemplares* han dado á las opiniones de estos escritores [15], que es

[14] *Estas inexactitudes son del «Larousse», que también asegura, equivocadamente, en el artículo «Lacretelle», que éste alabó á Florian en su «Elogio».*

[15] ... *«esto dió motivo á que el eruditissimo Huet»* &ª *Vida / de Miguel de Cervantes / Saavedra, / natural de Madrid (sic) su autor Don Gregorio Mayans y Ciscar /... / año* 1737, *p.* 12 — ... *«mereció la Aprovacion de Pedro Daniel Huecio, hombre el mas erudito que ha tenido la Francia». Mayans, obra citada, p.* 83.— ... *del ilustrisimo Huecio... Vida / de Miguel de Cervantes / Saavedra. / por D. Juan Antonio Pellicer / ... / en Madrid / ... Sancha / año de MDCCC, p.* 146.— ... *«mereció la aprobacion de Pedro Daniel Huet, uno de los hombres más eruditos y juiciosos que ha tenido la*

indispensable conocerlos bien para dar á sus juicios la credibilidad que merecen, y porque el estudio de estas figuras nos ayudará en este respecto á la comprensión de la de Cervantes.

Francia». Vida / de Miguel de Cervantes Saavedra, / escrita é ilustrada / ... / por D. Martin Fernandez de Navarrete, / ... / Madrid en la Imprenta Real / año de 1819 / *p.* 131.—«*El doctisimo Pedro Daniel Huet juzgaba á Cervantes...» Navarrete, obra citada, p.* 173. — ... «*sin tener presente cuanto habia reflexionado el erudito Huet en su tratado sobre esta clase de novelas, relativamente á la idea que tuvo Cervantes...» Navarrete, obra citada, p.* 175.— ... «*mereció los elogios del celebre Pedro Daniel Huet, uno de los hombres más juiciosos y eruditos que ha tenido la Francia.» Don Agustin Garcia de Arrieta, p. XXIII del prólogo al Tomo VII de las Obras Escogidas... Paris, Bossage padre,* 1826.— ... «*mereció la aprobación de Pedro Daniel Huet, hombre el más erudito que ha tenido la «Francia...» Bosquejo historico sobre la novela española / escrito / por D. Eustaquio Fernandez de Navarrete. Bibl. Rivadeneyra», «Novelistas Posteriores á Cervantes». T. II, p. XLIII.*

IV

La erudición de Huet fué verdaderamente asombrosa, al decir del abate Olivet, su biógrafo y panegirista [16].

Y, efectivamente; Huet estudió muchísimo. Pero, apoyándome siempre al hablar de él, como lo haré respecto de Florian, en la opinión de ilustres escritores franceses que no se pueden tachar de parciales, aseguraré con Sainte-Beuve, que el Obispo de

[16] «*Vivió noventa y un años, se entregó desde su más tierna infancia al estudio, dispuso siempre de su tiempo, gozó de inalterable salud, al levantarse, al acostarse, y durante sus comidas, se hacía leer por sus criados, y, en una palabra, para servirse de los términos del mismo Huet, ni el fuego de la juventud; ni la preocupación de los negocios; ni la diversidad de empleos; ni la sociedad de sus iguales; ni el trajín del mundo, pudieron moderar su amor insaciable á la erudición. Una consecuencia me parece que se puede sacar de esto — añade Olivet, en el «Elogio» que precede al «Traité de la faiblesse», etc., París, 1722 — y es que probablemente el señor de Avranche ha sido, entre todos los hombres, el que ha estudiado más.*»

Avranche juzga muy bien de griegos y latinos, pero que en literaturas modernas se equivoca, se confunde, y no sabe distinguir. «Decididamente este hombre había leído demasiado, agrega Sainte-Beuve, y son, después de todo los ignorantes, como Pascal, como Descartes, como Rousseau, los hombres que han leído poco, pero que piensan y se atreven, los que, para bien ó para mal, empujan y hacen andar el mundo» [17].

Cerca de esa clase de *ingenios legos* está Cervantes, á propósito del cual escribía el mismo Sainte-Beuve: «Tres nombres han llegado á ser el ideal del arte: Platón, Sófocles, Demóstenes, y, sin embargo, una muchedumbre de espíritus exquisitos sigue de preferencia á Cervantes y á Molière, á los pintores prácticos de la vida; amigos indulgentes del hombre, al que conquistan por entero con la risa, comunicándole experiencia, pues conocen resor-

[17] *Cavseries / du Lundi / C. A. Sainte-Beuve /... / Paris / Garnier... MDCCCLI. T. II, p.* 177.

tes poderosos para producir en él un regocijo cordial y legítimo» [18].

¡Cuán lejos de la opinión de Sainte-Beuve está la de los Mayans, Fernández Navarrete, Arrieta, y otros, que juzgan á Cervantes muy honrado con la aprobación de Huet!

Y veamos en qué consiste la tal aprobación. Lo que dice Huet acerca del *Coloquio*, es lo siguiente:

«El *Brancaleonte* es, sin duda, una copia de *El Asno*, de Luciano, ó del de Apuleyo. Es una ficción italiana muy divertida y llena de ingenio. También aparentemente, sobre el mismo modelo, Miguel de Cervantes escribió las aventuras que se cuentan en el coloquio de Cipión y Berganza, perros del hospital de Valladolid» [19]. Y nada más.

Ya veremos á su tiempo que por cualquier lado que se estudien, y en cualquier sentido que se comparen la novela de Cervantes y el cuento mi-

[18] *Idem id. T. III, p.* 41.
[19] *Huet, obra y pág. citadas.*

lesio de Lucio de Patrás, traducido por Apuleyo, no tienen relación alguna ni en el fondo ni en los incidentes[20].

[20] *He tenido en mis manos el ejemplar de la traducción de las novelas de Cervantes, que perteneció á Huet, y que pasó, como la mayor parte de sus libros, á la Biblioteca Nacional de Paris.—Les nouvelles / de Miguel / de Cervantes / Saavedra / ... Traduites d'Italien en Francois: Les six premiers par F. de Rosset, Et les autres six par le S. D.' Audiguier avec &a / A Paris chez Francois Mauger, MDCLXV. Lleva dos marcas de inventario Y*² 1172, *Y*² 11061 *y el sello de la Biblioteca de Petrus Daniel Huetius XXIII G.—Huet debió leer demasiado de prisa, porque muchas de las páginas del volumen estaban sin abrir, y entre éstas, más de la mitad de las correspondientes al «Coloquio de los Perros», lo que me hace sospechar si el error en que incurrió depende de haber hablado de esta novela, juzgándola sólo por el nombre, y por un párrafo en que la bruja Cañizares creyendo, en su locura, que el perro Berganza es hijo de la Montiela, le promete darle noticia del modo con que ha de recobrar su forma primera, «el cual modo quisiera ella que fuese tan fácil como el que se dice de Apuleyo en el «Asno», que consistia sólo en comerse una rosa». Los Perros de Cervantes cuentan su historia, se diria Huet, en ella se menciona un encantamento, luego está tomada de la que refiere el Asno de Apuleyo después de su metamórfosis. Ya me explico que con este sistema de condensación se le figurara al obispo de Avranche que el conte-*

V

Si, invertidos los términos, Florian, en vez de andarse con fantaseos pastoriles y caballerescos, imitando las obras ajenas, hubiera novelado su propia vida, como en el libro de que tratamos hizo Cervantes, es casi seguro que éste, de conocer la obra, la encontraría tan inverosímil como el autor de *Estelle* hallaba las aventuras de las *Novelas Ejemplares.*

Cervantes no juzgaría verosímiles los principales episodios de la historia íntima del susodicho Caballero; episodios que con todo carácter de verdad refiere su contemporáneo Carlos Lacretelle, y de los que han hablado además, entre otros, Sainte-Beuve y France [21].

nido de todos los libros habidos y por haber cabía en nueve volúmenes in folio.

[21] *«Mi hija es amada por Florian, y no parece insensible á este homenaje»—cuenta Lacretelle que le de-*

En vista de ciertos signos del temperamento de Florian, me explico que

cia M. Le Sènèchal.—Bien desearia que le olvidara, porque he visto que el amor del Caballero declina à medida que nuestra fortuna baja, y cada dia de la revolución se compromete más lo que nos queda. No imaginéis que sea el mismo hombre de sus obras pastoriles; tiene mucha probidad para ser un seductor; pero tiene demasiada prudencia y demasiado cálculo para ser un Nemorin.»

Esa familia Le Sènèchal, según refiere el mismo Lacretelle, se estableció en Montrouge en 1792, *y en su casa tomó asilo el Marqués D'Audiffret, casado con una hermana de la prometida de Florian. D'Audiffret fuè denunciado y aprehendido. Madame Le Sènèchal rogó à Florian que atestiguara, como era verdad, que D'Audiffret no habia abandonado el territorio de la República, circunstancia qae podia salvarlo; pero Florian tuvo miedo à comprometerse y se excusó.*

Una noche — añade Lacretelle — entró bruscamente, en el momento que improvisábamos una comedia proverbio sacada del «Gil Blas.....» Jamás he visto una figura más sombria y más indignada que la de Florian: era un profeta de cabellos erizados. Acababa de leer una sesión de los jacobinos, llena de atroces proposiciones que no debian convertirse por lo pronto en decretos, y él las leia como otros tantos decretos dados ya. Parecia complacerse en petrificarnos de terror para castigarnos de nuestra alegria. Poco faltó para que à todos nos anunciara la muerte. Este aviso hubiera sido bueno habiendo medio de escaparse, y esto fuè lo que hizo ob-

éste no creyera posibles las muestras de abnegación, de valor y serenidad de que están llenas las novelas de Cervantes: inverosímil le parecería por de contado en *La Española Inglesa*, el desinterés; en *La señora Cornelia*, la hidalga defensa y protección prestada á quien no se conoce, á riesgo de la propia vida; y en *El Cautivo*, la jovial serenidad en medio de los peligros; entre los que celebraba Cervantes las fiestas que describe en los *Baños de Argel*.

Acerca de este último detalle, cuenta Anatolio France algo que confirma mi idea[22]. En la prisión de Port-Libre,

servar con dulzura Mme. Le Sènèchal. Despuès de su partida quisimos recomenzar la comedia empezada; pero no pudimos hacerlo.—«Eloge de Florian y Dix annèes d'èpreuves pendant la Rèvolution», 1840, *Paris.*

Sainte-Beuve considera como cosa probada, por lo que se refiere á «esa sensibilidad de que llenó sus obras y que llevaba á todos los actos de su vida», que quien podria dar mejores informes seria Rosa Gontier, la cèlebre cómica, amante de Florian è inspiradora de «Estelle», á la cual el sensible poeta propinaba diarias palizas.

[22] *«La vie littèraire», tomo y página citados.*

donde fué encerrado Florian, y cuyo régimen era menos duro que el de otras análogas, por la noche, las señoras, vestidas con gran cuidado, se reunían con los caballeros en la sala común, que transformaban en salón elegante. Los poetas decían versos y los músicos daban conciertos. Allí fué donde el barón Wirbach, la *première viole d'amour* de su siglo, lució sus habilidades. Una acacia, plantada en uno de los patios, escuchó las más dulces confidencias, y cierto poeta agradecido la celebró en una oda que termina por este verso:

Sous son ombrage on fut heureux.

Recuerda el mismo France, que en el diario de uno de los detenidos de Port-Libre, con fecha 27 Messidor, año II (15 de Julio de 1794), se lee: «Nos han traído esta mañana á un hombre muy estimable, al caballero Florian, autor de *Numa*, de *Estelle*, etc.» Tres días después, los detenidos se reunieron en la noche para oir á uno de ellos cantar una canción

del recién venido, del que se honraban en ser compañeros de infortunio; pero Florian no se asoció á esas tristes fiestas de la cautividad, y no se dice que en las noches se sentara á la sombra de la acacia, sosteniendo con las damas ricamente vestidas, galantes discreteos.

No; aquella jovialidad, de que en otro tiempo hacía gala en los camarines de los artistas, no podía tenerla en la prisión, porque la alegría en el infortunio es privilegio de las almas grandes. «Nos igualamos al espíritu que comprendemos», ha dicho Renan; y ¡cómo ni de qué manera podía comprender el temperamento femenino de Florian el carácter vigoroso y varonil de Cervantes! Ni herido en Lepanto; ni atormentado en su cautiverio en Argel; ni en medio de aquellas cárceles en donde «toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido hace su habitación»; ni excomulgado en Écija; ni insultado por sus envidiosos y sus émulos; ni aun «puesto ya en el estribo con las ansias de la

muerte», pierde nunca Cervantes su entereza de carácter y su jovial franqueza: «adiós, gracias—dice;—adiós, donaires; adiós, regocijados amigos». Y escribe riendo cuando «las ansias crecen y las esperanzas menguan». Por eso, de su pluma inmortal brotan los cuadros reales y vividos, como de la paleta de Velázquez, reproducción de la verdad misma, con pincelada segura y franca.

Florian, nacido á la vida intelectual en un medio artificioso de idilios de salón, haciendo su carrera entre adulaciones, chismes y engaños, pues «su amor á lo pastoril no le impedía en ningún momento el saber cómo se medra, cómo se hace un camino en la literatura y en la sociedad». Débil hasta tal punto, que el primer tropiezo, su prisión en 1794, le ocasionó la muerte, porque su organismo delicado y hecho para el placer no podía soportar las sacudidas de las emociones hondas, y, según la afortunada frase de Sainte-Beuve, se ahogó su corazón en una sola gota de amargura: Florian tenía

que ser intérprete de Cervantes. Por contraste extraño, temperamentos tan opuestos debían juntarse en una sola obra. Pero ¿quién, que no sea un necio, puede acatar los dictámenes de Florian cuando se atreve á colocar sus manos atrevidas sobre la obra del genio? ¡Boucher corrigiendo á Velázquez y repintando á Ribera!

Sólo por una aberración inexplicable pudieron los escritores españoles citar respetuosamente los desacatos de Florian, que no han pasado sin correctivo en Francia.

De las supresiones hechas por éste ha dicho Marie-Joseph Chénier: «Es el genio lo que suprime, debilita la vivacidad de Cervantes; un escritor cómico, amplio y franco, se convierte en todas partes en mezquino y discreto.» «Aplica—dice Joubert—á los desbordamientos de una vena abundante y rica el murmurio y borbotar de un arroyuelo, ruidos y movimientos débiles, agradables sin duda cuando se trata de un hilo de agua que corre encajonado sobre guijarros, pero imita-

ción insoportable y falsa cuando se le atribuye al empuje del agua inmensa que pasa á canal lleno sobre un lecho de arena muy fina.» «Se ve el error, el crimen de *leso genio*—agrega Sainte-Beuve;—pero este desprecio era natural en Florian, y venía de su organización misma. Lo que le quitaba de su verdadera bonhomia á Sancho, le prestaba de sensibilidad á Arlequín. *Floranizaba*, aunque fuera un poco, en todas las cosas. Florian amaba á Cervantes; pero no lo admiraba nada por sus condiciones incomparables é inmortales» [23].

VI

Así se expresaban los grandes críticos franceses, mientras aquí se repetían y tomaban como oráculo los dictámenes de Florian, y hasta había quien los daba como propios, sin citarlo. Ejemplos: Capmany y Mor de Fuentes.

[23] *Sainte-Beuve*, «*Causeries du Lundi*», *t. III*, *página* 176 *é inmediatas siguientes.*

El primero, en su *Filosofía de la elocuencia*, habla de un «tacto intelectual» que se educa y modifica por la reflexión y la costumbre, pasando entonces de ser «gusto» á ser «buen gusto», y debía tener ese «tacto» atrofiado por completo, cuando, á propósito de las *Novelas Ejemplares*, dice: «Adolecen de una pesadez y uniformidad de estilo que amortigua, por otra parte, la curiosidad y deseos que despierta en el lector con los términos interminables y espaciosos rodeos de la narración.»

Don José Mor de Fuentes no le va en zaga cuando declara que las *Novelas Ejemplares*, «faltas de aquel espíritu vividor y de la forma dramática que tanto realza el *Quijote* de extremo á extremo, desfallecen, y sólo se leen por ser suyas; pues á no mediar su esclarecido nombre, yacerían años hace anegadas en el piélago novelesco que ha diluviado ya en Francia, ya en Alemania.....» [24].

[24] *Elogio / de / Miguel de Cervantes / Saavedra / por / Don José Mor de Fuentes. / Barcelona: / Im-*

Yo, para responderles, me atengo á lo que escribía Salas Barbadillo en la aprobación de la obra:

«Con ésta confirma Cervantes la justa estimación que en España y fuera de ella se hace de su claro ingenio, singular en la invención y copioso en el lenguaje, que con lo uno y lo otro enseña y admira, dejando de esta vez concluídos con la abundancia de sus palabras á los que siendo émulos de la lengua española la culpan de corta y niegan su fertilidad» [25].

prenta de la Viuda e hijos de Gorchs / ... / 1835 *—página* 36.

[25] *Figura en las primeras ediciones de las «Novelas» y en alguna reimpresión moderna.*

VII

Fueron esas y otras censuras derivación de las agrias polémicas sostenidas en la segunda mitad del siglo XVIII por los partidarios del clasicismo afrancesado y sus enemigos los defensores del Teatro español del siglo de oro. En mal hora tomaron los primeros como arma de combate para atacar la dramática de Lope de Vega los juicios del canónigo en el *Quijote*, porque desde entonces se vió colocado Cervantes entre los disparos de unos y otros contendientes, recibiendo de igual modo la descarga de ripios del coplero Maruján y los mazacotes de prosa de Zabaleta, Huerta y demás defensores del teatro de Lope; que los proyectiles de los secuaces del clasicismo francés, como Nasarre y Montiano[26]. Todos, todos pusieron en él

[26] *Véase, como muestra, lo que escribió Zabaleta en su «Discurso crítico / sobre el origen, / calidad, y estado*

sus manos, desde estos últimos, que pasaban en su tiempo por oráculos y legisladores de las letras en la «Academia del Buen Gusto», y desde aquéllos que en el bando contrario eran árbitros de la opinión, como Martínez Salafranca y Huerta, á quienes ser redactores del *Diario de los Literatos* daba autoridad, hasta aquella especie de *Don Eleuterio Crispín de Andorra*, aquel infeliz D. Diego Torres que, creyéndose sin duda un represen-

presente / de las / comedias / de España; / contra el dictamen, / que las ſupone corrompidas, y en favor de ſus más / famoſos Eſcritores el Doctor Frey Lope Félix de / Vega Carpio, y Don Pedro Calderón / de la Barca. / Escrito / por un Ingenio de esta Corte. / Quien le dedica / A la M. I. S. la Señora Marquesa / de la Torrecilla &ª / en Madrid: en la Imprenta de Juan de Zúñiga. Año MDCCL. / Con todas las Licencias neceſſarias / Véndese en la Libreria y Lonja de Comedias, que eſtá en la / Puerta del Sol á la entrada de la calle de las Carretas.» Véase, además, «La sinrazon impugnada y Beata de Lavapies ... por D. Joseph Carrillo Madrid ... MDCCL», y la «Lección crítica ... por don Vicente Garcia de la Huerta ... Madrid ... MDCCLXXXV. (Barrera publicó en la «Crónica / de los / Cervantistas / ..., Cadiz, 1872, *p.* 45 *y* 92, *una bibliografia de esos libros y papeles.)*

tante rezagado del Teatro que criticó Cervantes, se atrevía á hombrearse con el autor del *Quijote.*

VIII

El descubrimiento de los plagios de Cervantes fué una de las últimas manifestaciones de esta cruzada; de las otras no hemos de tratar, porque no se refieren á las *Novelas Ejemplares.*

La forma en que se hicieron públicos semejantes descubrimientos, es tan desatentada como poco conocida hoy. Y es de tal modo curioso y fuera de camino el atrevimiento de sus autores, hombres de alta categoría literaria en aquel tiempo, que bien merece el castigo de que se reproduzcan íntegros sus escritos. El primero de estos apareció en el *Diario de los Ciegos*, ciegos tenían que ser los que lo publicaban, y dice así:

«Señor editor y muy señor mío:

hasta aquí había vivido en la inteligencia de que las novelas que nuestro Cervantes ingirió en su famoso *Don Quijote* eran parto de su ameno ingenio, pero llegó el tiempo de pensar de otro modo; sin embargo de que á nadie de palabra ni por escrito he oído ni visto dudar de ello.

»Es, pues, el caso, que hallándome días pasados con la manía, ó llámela Vm. gusto, de recorrer unos librillos viejos que me sirvieron de gasto y ahora de gusto, tropezé con uno en octavo intitulado la *silva* curiosa de Julián de Medrano cavallero navarro, por otro nombre Julio Yñiguez, y la que dedicó en 25 de Enero del año de 1583 á la Reyna Margarita de Navarra, 24 años antes que Cervantes diese á luz la primera parte del *Quijote.* En esta silva al fin está la novela del curioso impertinente en los mismos términos que la puso Cervantes.

»El exemplar que yo he visto y tengo, está impreso en 1608 en París; mas ya hubo otra impresion anterior; pues en la fachada hay estas palabras: *co-*

rregida esta nueva edición, y reducida á mejor lectura, por César *Oudin*.

»Nicolás Antonio sólo parece tuvo noticia de esta impresion del año de ocho y no de la anterior; pero las referidas palabras no dejan duda de que esta obra salió primero á luz antes de dicho año, lo que junto con la fecha de la dedicatoria, hace ver que Cervantes la tomo de ella, no creyendo haber inconveniente ó persuadido á que no se le descubriría el hurto (¡!), si así debe llamarse.

»Si Vm. hallase esta noticia digna del público, usará de ella en su Correo, si no, hará lo que gustase, que de cualquier modo me daré por satisfecho, y siempre seré seguro servidor de vuesamercé, cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid 27 de Octubre de 1787. E. E. de A.» [27].

[27] *Correo de Madrid / (ó de los ciegos) / Obra periódica / en que se publican rasgos / de varia literatura / noticias y los escritos de toda / especie que se dirigen al Editor. / Fit concentus ex disonis Macrob. Sutur. in proem. / Tomo segundo. / Con licencia; / en Madrid: / En la imprenta de Josef Herrera*, / 1788 / *p.* 519.

Esto escribía D. Pedro de Estala, *El Escolapio de Avapies*, E. E. de A., como se firma en la carta que no he vacilado en copiar íntegra; como reproduciré casi toda la que publicó después Bosarte, porque no deben perderse estas *joyas literarias*, y justo es dejar en la picota á los que tan neciamente se atrevieron á hablar de los *hurtos* de Cervantes [28].

En la página 271 del libro citado por Estala, consta que la edición de *La Silva Curiosa* á que se refiere, es la segunda. La portada de la primera edición, es como sigue: « LA / SILVA CV-

[28] *El bibliotecario D. Tomás Sánchez rebatió á Estala estas afirmaciones, con más buena intención que gracia, aunque otra cosa diga Gallardo en el número I del «Criticón». No conocia, sino de oidas, la edición de* 1583, *base de la controversia. Véase el folleto que tituló, «Carta / publicada / en el Correo de Madrid / injuriosa a la buena memoria / de Miguel de Cervantes. / Reimprimese / con notas apologéticas / fabricadas a expensas de un devoto / que las dedica al autor / del D. Quixote de la Mancha, / en Madrid / por Don Antonio de Sancha. / año de M.DCC.LXXXVIII. / Se hallará en su Libreria en la «Aduana Vieja». / Con las licencias necesarias, f. XXXIV».*

RIO / SA, DE IVLIAN DE ME / DRANO, CAVALLERO NAVAR / RO: en que ſe tratan diverſas coſas ſotiliſſimas, y curioſas, mui con / uenientes para Damas, y / Caualleros, en toda con / uerſation virtuosa / y honeſta. / *Dirigida a la muy Alta y Sereſſima Reynæ / de Nauarra ſu ſennora.* / Va dividida eſta SILVA en ſiete libros diuerſos, el / ſujetto de los quales veeras en la tabla ſiguiente. / (grabado con la insignia) / En Paris, / Impreſſo en Caſa de Nicolas CHEZNEAV en la / calle de Santiago, á la inſignia de Cheſne verd. / M.D.LXXXIII. CON PRIVILEGIO DEL REI.»

De los «siete libros diversos en que va dividida» *La Silva* en esta edición de 1583, trata el primero, de «dichos sentidos y motes breves de amor»; el segundo, de «las yerbas y sus más raras virtudes»; el tercero, de las «piedras preciosas»; el cuarto, de los «animales»; el quinto, de los «peces»; el sexto, de las «aves celestes y terrestres»; el séptimo, «descubre los más ocultos secretos de las mujeres, y les ofrece las más delicadas recetas». En

ninguno figura *El Curioso Impertinente*, novela que tomó Oudin de la *primera parte* del *Quijote*, publicada antes de 1605, fecha en que hizo la nueva impresión de *La Silva*, cuyas numerosas adiciones él mismo declara en sus *Advertencias* [29].

El descubrimiento de otros *robos* de Cervantes publicados el 9 y 10 de Junio de 1788 en el *Diario de Madrid*, se debe á D. Isidoro Bosarte. El artículo en que pretende ponerlos de manifiesto es largo, pero, por lo disparatado, no tiene desperdicio [30].

[29] *Sbarbi en su «Refranero» hizo, con algunas variantes, una reproducción de «La Silva Curiosa».*

[30] *«Pongo en la noticia de Vmd. que han parecido las Novelas de «Rinconete» y «Cortadillo», y del «Zeloso Estremeño», manuscritas en tiempo del mismo Cervantes. Yo las he visto, y Vmd. las puede ver, pues se hallan dentro de Madrid. La de Rinconete y Cortadillo tiene este titulo: «Novela de Rinconete y Cortadillo, famosos ladrones que hubo en Sevilla, la qual pasó asi en el año de 1569». En el contexto de la Novela se lée esta misma data, encontrándose Rinconete y Cortadillo en la venta en uno de los calurosos dias de Julio de aquel año. Toda esta Novela está escrita de mano del Licenciado Francisco de Porras de la Cámara. La del Zeloso Estremeño tiene este titulo: «Novela del Zeloso*

Los argumentos que en él se emplean son *contundentes.* Según el articulista, Cervantes no es autor de *Rinconete*, porque estuvo en Sevilla sólo de paso, y porque, de haberla escrito, tenía que ser en una fecha que

Estremeño, que refiere quanto perjudica la ocasion». Esta novela en partes está escrita por el mismo Porras de la Cámara, y lo demás es letra de su amanuense, con interpolacion de una y otra mano. El caso del Zeloso Estremeño no tiene data; pero como en su Novela se lèe que puso una porcion de su caudal en el Banco de Sevilla, y otra porcion la dió á censo; y el Banco se extinguió en Sevilla por los años de 1577*, debemos juzgar que el suceso es algo anterior á aquel tiempo, pues lo contrario seria un absurdo manifiesto.*

» Con estas anda otra Novela intitulada: «La Tia fingida»; caso que sucedió en Salamanca el año de 1575. *Pero como ignoro si esta Novela se ha impreso alguna vez, dexaré por ahora de hablar de ella.*

» Del Licenciado Francisco de Porras de la Cámara se tiene tan poca noticia en el público literario, que se puede colocar entre los desconocidos, y casi olvidados, ú olvidados enteramente. Hagámos por conservar su memoria. Este literato fuè Prebendado de la Santa Iglesia de Sevilla. Se formó en las principales Universidades de España, y viajó en Italia. Por lo que he podido ver de sus papeles hago juicio que la inclinacion, que en èl prevalecia, era al estudio de las antigüedades, al buen gusto de las letras humanas, á los cuentos, chistes, è

no concuerda con la de la acción, sino que es posterior nada menos que en veintisiete años.

Para probar que Cervantes sólo estuvo de paso en Sevilla, cuenta el señor Bosarte que desde que acabó de

invenciones de placer. Fuè naturalmente, ó por humor muy festivo, y alegre. Escribia con mucha gracia, mucha viveza, precision, y gusto.....»

« Hizo una compilacion, ó floresta de cuentos para que se divirtièse con su lectura el Arzobispo de Sevilla, y se la remitió à Umbrete, donde aquel Prelado se hallaba en recreacion el año de 1604. En esta compilacion de cuentos se puede tomar una idea de su genio. Con una prolixa exactitud va separando los cuentos verdaderos de los fabulosos, los va distinguiendo por clases, como por materias, los atribuye à sus autores, segun la noticia que de ellos tenia, y dà à cada uno lo que es suyo. La misma conducta observada en otros cuentos y apuntaciones distintas de esta Compilacion.

»Entre los papeles de este erudito se hallan, como he dicho, las Novelas de Rinconete y Cortadillo, y el Zeloso estremeño, y no dice, ni anota que sean compuestas por Miguel Cervàntes. Por otra parte està ya demostrado que Cervàntes no volvió à España, desde muy mozo que salió de ella, hasta el año de 1581, que fuè el siguiente à su rescate en Argel. Luego que vino fixó su residencia en Madrid, y se aplicó à componer la « Galatea», que debia ocuparle toda la imaginacion. Se casó en Esquivias, y en Madrid se aplicó à componer para

escribir sus comedias hasta el año de 1596 *no se sabe lo que se hizo*, y quien no sabe lo que se hace, ni lo que se dice, es él mismo: su ignorancia no argüiría prueba. Además, nosotros no andamos tan mal de noticias. Sabemos

el teatro, buscando en este arbitrio su subsistencia. Ningun historiador de Cervántes lo saca todavia de Madrid mientras estaba ocupado en componer hasta 30 *comedias para sus teatros. Acabó de escribir comedias, y no se sabe luego que se hizo. Al año de* 1596 *descubre D. Juan Antonio Pellicer en su juiciosa, erudita, y utilísima obra de Memorias para la vida de literatos, y «Ensayo de traductores», un indicio vehemente de haber pasado Cervántes á Sevilla. D. Vicente de los Rios, siguiendo las pisadas del Sr. Pellicer, conjetura que Cervántes pudo haber residido en Sevilla desde los años de* 1594 *hasta* 1599, *puesto que en* 1598 *satirizó á los Sevillanos por el túmulo de honras de Felipe II, como en* 1596 *los habia satirizado en otro soneto quando desembarcaron los Ingleses en Andalucía. Con que si Cervántes compuso la historieta de «Rinconete y Cortadillo», á lo mas presto, el año de* 1596, *resulta que Cervántes inventó un caso verdadero, sucedido en Sevilla* 27 *años antes que él lo escribiese. Lo mismo y aun mas puede decirse del Zeloso Estremeño.*

»Sin duda las tales Novelas se hicieron en Sevilla, y por persona que sabia á fondo las costumbres y usos de los Sevillanos, el lenguaje de la gente ordinaria, el interior de las casas pobres, y gente perdida, las mal-

que ya el año de 1588, aprovechando la ocasión de haber sido nombrado Proveedor general de armadas y flotas de Indias, D. Antonio de Guevara, teniendo entre sus prerrogativas la de escoger cuatro comisarios que le ayu-

andanzas ocultas de los rateros, que infestaban la Ciudad, los cantares del pueblo, las juntas de los majos, su trage, sus ocupaciones en aquel tiempo, en que sucedieron estos casos, y otras quinientas menudencias, que un forastero no podia saber, aunque viviese en la Ciudad en el tiempo en que tales cosas sucedieron, sin haber estado allí algunos años; quanto menos un forastero que fué á Sevilla quando ya se habria perdido la memoria de tales historietas, y era negocio difícil adivinar menudencias ciertas de tiempos pasados y personas privadas. De Cervántes tampoco he hallado noticia alguna en los papeles de Porras de la Cámara, donde tantos ingenios se citan. Esto me hace sospechar que Cervantes, ó no se dió á conocer á los ingenios de Sevilla, ó solamente anduvo de paso por la Andalucia á algunas dependencias que no le obligaron á avecindarse por algunos años en aquella Ciudad.

»Vengamos á lo mas particular. Estas dos Novelas manuscritas de Rinconete, y del Estremeño, evidentemente son anteriores al manuscrito que Cervántes dió á la imprenta; ó lo que es lo mismo, ó la composicion de ellas, segun se han leido hasta ahora impresas. En el fondo y substancia es verdad que son una misma cosa; pero en las palabras hay una variacion y altera-

dasen en su encargo, nombró para una de estas comisarías á Miguel de Cervantes, quien desde luego presentó en Sevilla sus fiadores el 12 de Junio de 1588 ante el escribano Pedro Gómez, y con fecha 15 del mismo le ex-

cion continua desde el principio hasta el fin. Las impresas pretenden ser, ó afectan ser una modificacion, correccion, lima y enmienda del manuscrito primitivo, ú original, que seria otro idéntico con este en caso que no fuese este; pues tampoco tengo fundamento positivo para creer que el Licenciado Cámara sea el autor de ellas. Pero qué enmiendas, qué correcciones, qué retoques, qué pulimentos, ó Santo Dios! La limadura es tal que ha depravado, corrompido, y estragado la gracia y estilo del manuscrito original, ó primitivo. Añadiduras de estilo amanerado: afectacion de claridad donde no es menester; cláusulas truncadas, y pervertidas de alto á abaxo; pasages, que interesan la curiosidad, enteramente suprimidos, «verbi gratia»: Describe menudamente el manuscrito la «gente de Barrio de Sevilla», sus trages, juntas, y motes, que tenian; gasta en esto una llana entera de á folio de letra metida la Novela de Estremeño. Llega Cervántes á este paso y dice, que aunque de esta gente habia mucho que decir, pero que «por buenos respetos los dexa», ú omite. Loaisa, el que dió el asalto amoroso á la casa del Extremeño, era uno de estos majos de Sevilla. No solo Cervántes omitió aquella descripcion, sino que erró y confundió los motes que se les daba á los solteros y ca-

pidió el Proveedor general el despacho de su comisión. Conocidas son todas sus aventuras y malandanzas en Andalucía desde aquella fecha, de las que nos dan testimonios irrecusables las fianzas, informaciones, cartas de

sados por aquel tiempo, que en el manuscrito se lèen, y entienden muy bien. Nombres de algunas personas mudados; como el de la muger del Estremeño en «Leonora», siendo siempre en el manuscrito «Isabel»; el de la dueña en «Marialonso»: siendo en el manuscrito «Gonzalez». La patria de Cortadillo en el manuscrito es la aldea de «Mollorido»; en la novela impresa el «Pedroso». El recibimiento de Rinconete y Cortadillo en casa de «Monipodio», que era capa de ladrones y asesinos en Sevilla, está en la novela impresa enteramente estropeado. A este tenor otras cosas, que omito por acabar presto.....

»Supuesto por cosa demostrada, y confesada por todos, que Cervántes no estaba en España quando tales sucesos pasaron: que al siglo siguiente, quando determinó imprimirlas—(las novelas)—con las demás, y llamarlas «exemplares», rehizo estas, volviéndolas á fundir, cláusula por cláusula, y periodo por periodo: que aunque en esta «prolixa maniobra» realmente las echó á perder, á él le pareceria, ó á sus Censores, que asi quedaban mucho mejor para la imprenta, ó lectura comun, y mas acomodadas al lenguaje del tiempo en que salian á luz, que era el año de 13 *del siglo pasado. En este tiempo no conocian muchos de los que vivian en él, que*

pago y provisiones reales con que el Archivo de Simancas puso en claro muchos puntos de su vida.

El argumento de las fechas sí que es de *lo más particular*, según las propias palabras de Bosarte. Veintisiete años de diferencia, tenían á mal traer al infeliz hombre. ¡Qué no hubiera cavilado, á conocer *La hija del Rey de Egipto*, *Salambó* y *Los últimos días de Pompeya*! De seguro estaría averiguando bajo qué dinastía faraónica vivió Jorge Ebers, si anduvo Flauber con los mercenarios de Amílcar, y si Bulwer-Lyton fué contemporáneo de Plinio.

Hay que ser francos: parece men-

la lengua empezaba á bastardear, y degenerar del buen estilo y sentido, en que se habia conservado en el siglo anterior; como muchos de los que escriben en el dia de hoy no conocen el estilo amanerado y maldito, en que caen, pareciéndoles que se explican mejor que los de los tiempos pasados. Quedo de Vmd. con el mayor respeto &c. «*Isidoro Bosarte*».

Diario de Madrid, / que comprehende los meses / de Abril, Mayo, y Junio / de 1788 / *Tomo octavo / Madrid / En la imprenta de Hilario Santos, Puerta del Sol. / Con privilegio real. p.* 633 939.)

tira que fuese nada menos que Secretario de la Academia de Bellas Artes el majadero que escribió tamañas tonterías, asentando sobre ellas, no sólo que Cervantes no era el verdadero autor de *El Celoso Extremeño* y de *Rinconete y Cortadillo*, sino que *depravó, corrompió y estragó el estilo y la gracia del manuscrito* que se había robado.

Y á propósito de estilo, ¿no recordaba Bosarte la frase de Buffon, tan en boga entonces, «el estilo es el hombre mismo»?: el estilo de Cervantes no puede confundirse con ningún otro. Escritores bastante hábiles y de más que mediana inteligencia, después de hacer un estudio especial del léxico de Cervantes y usando de un vocabulario formado expresamente para imitarlo, han fracasado en su intento, pues sólo lograron engañar al vulgo con sus falsificaciones. Únicamente cegado por la pasión, como Estala, ó teniendo el cerebro al revés, como Bosarte, se puede imaginar que los que escribían párrafos del corte de los

que voy á trascribir, eran capaces de haber escrito también *El Curioso Impertinente* y *El Celoso Extremeño.*

Abro al azar la *Silva*, de Medrano, y copio:

«El trifte y desventurado *Coridon*, defpues que huuo accabado efta lamentation, fe leuantó del lugar donde eftaua, y llegando al árbol, befaua, y contemplaua la figura y hablaua veinte locuras delante della, contando la hiftoria de fus triftes amores....., y contaua el trifte las cosas que entre él y ella auian», etc.—pág. 170.—Y basta. ¡Qué puntos de crítica calzaría Estala, en este caso, cuando pudo confundir esa prosa con la de las *Novelas*!

Porras de la Cámara escribió una biografía de Pacheco, que reprodujo en parte Gallardo, en *El Criticón*, de la que saco este párrafo para muestra:

«Dejo de referir muchos otros, cuasi infinito número de poetas, extravagantes, estudiantes, paseantes, farsantes, pedantes, menantes, platicantes, pleiteantes, negociantes, mareantes, comediantes y viandantes.»

¡Es claro que esto no lo escribió Cerv*antes*!

No; esa prosa *musical* es trabajo del licenciado Porras, á quien Bosarte suponía por indicios, á vuelta de dudas hipócritas, autor del manuscrito que Cervantes había *echado á perder, cambiando los nombres de los personajes*, etc., etc.

IX

Con verdadero miedo se escribe después de haber leído á los críticos españoles que hablaron de Cervantes en el siglo XVIII, y á los que siguieron las huellas de éstos, en la primera mitad del siglo XIX. Yo salgo de sus libros con una indescriptible sensación de disgusto y de cansancio, comparable sólo á la que se experimenta después de haber empleado inútilmente un día, recorriendo los puestos de libros viejos del Rastro de Madrid ó de los *Quais* de París, en busca de un ejem-

plar curioso que no se encuentra. Se vuelve á casa con el cuerpo derrengado, la ropa llena de telarañas y las manos pegajosas por el polvo. Hay que emplear mucha agua y algún descanso para volver al estado normal. Al concluir de leer á estos críticos, he tenido que releer á Cervantes y refrescar el espíritu con las ideas que animan su prosa, limpia y clara como su inteligencia, y así he podido continuar mi divertida tarea, que sólo interrumpió esa momentánea fatiga.

Era entonces el autor de las *Novelas Ejemplares* más infortunado en las alabanzas que por ellas se le tributaban, que en las censuras que se le dirigían. Ya hemos visto lo que acerca del *Coloquio de los perros* dice Mayans. Respecto á las otras *Novelas* únicamente se le ocurre compararlas, en conjunto, con las fábulas *menipeas*, con las *sibaríticas*, con las *milesias* y con las *sálticas;* sacando á plaza los nombres de Menipo *el Cínico*, Marco Varrón, Lucano, etc., todo en un estilo enmarañado y pedantesco, pues,

por desgracia, á sus condiciones de laboriosidad y amor á las letras, no unía Mayans ni el mejor sentido crítico, ni el más refinado buen gusto [31].

Pellicer, el biógrafo de Cervantes que le sigue por orden de antigüedad [32], —y que tanto acierto tuvo en otras investigaciones literarias—es el que más ha contribuído á propagar invenciones arbitrarias sobre la historia del libro de que trato. Casi todos los errores de D. Martín Fernández Navarrete, de su sobrino D. Eusta-

[31] *Las obras de Mayans, de Pellicer, de los dos Navarretes y de Arrieta, son las mismas á que se refieren las notas núms.* 10 *y* 15 *de este libro.*

[32] *Aunque está probado que D. Vicente de los Rios tenia escrito desde* 1773 *un «Elogio histórico de Cervantes», que leyó en la Real Academia Española á principios de Marzo de aquel año, no publicó ese estudio hasta que lo refundió en su «Vida de Cervantes», Madrid, Ibarra,* 1780. *Las «Noticias literarias» fueron incluidas por Pellicer en el «Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles», Madrid, Sancha,* 1778, *y le sirvieron de base para su «Vida de Cervantes», Madrid, Sancha,* 1797. *Rios habla de paso de las «Novelas», y sólo dice que Cervantes conoció bien Sevilla y que allí escribió «Rinconete y Cortadillo».*

quio, de Arrieta, de Aribau, de Morán, de Asensio, de Rosell, etc., tienen su fuente directa ó indirecta en la biografía escrita por Pellicer. Él inventó el sistema, tan falso como sencillo, que se ha usado generalmente para averiguar el sitio en que Cervantes escribió cada una de sus novelas; sistema que consiste en fijarse en el empleo que hace en ellas de los verbos *ir* y *venir*, deduciendo, por ejemplo, que si Cervantes decía en el manuscrito de *Rinconete y Cortadillo*, «viniendo de Castilla para Andalucía», era prueba de que en Andalucía escribió la obra, y que si en las novelas impresas aparece así la frase: «Como vamos de Castilla á la Andalucía», depende de que en Castilla la corrigió; deducción errónea, pues Cervantes empleaba á menudo el verbo *venir* en la acepción de *ir*, como usaba el verbo *traer* en casos en que hoy se diría *llevar*. En cualquiera página de sus libros se tendrá prueba de ello. Por ejemplo, en *La Española Inglesa*. Ricaredo al llegar á Sevilla, cuenta su

historia, y dice: «En un lugar que se llama Aguapendente, que *viniendo de Roma á Florencia* es el último que tiene el Papa.....» Con el sistema de Pellicer habríamos descubierto que la novela no se escribió en Sevilla, como hasta aquí se hubo creído, sino en Florencia; pero si continuamos la lectura, encontraremos á las pocas líneas: «No estuve para ponerme en camino en dos meses, al cabo de los cuales *vine á Génova*.» De este párrafo, habríamos de inferir que Cervantes escribía, no ya en Florencia, sino en Génova; y del que sigue: «*Trujéronnos á* Argel, donde hallé, etc.», que la novela se compuso en Africa, y, por último, ateniéndonos á este otro: «El Padre redentor *vino* á España conmigo», ya podemos volver al punto de partida, después de un viaje de recreo, por una serie de suposiciones contradictorias. De todo lo cual se deduce, que cuanto se ha escrito desde Pellicer acá, basándose en semejante método, que ya rechazaba por infundado Hartzenbusch, con ocasión de un fo-

lleto de Asensio [88], es por completo erróneo.

Para la crítica importa poco, en la generalidad de los casos, averiguar dónde y cuándo se escribieron las *Novelas Ejemplares;* pero si á guisa de curiosidad se quieren hacer inducciones, tienen éstas que ser más literarias que históricas. Por la índole de *Rinconete y Cortadillo*, *El Celoso Extremeño* y *La Española Inglesa*, así como por haber hecho mención Cervantes de las dos primeras en el *Quijote* y de las copias de Porras de la Cámara en la última, puede inferirse que las compuso en Sevilla. Hay en *La Ilustre Fregona* y *La fuerza de la sangre*, escenas que parecen apoyar la tradición de que fué en Toledo donde se trazaron; algo semejante se puede decir de *La Gitanilla*, que se supone obra de su

[88] *Nuevos documentos / para ilustrar la vida / de / Miguel de Cervantes Saavedra; / con algunas observaciones / y artículos sobre la vida y obras del mismo autor, / y / las pruebas de la autenticidad de su verdadero retrato / por / D. José María Asensio y Toledo. / Sevilla / Geofrin,* 1864.

estancia en Madrid, y de *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*, escritos probablemente en la casa que habitó cerca del hospital de la Resurrección en Valladolid. Sin embargo, nada de esto puede probarse en absoluto, pues la acción del recuerdo es muchas veces más viva en el escritor que el espectáculo mismo, y no hay datos que nos demuestren, de una manera inconcusa, que Cervantes no hablara de las memorias de su vida en España, de la misma manera que lo hacía de su cautiverio en Argel ó de su permanencia en Italia [34].

Tampoco anduvieron muy acertados Pellicer y sus discípulos en la averiguación de las fechas en que fue-

[34] *Mainez se atreve á decir que tiene «el convencimiento de que Cervantes escribió sus «Novelas Ejemplares» en los mismos puntos donde desenvuelve la acción de sus narraciones y delinea el carácter de sus personajes».—«Crónica / de los / Cervantistas» / Cádiz, 1872, p. 156.—¿De dónde sacaria el buen señor Mainez el convencimiento de que Cervantes escribió «El Amante Liberal» en Chipre y «La Española Inglesa» en Londres?...*

ron escritas las *Novelas*. Á los que, como ellos, pretenden descubrir esas fechas por medio de las que se citan aisladamente en las mismas *Novelas Ejemplares*, hay que decirles que en puntos de cronología no se preocupaba mucho Cervantes, quien, según manifiesta Clemencín, refiere como coetáneos, sucesos de los reinados de los dos Felipes, II y III; y menciona la expulsión de los moriscos acaecida en 1609, y el *Quijote* de *Avellaneda*, publicado en 1614, en la *Segunda parte* del suyo, que supone traducción de un original arábigo «contenido en cartapacios que ya se consideraban aniquilados en manos del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas».

La demostración palmaria de lo disparatado de estos cómputos, está en la novela de *La Española Inglesa*, pues el padre de Isabel dice á Ricaredo: «En la pérdida de Cádiz, que sucedió habrá quince años, perdí una hija que los ingleses debieron llevar á Inglaterra.» Como el saqueo de Cádiz fué á mediados de 1596, el padre de Isabel

habla en 1611; y como antes que termine la acción pasan dos años y medio, el desenlace ocurre á principios de 1614, fecha posterior, no sólo á aquella en que Cervantes escribió la novela, sino á la publicación del libro.

Pero tan ciego estaba Pellicer cuando aplicaba sus sistemas, que al hacer este mismo cálculo se equivocó en la suma, y dijo que resultaba de ella que Cervantes había escrito *La Española Inglesa* en 1611 [35].

También Pellicer descubrió *plagios* en Cervantes, y de lo que sobre esto dijo se han hecho cómplices, como en

[35] *Asensio, discípulo de Pellicer en este sistema, para arreglar las cosas á su gusto, le enmienda la plana á Cervantes, cambiando la frase citada por suponerla error de un copista.—(Véase la obra mencionada en la nota núm.* 33.*) D. Cayetano Rosell, en las observaciones y apéndices á la edición que dirigió (Madrid,* 1863, *imprenta de Rivadeneyra) se entretiene en el mismo género de divinanzas, sin darse cuenta de que las frases en que se fija, están puestas por Cervantes en boca de los personajes de sus novelas, y ninguna deducción lógica se puede sacar respecto á las fechas que cita. En esos apéndices, lo único que tiene relativo interés, son las variantes de las primeras ediciones.*

las otras ocasiones, la mayoría de los biógrafos del autor de las *Novelas*, con la circunstancia agravante de que esta vez copiaron hasta las citas equivocadas.

Cervantes debía tener pocos libros; casi siempre escribía en condiciones especialísimas, por su accidentada vida, y citaba de memoria; lo que explica que incurriera en errores. El episodio del *vaso encantado*, que se refiere en *Orlando el Furioso*, y que enseñaba á los maridos que en él bebían si sus mujeres les eran infieles, no es del modo que él lo cuenta; el huésped de Reinaldo no descubre la infidelidad de su esposa usando de este medio. Pellicer, erudito de profesión y rebuscador de antigüedades literarias, es indisculpable cuando da por buena la cita de Cervantes, y, basándose en ella, le acusa de plagio, ó por lo menos, de haberse inspirado en Ariosto.

Puso igualmente de moda Pellicer la manía de hallar retratos de personas determinadas en los tipos que hizo desfilar Cervantes en sus *Novelas*,

dando la mejor muestra de esas conjeturas descabelladas en una que examinaremos á su tiempo, y que reproducen todos los críticos de estas obras, excepto Foulche-Delbosc [36]; y es, que en *El Licenciado Vidriera* ridiculizó Cervantes al humanista alemán Gaspar Barth.

X.

Don Martín Fernández de Navarrete caminó sobre las huellas de Pellicer en el estudio de las *Novelas*. Es cierto que amplió los datos históricos que su predecesor relacionaba con ellas, de la manera que tendremos ocasión de ver; pero no rectificó sus equivocados sistemas de investigación, y habló únicamente de las mismas de que Pellicer había hablado ya.

Por lo tanto, no hay en esta parte de la *Vida de Cervantes*, de Navarrete, tan juiciosa, erudita y bien docu-

[36] *En la obra cit. en la nota núm.* 8.

mentada en otros puntos, nada de verdaderamente original.

No debía de ser D. Martín Fernández de Navarrete muy admirador de las *Novelas Ejemplares*, puesto que, luego de citar los insultos de Suárez de Figueroa, añade: «Otros con crítica más imparcial y justa—alude, probablemente, á Florian—han notado cierta falta de dignidad y de interés en los argumentos de las novelas, y alguna desigualdad en ellas.»

Teniendo á la vista las obras de Pellicer y de D. Martín F. de Navarrete escribió, Arrieta, sin duda, el prólogo que precede á la edición de las *Novelas*, hecha en París en 1826 por Bossange, porque en ese prólogo se copian, siguiendo á veces la frase original, las opiniones de estos escritores, y se repiten hasta sus mismas citas.

Las páginas que D. Eustaquio Fenández de Navarrete dedica á las *Novelas* en su *Bosquejo Histórico*, sobre este género literario, además de ser el resumen de cuantas infundadas versiones se habían propalado acerca de

ellas, son fuente de errores nuevos; porque enterado á medias el D. Eustaquio, desfigura en muchos casos las observaciones atinadas que reproduce; dando lugar con esto á que los copistas de su copia hagan un tejido de despropósitos. Por ejemplo, dice que varios supusieron «que hurtó sus obras de otros, sólo porque se conservan los primeros bosquejos de algunas en las misceláneas del licenciado Porras»; y ya hemos visto que no hay tales bosquejos, que las novelas publicadas por Bosarte son, con algunas supresiones del autor ó del amanuense, absolutamente las mismas que publicó Cervantes; y más perjudicial á la fama de su originalidad es suponerlo aprovechando apuntes de artistas anónimos ó poco conocidos para trazar sus obras, como hicieron Shakspeare y Goethe, que inventar que «hurtó obras ajenas», y las dió como suyas, «después de echarlas á perder», según afirmaban Estala y Bosarte, pues esto último nadie puede creerlo.

De unos apuntes de Arrieta declara

Aribau haberse servido para escribir la *Vida de Cervantes* que va al frente del tomo I de la Biblioteca de Rivadeneyra, y, dicho está ya que Arrieta copió á Pellicer y á Navarrete.

Morán [37] confiesa haber tomado del *Bosquejo histórico* de D. Eustaquio Navarrete las noticias que publica sobre las *Novelas Ejemplares*. Asensio, en sus *Documentos*, Barrera en las *Nuevas investigaciones* y Rosell en sus comentarios para conjeturar dónde y cuándo se escribieron, recurren á los sistemas de Pellicer, y de ellos hay algo, también, en ciertos folletos que mencionaremos después.

Los críticos extranjeros poco ó nada han agregado á lo dicho hasta hoy por la crítica española sobre las *Novelas Ejemplares*. Las *Vidas de Cervantes* que figuran en algunas traducciones inglesas y alemanas, hechas después de la edición del *Quijote* del Barón de Carteret, no son otra cosa que abre-

[37] *Vida / de Miguel Cervantes / Saavedra / ... / por D. Gerónimo Morán / tomo único / Madrid / imprenta de Segundo Martinez / 1867 / p. 251.*

viaciones de la biografía de Mayans; la *Vida* que publicó Florian no es más que una traducción de la que escribió D. Vicente de los Ríos; el Conde de Schack sigue de cerca á Navarrete, añadiendo alguna inexactitud por su cuenta, por ejemplo ésta: «En 1612 (*sic*) aparecieron sus *Novelas Ejemplares*, unas nuevas y otras publicadas en Sevilla» (*sic*) [38]; Ticknor se inspira también en Navarrete, y aunque habla con sano criterio, son, para mí, de más interés las notas de su doctísimo traductor español, D. Pascual Gayangos, que las consideraciones generales que estas obras le sugieren; Mérimée, en las páginas que les dedica tiene á veces geniales clarividencias; pero se resiente de la falta de información directa, y por eso da crédito á patrañas que algunos inventaron y dieron como episodios reales, en que se basaban ciertas aventuras de *La Española Inglesa*, y de *La fuerza de la*

[38] *Historia / de / La Literatura / y del Arte dramático / en España / por / Adolfo Federico / Conde de Schack / Madrid / Tello /* 1886 / *tomo* 2.°, *p.* 32.

sangre: hablo de los fantásticos amores de Cervantes con una gran dama portuguesa; del nacimiento de D.ª Isabel, su hija natural; de la profesión de monja de ésta, y de otras varias paparruchas, que documentos fehacientes se han encargado de rectificar [39].

Tampoco nos da ninguna nueva luz el libro de Emile Chasles, *Michel de Cervantes, sa vie, son temps, son œuvre politique et littéraire,* [40] pues en él lo poco nuevo está tan fuera de camino como esto: *on est El Celoso Extremeño qui depuis a fait le tour de l'Europe sous la figure de Bartolo, avec Le Barbier de Séville;* ni mucho menos el ensayo de Dumaine *Sur la vie et les œuvres de Cervantes,* [41] en el que teniendo á la vista los apuntes de un Señor Carreras, más conocido por sus folletos escandalosos contra los duques de la Torre, que por sus estudios cer-

[39] *Prosper Mérimée. «La Vie et l'œuvre de Michel Cervantes.» Estudio que va al frente de la traducción del «Quijote» de Biart, Paris,* 1878.

[40] *Paris, Didier,* 1866.

[41] *Paris, Lemerre, MDCCCXCVI.*

vantinos, sigue el sistema de Benjumea y de Mainez y pretende reconstruir la biografía de Cervantes identificándolo con los personajes de sus *Novelas*.

XI

No porque piense, y así lo he dicho al comienzo de este estudio, que la historia de las *Novelas Ejemplares* está íntimamente relacionada con la vida de su autor, se imagine que soy partidario de que se fantasée sobre esa base una nueva historia novelesca de Cervantes: juzgo fuera de camino, en el terreno de la sana crítica, suponer hechos desconocidos de la vida de éste todos los episodios de sus *Novelas*. Lo que sí creo es que se puede inferir, con una certeza incontrovertible, la parte real de las mencionadas novelas, del cotejo y comparación de sus incidentes con otros de la vida de Cervantes, comprobados por docu-

mentos auténticos; un ejemplo de esto es el atinado estudio que hizo D. Martín Fernández Navarrete de la novela de *El Cautivo*.

En ese rumbo el camino es bien llano, porque á la tarea iniciada por Iriarte, Sarmiento, Ríos y Pellicer, de aportar documentos para formar la verdadera biografía de Cervantes, contribuyó Navarrete, secundado más tarde por Morán, por Asensio, y sobre todo por el P. Pérez Pastor, que ha encontrado, él solo, más *Documentos cervantinos* que todos los demás rebuscadores juntos; gracias á ellos podemos, salvo el paréntesis de dos épocas, seguir paso á paso la vida de Cervantes, comenzando por su fe de bautismo y acabando por su partida de defunción. Sabemos desde el número de guantes perfumados que tenía en la maleta cuando salió de España el cardenal Aquaviva, su protector [42], hasta el número de gallinas que llevó en

[42] *Me refiero á la Cédula de paso, hallada en Simancas y publicada por Navarrete en la p.* 284 *de su obra citada.*

dote la mujer de Cervantes: la mayor parte de lo suyo, y mucho de lo perteneciente á sus deudos y allegados, ha salido á relucir en la rebusca, y con este conocimiento podemos asegurar que los viajes de Tomás Rodaja son muy parecidos á los viajes de Miguel de Cervantes; pero de ahí á suponer que estudiara en Salamanca porque habla de la vida de los estudiantes en *El Licenciado Vidriera*, hay gran distancia.

«Con la misma lógica, dice Mérimée, podíamos suponerlo discípulo de Monipodio y compañero de *Rinconete* y *Cortadillo*.» Y tiene razón.

A este género de fantaseos novelescos, inútiles en absoluto, se han entregado ciertos escritores, porque la tarea les parecía cada vez más penosa y menos fructífera: de ahí que los que deseaban ser cervantistas á toda costa, se dedicaran, ejemplo de ello es Benjumea, á inventar historias, buscando misteriosas relaciones entre la vida de Cervantes y sus novelas, interpretando torcidamente á su antojo los pasajes

más claros de sus libros. Y no se crea que esta falta es de pocos: en ella han incurrido muchos; y hasta algunos célebres y justamente alabados escritores. ¿Qué es sino una completa novela todo lo que respecto á la supuesta amistad, enseñanzas, ingratitudes y rencores que unieron y separaron á Cervantes y á Alarcón, escribió Don Luis Fernández Guerra? Él, por temperamento tan concienzudo, que hay página de su libro formada con palabras tomadas una á una de las obras de los personajes que pone en acción, deja ir la fantasía en la parte á que me refiero con tal libertad, que no hay una sola afirmación que esté autorizada por dato alguno. En vano los hemos buscado; nada dice Alarcón de Cervantes, ni Cervantes de Alarcón en ese respecto; aun dando por hecho, que ya es mucho dar, que la carta de la fiesta de San Juan de Alfarache sea de Cervantes.

XII

Cada generación literaria busca en las obras de los viejos maestros algo que convenga con la moda artística reinante, y pretende, para justificar sus tendencias, inscribir nombres ilustres en la lista de los precursores de su credo. Así se explica que los seudo clásicos, queriendo admirar sin reservas á Cervantes, inventaran, como Mayans, extrañas y pedantescas clasificaciones para sus novelas, llamando, por ejemplo, al *Coloquio de Cipión y Berganza*, «sátira lucilio-horaciana», «jocosidad milesia», y otros disparates por el estilo; así se comprende que á Florian le encantaran los pastores de que se burló el propio autor de *Galatea*, en el *Coloquio de los perros*, y que le entusiasmara *La fuerza de la sangre*, por lo que hoy á nosotros nos deja fríos, por su abuso de lágrimas y desmayos; y hasta se comprendería también que, como algunos pretenden, Víctor Hugo

hubiera adoptado á *La Gitanilla* por hija suya — yo no veo muy clara la adopción, — y vestida á la francesa, *Preciosa* se convitiera en la *Esmeralda* de *Nuestra Señora de París.* Hoy, si Zola supiese castellano, se recrearía, como algunos de sus adeptos, con *El casamiento engañoso*; y hé aquí porqué, de extraño modo, ha sido Cervantes sucesivamente imitador de griegos y latinos, bucólico, romántico y naturalista; y será más tarde neomístico ó precursor de alguna flamante escuela, si hay quien se dé á escoger en su obra literaria lo que convenga con el nuevo modelo. Esto es verdad, pero lo es también que hay en las obras de los grandes maestros algo permanente y no sujeto á las volubilidades de la moda, y que, como el desnudo clásico en la escultura griega, tiene una belleza objetiva que en determinadas razas produce un placer estético, en cierto modo permanente. No soy yo de los que imaginan que esta emoción puede ser igual á la que sentían los que nos precedieron en la contemplación

de esas obras de arte, porque cada generación nueva experimenta sensaciones nuevas ante las obras del mundo antiguo; pero hay en ellas algo que se salva de los caprichos y versatilidades de los tiempos, y, aunque de diversa manera, es admirado por todos, en la copia artística, pero fiel, de la naturaleza misma, que producirá emoción de arte, diversa en diversos temperamentos, pero emoción al fin, en todo aquel que no padezca de anestesia estética.

Por eso es risible que los críticos de hoy miren las novelas de Cervantes, no con sus propios ojos, sino con los de Huet, Florian, Mayans, Pellicer ó Víctor Hugo. Tan malo es para el caso que las vean con los ojos cansados y turbios del erudito, que no vivió otra vida que la de los libros, como que las miren con la mirada penetrante del genio: hay que ver y sentir por sí mismo, sin necesidad de procuradores ni apoderados. Explicable sería que un escritor moderno, en una atmósfera de naturalismo, cantase las excelencias de las *Novelas* en lo que tienen

de más descarnado; pero lo que no puede aceptarse, es que haya quien por seguir la opinión ajena, se entusiasme hoy con pastorcillos de pastaflora, ó con alguna de aquellas sensiblerías extrañas ó aventuras imposibles, que dejaron en Cervantes los libros de caballería, como deja un incendio el olor del humo en el que viene de apagarlo.

Las *Novelas Ejemplares* no caen bajo la jurisdicción de la arqueología literaria. El libro de Cervantes está vivo y hay que intentar estudiarlo con una crítica viva también.

LIBRO SEGUNDO

LIBRO SEGUNDO

LAS NOVELAS EJEMPLARES, SUS MODELOS LITERARIOS Y SUS MODELOS VIVOS

I.

Para formar la genealogía de las *Novelas Ejemplares* no hay que ir más allá de Boccaccio. En esta ocasión no es aplicable ese género de crítica que busca el origen de una idea novelesca, no sólo en las literaturas actuales y en las clásicas griegas y romanas, sino en las del viejo Oriente, y que investiga de qué modo, en los balbuceos literarios de las lenguas modernas, un mismo asunto se manifiesta con diversa forma, en Francia, en los viejos cuentistas; en Italia, en los

primeros *novellieri*, y en Inglaterra y Alemania, en los primitivos autores de cuentos rimados [43]. Quédese tal clase de estudios para examinar las novelas castellanas que precedieron á las de Cervantes,—excepción hecha de las picarescas—porque á tales pesquisas se prestan, desde el *Conde Lucanor* hasta el *Patrañuelo;* pero en las *Novelas Ejemplares* no hay pista que

[43] *Véanse: «Nouvelles françaises, en prose, du XIII*[e] *siècle, publiées d'après les manuscrits, avec une introduction et des notes, par MM. L. Moland et. C. d'Héricault, Paris, imp. Guiraudet et Jouaust,* 1856.» *Giuseppe Pitrè, «Prefazione» de las «Novelle popolari toscane», Firenze, Barbèra* 1885; *Pio Rajna, «La Novella Boccaccesca del Saladino e di Messer Torello», «Antologia della nostra critica litteraria», por Morandi, Castello,* 1893; *Dunlop, «History of Ficcion», London, Wilson,* 1886; *Papanti, «Catalogo dei novellieri italiani», Livorno,* 1871; *«Conti pomiglianesi», ilustrati da Vittorio Imbriani, Napoli,* 1877; *«La Novellaja fiorentina», «La Novellaja milanese» da Vittorio Imbriani, Livorno, Vigo,* 1877; *y los estudios del Cuento en Italia: «Les Contes de la Sicile»; «Les Contes populaires en Toscane et en Lombardie», etc., etc., publicados por Marc-Monnier en la «Revue des Deux Mondes» de* 1875, 1877, 1879, *y reunidos en un volumen en* 1880.

seguir, porque Cervantes, como decían sus enemigos, «historiaba sus propios sucesos»: no necesitaba asuntos, sino moldes en que vaciarlos, y la idea de cómo podían ser éstos, no había de buscarla en producciones en embrión, sino en las que tenía por equilibradas y perfectas.

Supo Cervantes más de la vida que de los libros, y, quizá por esa misma razón, gustábale mostrar lo que en los libros había aprendido. Muy posible es que ignorara hasta la existencia de la mayoría de esos cuentos rudimentarios, que hoy no conoceríamos tampoco, á no ser por el interés con que se miran, al par que las obras de decadencia, las que señalan los albores de un género literario. Si algo hubiera sabido de los viejos *novellieri* italianos habría hablado de ellos. Y así como podemos darnos cuenta de sus lecturas fragmentarias de los clásicos, y de su profundo conocimiento de los libros de caballería, de las novelas pastoriles, y de las picarescas, sabríamos, por ejemplo, lo que pensaba del *Peco-*

rone, de Ser Giovanni; de *Il Novellino*, del Massuccio, ó de las *Porrettane*, del Sabadino.

Esto no quiere decir que de igual manera que leyó á Ariosto á la vez que á Caporali, no leyera á Boccaccio al par que á Sacchetti; y, ya en el terreno de las suposiciones, es imposible imaginar que desconociese las obras, populares entonces, de *Lasca, Cinthio* y Bandello; pero estos autores, de haberle enseñado algo, le enseñaron lo que debía huir y no lo que debía imitar. Ni Cervantes entorpece con pesados sermones el curso de sus relatos, como hace Sacchetti; ni los comienza con risa y los corta inopinadamente en llanto, como hace *Lasca;* ni arrastra en forma premiosa sus narraciones, como hace *Cinthio.* Sobre todo, el arte de novelar no es ya en Cervantes un intento más ó menos afortunado. Su ingenio narrativo encontró la forma de expresión moderna: Cervantes narra él mismo cuando le conviene; da la palabra á sus personajes cuando lo juzga oportuno; há-

celos dialogar; describe personal ó impersonalmente, y si todas sus novelas no alcanzan el mismo grado de perfección artística, llega á la cima de ésta en *El Celoso Extremeño* y en el *Coloquio de Cipión y Berganza.*

Con Boccaccio compara Tirso á Cervantes; á propósito de él, habla de Bandello, Lope, y, en el prólogo de la más popular edición italiana de las *Novelas*, dícese: *tra il Boccaccio e il Bandello, lasciam trapelare il glorioso manco di Lepanto, che non vuole imitar gli altri, ma è tradito dall'aria di famiglia.*

Bandello pudo influir sobre Cervantes en la disposición sencilla de sus cuadros y en las tendencias moralizadoras que, en medio de las crudezas de expresión, denunciaban al fraile dominico; pero no le contagió de su fría y antiartística prolijidad. Boccaccio es, entre los novelistas que precedieron á Cervantes, el único que, sin igualarle, pues hay en las *Novelas* elementos personales enteramente nuevos, y tendencias genuinamente espa-

ñolas contrarias á la índole *boccaccesca*, puede compararsele. Los demás desfilan por la memoria en larga lista, despertando en nosotros, á veces, esa «fructífera curiosidad que lleva á las indagaciones» de que hablaba Graf en *Attraverso il Cinquecento* [44]; pero sin sugestionarnos como Cervantes «con esa amplia mirada del espíritu que abraza por entero las cosas», pues todos ellos podían decir de sí mismos lo que decía Aretino en una de sus cartas, «que nunca intentó conocer ni lo que estaba oculto ni lo que estaba muy alto».

Tirso conocía á Boccaccio más de lo que debieron conocerlo los que, copiando á Mayans, se escandalizaban de que se les comparase. Ignoraban que Boccaccio fué, como afirma Carducci, «no sólo el padre de la prosa italiana, sino uno de los más grandes inventores y maestros del arte moderno en lo que tiene de más amplio, en la representación del vivir hu-

[44] *Torino, Laescher*, 1888, *p.* 145.

mano; un hombre bueno, libre y escogido, que nutrió modesto un amor constante y desinteresado, el amor del arte, y que podría compendiar toda su vida en aquella humilde y gloriosa confesión: *Studium fuit alma poesis*. Boccaccio era múltiple en la fantasía de los argumentos como en el estilo. Y ¡qué estilo! ¡Cuánta elegancia y qué armonía en aquellas frases tan hábilmente prolongadas en el agrupamiento, no sólo sonoro sino racional, de una multitud de ideas accesorias maravillosamente asociadas!» [45].

Cambiados los nombres, con estas alabanzas se hace el retrato de Cervantes. Los que censuran á Tirso por haberle comparado con Boccaccio, pertenecen, sin duda, á ese vulgo indocto que se imagina á Quevedo como un improvisador de coplas obscenas y un narrador de cuentos inmundos, y

[45] *Discorsi / letterari e storici / di / Giosuè Carducci / Bologna / Ditta Nicola Zanichelli / (Cesare e Giacomo Zanichelli) / MDCCCLXXXIX*, *p.* 265 *á* 288. *Bonaventura Zumbini «Il Filocopo del Boccaccio»: Firenze,* 1879. *Nuova Antologia, p.* 63 *á* 65.

piensa que el autor del *Decamerone* era «un expositor vulgar de aventuras voluptuosas», ó, algo peor, un enemigo de todo lo noble y de todo lo generoso. Y no fué así: Cervantes y Boccaccio reflejaban el medio en que vivían, los gustos y las costumbres que retrataron y que halagaban. Si éstas no eran virtuosas en España, no habían llegado al cinismo de las cortes galantes de Italia, para las que escribía el poeta de Celtaldo.

Los escritores italianos sugirieron á Cervantes la idea de que la vida era novelable, pero fué la realidad misma quien le ofreció asuntos y modelos; y como de los personajes que agrupó en sus cuadros tenemos retratos directos, fácil es comprobar la exactitud artística de la obra en su conjunto y en sus detalles.

Pinheiro da Veiga escribía á un su amigo, hablando de los mismos tipos que Cervantes copió: «No os ofrezco aquí relación, sino retrato; no comedia entretenida, sino pintura al vivo; porque si bien la historia, cuanto más

nueva y extraña, tanto más alboroza y embelesa, así el retrato, si es de persona conocida y tratada, aficiona y deleita» [46]. De ese género de retratos puede completarse una galería con las *Relaciones* de Cabrera de Córdoba,

[46] *En «La Revista de España», tomos* XCVII *é inmediatos siguientes, publicó D. Pascual Gayangos una traducción comentada de la parte más interesante del MS. de la «Fastiginia», que se conserva en el Museo Británico, y que él creía de autor anónimo. «El incansable celo y erudita correspondencia de D. Marcelino Menéndez y Pelayo», como dice el propio Sr. Gayangos, puso en claro ser esta obra del Dr. Thomé Pinheiro da Veiga, quien, según las noticias de Diego Barbosa Machado y de Francisco da Silva, fué Caballero profeso de la Orden de Cristo, Doctor y Catedrático de Derecho civil de la ciudad de Coimbra, Desembargador ó Juez de Relación de Oporto, de la Casa de Suplicación, y otras muchas cosas más, entre ellas Procurador de la Corona de Portugal, «en cuyas funciones consiguió hacer memorable su nombre». Murió el* 1655 *á los ochenta y cinco años de edad. Sirven estos detalles para juzgar de la importancia y crédito del personaje que tan interesantes datos nos proporciona sobre la sociedad española del tiempo de las «Novelas ejemplares». Comprende el MS. de Pinheiro la Philipistrea, en que describe las fiestas; la Pincigrafía, en que describe á Valladolid, y la Pratilogia ó descripción del Prado de la Magdalena.*

grafier del bureo — bureau — de la Reina, que «narra lo que vió, sin pasión y sin odio», y trae multitud de intimidades y pormenores de aquel tiempo [47]; con el *Diario* y notas de Camilo Borghese [48], y con los informes de Contareni, el embajador veneciano, que pinta á los personajes de la corte de Felipe III, como no alcanzarían á hacerlo el Tintoreto y el Tiziano [49].

[47] *Relaciones / de las cosas / sucedidas en la Corte de España, / desde* 1599 *hasta* 1614. */ Obra escrita / por D. Luis Cabrera de Córdoba / Criado y Cronista del Rey D. Felipe II. / .... / Madrid, Martín Alegría*, 1857.

[48] *«Diario in relatione del Viaggio di Monsig.e Camillo Borghese auditore della Rev. Camera.» Está impreso en «L'Espagne / au XVIe et au XVIIe siècle / .... / par / Alfred Morel-Fatio». Heibronn, Henninger*, 1878, *p.* 161 *y sig.t*

[49] *«Relación que hizo á la República de Venecia Simón Contareni, al fin del año de* 1605, *de la Embajada que habia hecho en España.» Se publicó como apéndice á las «Relaciones» de Cabrera antes citadas. En la Biblioteca Nacional de Madrid existen varios manuscritos de esta «Relación» señalados así: H*, 97, *p.* 72; *C. c.* 64; *X*, 149; *H*, 40. *Hay también la «Respuesta» á ella, por D. Juan Duque de Estrada. E.* 159, *páginas* 120, 158.

Además, para justificar los parecidos de esta serie de figuras, sirven tanto la prolijidad inocente, pero expresiva, de los trazos de Ariño [50], y los sobados perfiles de Zapata [51], como los atrevidos chafarrinones de D. Diego Duque de Estrada [52]. Hay apuntes aislados de cosas que no fueron de momento, pero que subsisten en varias generaciones, y pueden encerrarse en serie que marca una época, como en los museos se agrupa una escuela; en las *Cartas de los Jesuítas*, en la *Crónica del Espadero* [53], en los *Avisos*

[50] *Sucesos de Sevilla / de /* 1592 *á* 1604, */ recogidos por / Francisco de Ariño, / vecino de la ciudad en el barrio de Triana. /* .... 1873, *Sevilla,* ... *Tarascó.*

[51] *«Miscelánea», MS. del autor, existente en la Biblioteca Nacional de Madrid. Es un volumen en folio, forrado en tafilete carmesí; lleva la signatura J.* 3. *El texto, con algunas variantes, apareció en el «Memorial Histórico Español», t. XI.*

[52] *Comentarios del desengañado / ó sea / Vida de don Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo. / Memorial Histórico Español. Madrid, Imprenta Nacional,* 1860.

[53] *Las «Cartas de algunos PP. de la Compañía de Jesús» y la «Crónica» de Miguel Parets ocupan varios tomos del citado «Memorial Histórico».*

de Pellizer [54], en las *Gacetas* del *Anónimo madrileño* [55] y en multitud de *Papeles de novedades*, y relaciones sueltas, publicadas é inéditas [56]. Las

[54] *Semanario erudito, / que comprehende / varias obras inéditas / .... / dalas á luz / D. Antonio Valladares / .... / Madrid: M.DCCXC. tomos XXXI, XXXII y XXXIII. Avisos históricos, por D. Josef Pellizer y Tobar.*

[55] *Estas «Gacetas», de las que existen varias copias, fueron publicadas por D. Antonio Rodriguez Villa en un tomo que titula «La Corte /y/ Monarquia de España / en los años de* 1636 *y* 37. *Madrid: Navarro, editor,* 1886.

[56] *«Relaciones históricas / de los siglos XVI y XVII / publícalas / la Sociedad de Bibliófilos españoles / Madrid / MDCCCXCVI.» En los apéndices á la obra citada, en la nota núm.* 47, *se incluye un «Catálogo de relaciones sueltas, impresas durante el reinado de Felipe III». En la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid y en la Biblioteca de la Academia de la Historia existen relaciones inéditas que han servido á mi propósito y mencionaré en su oportunidad. Aunque para formar cabal concepto de las costumbres de la época no deben olvidarse los apuntes históricos del Marqués Virgilio Malvezzi, los de Matias Noboa, ayuda de cámara de los Reyes Felipe III y Felipe IV; los del cronista Gil González Dávila, y los de Porreño, Vanderhamen, y Yáñez, interesan más á mi objeto los escritos de carácter privado y confidencial, que los que, sin llegar á ser historia verdadera, pierden por intentar parecerlo sus condiciones de sinceridad.*

memorias de algunos viajeros sírvennos también para el caso [57]; y no se nos diga que entonces, como ahora, se debió mentir mucho al escribir viajes por España, porque los tiempos no eran los mismos. España era todavía la primera nación del mundo; el español lengua conocida y hablada por todas las gentes cultas [58], y, por lo menos, era tan difícil fantasear un viaje á Madrid, como lo sería ahora inventar uno á París ó á Londres.

Podemos, por lo tanto, frente á esas copias directas, darnos cuenta de lo que fué la realidad vivida, y cómo se convirtió, en manos de Cervantes, en realidad artística.

[57] *He hallado algunas de las más interesantes en la «Collection des mémoires relatifs à l'histoire de France», comenzada por Petitot y terminada por Monmerqué. Paris,* 1819 *y siguientes,* 96 *vols.*

[58] *Hasta en la misma lengua francesa influía España; que si hoy los libros españoles van llenos de galicismos, entonces los españolismos saltaban en la prosa de algunos de los más populares escritores franceses; en Brantôme, por ejemplo, como observa muy bien Morel-Fatio en sus Études | sur | L'Espagne; Vieweg,* 1888; *Paris, Bouillon,* 1890.

II

El mismo Cervantes, en un párrafo del *Coloquio de los Perros*—párrafo en el que no han parado mientes hasta hoy los críticos de las *Novelas*—nos cuenta cuáles fueron los modelos vivos de *La Gitanilla*.

Dice al hablar de los gitanos, que «dan la obediencia mejor que á su rey á uno que ellos llaman Conde, el cual, y todos los que de él suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado, y no porque vengan del apellido de este noble linaje, sino porque un paje de un caballero de este nombre se enamoró de una gitana muy hermosa, la cual no quiso condescender á su amor ni cumplir su deseo si no se hacía gitano y la tomaba por mujer; hízolo así el paje, y agradó tanto á los demás gitanos, que le alzaron por señor y le dieron la obediencia».

Al novelar Cervantes el episodio, cambió la categoría de las personas:

hizo de la protagonista una niña noble, robada á sus padres por una gitana vieja, y convirtió al paje en gran señor.

En este cambio, muy del gusto de la época, está, en mi sentir, la parte débil de la obra. Tan inverosímil es, que «ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien más que otras gentes están sujetos los gitanos», no pudieran «deslustrar el rostro ni curtir las manos» de la Gitanilla; como que «la crianza tosca» no dejase su rastro en ella. Semejantes inverosimilitudes ya las conocía el autor, como crítico sutil de sí mismo, y de conformidad con las ideas de *la fuerza de la sangre*, especie de atavismo y ley de la herencia de aquellos tiempos, declaraba que «descubría en ella ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada».

Esto último es rigurosamente exacto: la Gitanilla, como muchas de las mujeres en las más celebradas novelas españolas, de antes y de ahora, peca en extremo de ser bien razonada. Tam-

poco esto lo ignoró Cervantes, y después de poner en labios de aquella Gitanilla, que iba á cumplir quince años, conceptos dignos del «ingenio de cristal» del *Licenciado Vidriera*, cuida de que alguno añada: «mira que dices cosas que no las diría un colegial de Salamanca. Tú sabes de amor, tú sabes de celos, tú de confianzas: ¿cómo es esto?..... Te estoy escuchando como á una persona espiritada que habla latín sin saberlo».

Y espiritada debía de estar Preciosa cuando improvisaba ó adaptaba al caso versos como los que dedica á la señora Tenienta, en los cuales puede estudiarse hasta qué punto se imponía la realidad sobre el temperamento literario de Cervantes; ya que después de declarar y repetir que la Gitanilla no consintió que los «que fuesen en su compañía cantaran cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás», la hace decir equívocos muy usados en las coplas populares de entonces, pero ajenos del todo al carácter que en ella supone:

«Riñes mucho y comes poco;
Algo zelosita andas,
Que es juguetón el Teniente
Y quiere arrimar la vara.

. . . .

Guárdate de las caídas,
Principalmente de espaldas,
Que suelen ser peligrosas
En las principales damas.»

Hay que notar que estos equívocos son de un género que Cervantes nunca cultivó.

De la misma manera que en ciertas copias se abultan los defectos de los originales, lo que tiene de artificial la figura de Preciosa resalta en las comedias que, tomando el argumento de *La Gitanilla*, escribieron Montalván y Solís [59].

En la obra de este último dice la *Gitanilla:*

«Hoy me vuelve á tu presencia
La golosina de ver
Esta ampona gentileza,

[59] *Comedias*, *Madrid*, 1681, *por Melchor Álvarez.*

Hablando como soldado;
Ese arte lleno de ciencia,
Hablando como estudiante;
Hablándote como vieja
Esa juventú; ese cielo,
Hablando como poeta;
Y hablando como gitana
Eza tu carita güena.»

Y en esa relación puede hacerse la crítica del alma y del lenguaje de Preciosa, que piensa y habla como soldado, como estudiante, como vieja, como poeta, y, pocas, poquísimas veces como gitana. En la comedia sólo una vez — en la que se expresa hasta con ceceo—al decir la buena ventura:

«¡Hay galanaza, qué ojitoz
Tienes tan matantez, con
Que no ez pozible dezillo!
¡Mizericordia de Dios!
Muchoz te quieren, y á ti
Entre uno y otro amador,
Como la hojita en el arbol
Ze te anda el corazón.»

Por estas condiciones, para gozar de la novela no hay que colocarla en la esfera del arte, que pudiéramos llamar

absoluto, en que se admira el *Coloquio de Cipión y Berganza*, sino dentro del convencionalismo en que se puso Cervantes al escribirla. Y una vez aceptado que por boca de la mayoría de los personajes discurre el autor, habrá que declarar que bien merece la pena de ser escuchado, cuando hace decir á la Gitanilla cosas de amor, y al paje poeta cosas del arte; ó cuando obliga al gitano viejo á cantar las excelencias de la gitanería.

Las sutilezas amorosas que se le ocurren á la Gitanilla, son imponderables; pero nada más hermosamente dicho que el diálogo entre Preciosa y el paje, sobre los poetas y la poesía.

«Pues la verdad que quiero que me diga, dijo Preciosa, es, si por ventura es poeta.—Á serlo, replicó el paje, forzosamente había de ser por ventura; pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen; y así yo no lo soy, sino un aficionado á la poesía: y para lo que he menester, no voy á pedir ni á buscar versos ajenos, los que te dí

son míos, y éstos que te doy ahora también; mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera.—¿Tan malo es ser poeta?, replicó Preciosa.—No es malo, dijo el paje; pero el ser poeta á solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra á todas gentes, ni á cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran, y finalmente deleita y enseña á cuantos con ella comunican. — Con todo eso, respondió Preciosa, he oído decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga. Antes es al revés, dijo el paje, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado, filosofía que la alcanzan pocos.»

Es cierto que sólo un paje de cuan-

tos en el mundo han sido, podría hablar de este modo: el paje de cámara de monseñor Aquaviva, el propio Cervantes; pero no lo es menos que á él no debía parecerle imposible que hubiese pajes que hablaran de tal manera.

Elocuente llamó Cervantes al gitano viejo, y tuvo razón, que en su discurso dice más del alma gitana que muchos de los seiscientos y pico de volúmenes que cita Colocci en su bibliografía zíngara [60]. Y es que, aunque la ciencia llegara á fijar conclusiones sobre los puntos que tocan á esa raza; y las escuelas ó sistemas de investigación, ya míticos, ya étnicos, ya tradicionales, se pusiesen de acuerdo en todo, como parecen estarlo en declarar el origen indio de los gitanos; aunque la etnografía y la filología nada tuvieran que estudiar acerca de sus emigraciones y de su lenguaje, para el psicólogo y para el artista siempre habría algo de misterioso en esa raza dispersa por el

[60] *Gli Zingari*, *Torino*, 1889.

globo y unida en su miseria como la judía en su opulencia; y muchos de los rasgos que la caracterizan—aquellos en que aparecen confundidos la tristeza de la copla gitana, de dejo oriental, el sensualismo de su baile, de ondulación rítmica, y la vivacidad de su hablar rápido ceceoso y truhanesco—los encontraría juntos en los párrafos musicales del discurso del jefe gitano, en los decires de amor y de celos de la Gitanilla, y en sus intencionados coloquios con la gitana vieja.

Si en *La Gitanilla* aparecen convencionales los caracteres, los detalles de época son de una observación justa y de una exactitud indiscutible.

Quien crea que es una nota cómica exagerada y fuera de lo real la pobreza de aquel Teniente de la villa, «que no cohechaba», y en cuya casa se buscó en vano una moneda para que las gitanas hiciesen la cruz de la buena ventura, consulte las crónicas, y verá que, gracias á los despilfarros de Felipe III, y á la mala administración y personales medros del Duque de Lerma y sus

parciales, la miseria en España era tal, que Cabrera de Córdoba escribía: «de presente S. M. no tiene para pagar los gajes de sus criados, ni aun se les da ración, ni aun para el servicio de su mesa hay con que proveerse, sino tomándolo fiado, lo que nunca se ha visto antes de agora en la Casa Real; y no se ve medio como en muchos dias pueda socorrerse de sus rentas por estar todas empeñadas, y las gracias y flotas de Indias libradas en más de lo que importan [61].»

No se piense que esta miseria estaba oculta, y que Cabrera la conocía por ser *grafier del bureo* de la Reina Doña Margarita de Austria; hasta los diplomáticos hablaban de ella en sus memorias. Contareni escribía: «anda la Hacienda con tan gran fatiga que para la mesa de los reyes falta [62].»

Tampoco debe extrañar que el padre de D. Juan de Cárcamo, el más noble y encumbrado de los personajes

[61] *Relaciones, p.* 117.
[62] *Relación cit., p.* 583.

de esta ficción, estuviese en la Corte pretendiendo un cargo, «y tuviera casi ciertas esperanzas de salir con él», pues en las *Relaciones* del citado Cabrera, hallamos á los más altos señores aumentando las nubes de pretendientes que obligaban á Lerma á encerrarse á piedra y lodo, y no recibir á nadie durante meses enteros, con el pretexto de mitigar sus incurables melancolías.

Este detalle de las pretensiones que retenían en Madrid, donde se hallaba la Corte, al D. Francisco de Cárcamo de *La Gitanilla,* indica que la novela no se escribió en Valladolid, como asegura Pellicer, quien refiriéndose á los festejos con que aquella ciudad celebró el nacimiento de Felipe IV, escribe: «Salió la Reina á misa de parida á la iglesia de San Llorente, con cuya ocasión escribió Cervantes un romance, que cantó la Gitanilla, como se lee en su novela, *que entonces componía* [63].» Para suponer que Cervantes

[63] *«Vida de Cervantes», p.* 86. *En la p.* 132 *de la*

escribió *La Gitanilla* en Valladolid, habría que declararlo profeta, pues sólo así podría predecir el 31 de Mayo de 1605 lo que nadie imaginaba en aquella fecha: que la poca salubridad de Valladolid, y la pobreza en que había quedado Madrid desde que salió de aquí la Corte, habían de ser causa, ó pretexto, para que en los comienzos de 1606 Felipe III la hiciera regresar.

El romance del caso, que Cervantes, con la debilidad que siempre tuvo para con sus versos, hace que Preciosa llame «lindísimo en extremo, famoso y compuesto por un poeta de los de número como capitán de batallón», tiene menos mérito, si cabe, que la *Relación* en prosa de las fiestas de Valladolid que se atribuye á Cervantes [64]. Es una especie de logogrifo cul-

misma obra se contradice, afirmando que «compuso en Madrid la novela «La Gitanilla», aunque insertó en ella uno de los «infinitos» romances que hizo en su vida»: lo que prueba la poca atención que ponía en estas investigaciones, copiadas sin criterio propio por sus continuadores.

[64] *Relación / de lo svcedi / do en la çivdad / de Va-*

terano, en el que para decir que salió la Reina entre el Rey y la infanta Ana Mauricia, que detrás llevaban al recién nacido Felipe IV, que éste vino al mundo la noche del viernes santo, y que el Duque de Lerma iba cerca del Rey, escribe:

«Y para mostrar que es parte
Del cielo en la tierra toda,
Á un lado lleva el sol de Austria,
Al otro la tierna aurora.
»Á sus espaldas la sigue
Un lucero, que á deshora
Salió la noche del día,
Que el cielo y la tierra lloran.
. . . .
»Junto á la casa del sol
Va Júpiter; que no hay cosa
Difícil á la privanza
Fundada en prudentes obras.....»

Por cierto que esta alabanza de las prudentes obras de Lerma en nada se

lladolid desde / el pvnto del felicissimo nacimiento del / Principe Don Felipe Dominico Victor / nuestro Señor: hasta que se acabaron las / demostraciones de alegria que / por él se hizieron / ... / 1605. / ... / En Valladolid, por Juan Godinez de Millis, 50 *hojas en* 4.°

aviene con la pintura que en dos rasgos hace Cervantes de aquella administración venal y podrida.

Hablan Preciosa y el señor Teniente, y dícele aquélla: «Coheche Vmd., señor Teniente, coheche, y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre. Mire, señor, por ahí he oído decir que de los oficios se ha de sacar dineros para pagar las condenaciones de las residencias, y para pretender otros cargos.—Así lo dicen y lo hacen los desalmados, replicó el Teniente; pero el juez que da buena residencia, no tendrá que pagar condenación alguna, y el haber usado bien su oficio será el valedor para que le den otro.—Habla Vm. muy á lo santo, señor Teniente, respondió Preciosa; ándese á eso, y cortarémosle de los harapos para reliquias.—Mucho sabes, Preciosa, dijo el Teniente: calla que yo daré traza que Sus Majestades te vean porque eres pieza de Reyes. —Querránme para truhana, respondió Preciosa, y yo no lo sabré ser, y todo irá perdido: si me quieren para dis-

creta aún llevarmeian; pero en algunos palacios mas medran los truhanes que los discretos.» Y como para atenuar la alusión, demasiado directa, y confirmando al mismo tiempo la intención de lo escrito, la gitana vieja corta la conversación, diciendo: «Ea, niña, no hables más, que has hablado mucho, y sabes más de lo que yo te he enseñado... y no te metas en altanerías que no hay ninguna que no amenace caida.»

No fué ésta la única vez que Cervantes habló de aquel desdichado modo de gobierno, y ya veremos, al tratar de *El Amante Liberal*, cómo dirigió sobre él de nuevo sus censuras, usando de un hábil, pero bien claro, eufemismo.

III

«Del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia», decía el padre Haedo en su *Topografía de Argel.* Así lo creyó también Cervantes, y de esas aventuras hizo tres novelas: *El Cautivo*, que ingirió en el *Quijote; El Amante Liberal* y *La Española Inglesa*, que figuran en las *Novelas Ejemplares.* Y aun se dejó por referir otros muchos episodios de su cautiverio; no obstante lo cual, culpábale Suárez de Figueroa de haber historiado en esas novelas «sucesos suyos, dando á su imaginada discreción inauditas alabanzas»; como si hubiera ninguna, entre las que el novelista dedica á sus héroes, comparable con las que, apoyado en el testimonio de sus compañeros de esclavitud, le consagra Haedo, quien hablando de la vida del «hidalgo principal de Alcalá de Henares», escribe: «Cuatro veces estuvo

á pique de perdella, empalado, ó enganchado, ó abrasado vivo, por cosas que intentó para dar libertad á muchos; y si á su ánimo, industria y trazas correspondiera la ventura, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos, porque no aspiraban á menos sus intentos.....»

Es de notar que tan entusiastas encomios se publicaban en vida de Cervantes y de los principales interlocutores que intervienen en los diálogos de Fr. Diego de Haedo, y que esos mismos interlocutores, sobre todo el Dr. Antonio de Sosa y el capitán Jerónimo Ramírez, fueron quienes facilitaron los datos con que el Arzobispo de Palermo hizo el esbozo de la *Historia de Argel*, que adicionó y publicó en Valladolid en 1612 su sobrino fray Diego [65].

Pocos períodos de la vida de Cervantes han sido puestos tan en claro como el del tiempo de su esclavitud, merced á las informaciones de cautiverio

[65] *Impresa por Diego Fernández de Córdoba.*

y de rescate, y á las constancias de los libros de redención de cautivos, que se han venido publicando desde que don Martín Fernández Navarrate incluyó en su *Vida de Cervantes* la información encontrada en el Archivo de Indias por Ceán Bermúdez, hasta que don Cristóbal Pérez Pastor halló en el Archivo de protocolos de Madrid, y en el libro de redenciones de la Orden de la Santísima Trinidad, algunos de sus más interesantes *Documentos Cervantinos* [66].

Con la base del conocimiento que acababa de alcanzar, amplió D. Martín Fernández Navarrete cuanto respecto al *Cautivo* había escrito Pellicer; desvaneciendo la suposición del padre Sarmiento, de que esa «novela era una disfrazada historia de la vida de Cervantes» [67], porque éste, ni marchó á Flandes con el duque de Alba, ni fué cautivado en la batalla de Lepanto, ni

[66] *Obras cit. en las notas núms. 7 y 15.*

[67] *«Noticia de la verdadera patria de Cervantes», MS. de la biblioteca del Duque de Medina Sidonia donde lo examinó D. Martín F. Navarrete.*

quedó esclavo de Ochalí, por cuyo fallecimiento pasó á poder de Azan Agá, con quien se trasladó de Constantinopla á Argel á mediados de 1577, ni llegó á ser capitán; circunstancias que atribuye Cervantes al protagonista de *El Cautivo*.

Pellicer y Navarrete examinaron, también, cuáles de los personajes de que se habla en la novela tuvieron existencia real, como aquel Agi Morato, renegado esclavón, uno de los alcaides más ricos que vivían en Argel en 1581, y aquel Muley Maluch, su yerno, muerto en el campo de Alcazarquivir el 2 de Agosto de 1578, de quien dice Haedo que «era un hombre discreto de muy gentil juicio y disposición», y al que D. Antonio de Herrera, en la *Historia de Portugal*[68], alaba por «muy elocuente, discreto y plático en diversas lenguas». Navarrete habla además de un renegado español al que Haedo llama Morato Ráez Maltrapillo, natural de Murcia, y á

[68] *Libro* 1.º, *f.*º 17.

quien él supone se refiere Cervantes, cuando dice que de un renegado natural de Murcia se servía el *Cautivo* para leer los billetes de Zorayda, y al que atribuye en la novela la entrega de 500 escudos para comprar la barca; hecho que, según consta por información, fué obra de un natural de Granada, llamado en su país el licenciado Girón, y en Argel, Abderramén [69].

A pesar de éste y otros detalles que debieran demostrar prácticamente de qué modo mezclaba Cervantes en sus

[69] *En cuanto á las gestiones del «mercader valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, á quien dieron los ochocientos ducados, en que se rescató el «Cautivo», es cierto que Onofre Exarque, mercader de Valencia, se hallaba en Argel en* 1579, *y fué quién dió más de mil y trescientas doblas para comprar una fragata armada, en que Cervantes, con otros compañeros, habian de venirse secretamente fugados á España. Véase D. Martin F. de Navarrete, obra y p. cit. También tiene algún carácter de verosimilitud que el autor de las «Memorias del cautivo en la goleta de Túnez», publicadas en* 1875 *por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, sea, como supone el Sr. Gayangos, en las páginas* XIX *y* XX *del prólogo de la obra, el Alférez Pedro de Aguilar de quien con tanto elogio habla Cervantes en «El Cautivo».*

novelas lo real y lo fingido, Pellicer y Navarrete terminan su estudio diciendo que «la acción de la novela no es de la vida del mismo Cervantes, quien es regular que sufriese el cautiverio en el Baño en que le padeció Rui Pérez de Biedma, que robó á la mora Zorayda, hija de Agi-Morato, y es el sujeto de la novela de *El Cautivo*, y por esto cuenta tan menudamente los sucesos de aquella rara aventura».

Suposición gratuita del todo, explicable por el prurito de hallar en las *Novelas* retratos directos, despojando á Cervantes de toda inventiva, hasta en casos como el presente, en que no hay documento alguno en que aparezca que el capitán Rui Pérez de Biedma existiera en otra parte que en la mente de quien lo inventó.

El conocimiento de Cervantes en los sucesos que cuenta en *El Amante Liberal*, se refiere más á las costumbres morunas, que juzgaba iguales en Chipre y en Argel, que á la acción de la novela.

El padre Sepúlveda [70] cuenta el «caso de una señora alemana, mujer de un sultán de Argel, que hallándose en 1595 en uno de los jardines fuera de la ciudad, se vino á España con veinte personas y lo mejor y más rico que tenía, en una barca que se envió de propósito desde Valencia, por orden de Felipe II, quien la asignó después una pensión, con la cual vivió muchos años en aquella ciudad». Pellicer, Navarrete y Arrieta, al copiar dicho caso, lo acomodan al asunto de *El Cautivo*, con el cual, en efecto, tiene cierta semejanza; pero muy remota es la que pudiéramos hallar entre *El Amante Liberal* y ése y otros sucesos de cautiverio que se refieren en las historias.

No hay, por lo tanto, motivo para suponer que las aventuras del amante que, desdeñado libre, logra ser correspondido en la cautividad, dejen de ser pura invención del novelista; no así

[70] *Varios sucesos y cosas notables, MS.*, *Biblioteca Nacional de Madrid, H.* 159, 160.

todos los puntos relativos á las costumbres moras, que están copiadas del natural, y son de aquellas de que decía Cervantes, «no se le habían ido de la memoria ni se le irían en tanto que tuviere vida.»

Esas costumbres, por lo que toca á la vida íntima, explican los amores entre amos y esclavos á que tan aficionado se muestra Cervantes en las *Novelas;* pues el celo que entre sí empleaban los moros para la guarda de sus mujeres, no dejándolas ver ni de sus propios hermanos, contrastaba, según dice Fr. Melchor de Zúñiga en su *Descripción y república de la ciudad de Argel*, con la libertad en que las dejaban para con los cristianos cautivos, quizá por el desprecio con que solían mirarlos.

Al hablar de la vida social de aquellas gentes, válese Cervantes de un ingenioso eufemismo para repetir las censuras que del Gobierno de España hacía en *La Gitanilla*, cuando contaba ésta que «de los oficios se había de sacar dinero para pagar las conde-

naciones de las residencias y para pretender otro cargo».

«Hecha, pues, la residencia, dice, se la dan al que deja el cargo en un pergamino cerrado y sellado, y con ella se presenta á la Puerta del Gran Señor, que es como decir en la Corte ante el Gran Consejo del turco; la cual, vista por el Visir Bajá y por los otros cuatro Bajaes menores — como si dijésemos ante el Presidente del Real Consejo y Oidores,—le premian ó le castigan, según la relación de la residencia, puesto que si viene culpado, con dineros rescata y excusa el castigo. Si no viene culpado y no le premian, como sucede de ordinario, con dádivas y presentes alcanza el cargo que más se le antoja; porque no se dan allí los cargos y oficios por merecimientos, sino por dineros: todo se vende y todo se compra. Los proveedores de los cargos roban á los proveidos en ellos y los desuellan; pero de este oficio comprado sale substancia para comprar otro que más ganancia promete.»

La semejanza de asunto de *El Cau-*

tivo y *El Amante Liberal* no es base suficiente para imaginar que los escribió Cervantes en la misma época, y que quizá, como dice Rosell en sus poco acertadas *Investigaciones*, esta última novela sea posterior. Ya en el campo de las suposiciones, á que no soy nada aficionado, más probable aparece que *El Amante Liberal* sea una de las primeras obras que en este género literario escribió Cervantes, porque hay en ella, fuerza es decirlo, sobra de retórica, y no de la buena; apóstrofes hinchados, epítetos altisonantes y figuras retóricas que, con todo el respeto debido, podemos declarar rayanas en lo cómico, y de las que tal vez se reía él mismo: por ejemplo, aquellas lágrimas de Ricardo «que hilo á hilo le corrían por el rostro en tanta abundancia, que llegaron á humedecer el suelo»; y aquellos suspiros de Azam, de los que dice «parece que el aire de los suspiros que el enamorado moro arrojaba, impelía con mayor fuerza las velas que le apartaban y llevaban el alma».

No por esos lunares es indigna la novela de figurar al lado de las otras. Aunque es á todas luces inferior hasta á la misma *Española Inglesa*, tiene parecido con ésta, en lo pintoresco de las descripciones de viajes y maniobras marítimas, que si no acreditaran á Cervantes de hábil marino y consumado geógrafo [71], como pretenden los que aseguran entender de esas cosas, por lo menos probarían una vez más sus cualidades de observador y su incomparable memoria de artista.

[71] *Pericia Geográfica / de / Miguel de Cervantes, / ... / por / Don Fermín Caballero, / Madrid / Yenes /* 1840. — *Cervantes, marino. / Demostración, / por / Cesáreo Fernández / Madrid, Estrada,* 1869.

IV

La novela de *Rinconete y Cortadillo* no es únicamente un cuadro de las costumbres de los ladrones que en Sevilla vivían á fines del siglo XVI; es un estudio de la vida ladronesca de la España de entonces: porque si es verdad que de la exactitud de la narración de Cervantes puede asegurarnos Zapata, cuando cuenta detalles de la cofradía de ladrones de Sevilla, no lo es menos que esa misma exactitud la comprueban el Dr. García al hablarnos de los *estatutos y leyes de los ladrones*, refiriéndose principalmente á los de León, y el autor de las gacetas anónimas que publicó Rodríguez Villa, al relatar algunas fechorías de los rufianes de Madrid.

Pero desde que D. Juan Antonio Pellicer reprodujo, á propósito de esta novela, una página de un manuscrito de D. Luis Zapata, no se ha hecho otra cosa, al tratar del *Rinconete*, des-

contando las majaderías de Bosarte, sino copiar los tres renglones que el mismo Pellicer le dedica para encabezar la página de la *Miscelánea*, en que Zapata escribe esto: «En Sevilla dicen que hay cofradía de ladrones con su prior y cónsules; como mercaderes hay depositario entre ellos, en cuya casa se recogen los hurtos, y arca de tres llaves donde se echa lo que se hurta y lo que se vende, y sacan de allí para el gasto y para cohechar los que pueden para su remedio cuando se ven en aprieto; son muy recatados en recibir, que sean hombres esforzados, y ligeros, y cristianos viejos; no acogen sino á criados de hombres poderosos y favorecidos en la ciudad, ministros de justicia; y lo primero que juran es esto: que aunque los hagan cuartos, pasarán su trabajo, mas no descubrirán sus compañeros [72].»

[72] *El fragmento citado termina de este modo: «..... y aſi cuando entrejente honrrada de vna caſa falta algo que dicen que el diablo lo lleuo levantanſelo al diablo que no lo lleuo ſino alguno deſtos y de auer la cofradia*

No hay duda de que tales pormenores convienen con los de la novela de Cervantes; pero compárense los episodios de *Rinconete* con los que cuenta el Dr. García en *La desordenada codicia de los bienes ajenos*, y se hallará tan grande parecido, que si no fuese por la índole de la obra—en que los estatutos de los ladrones no son sino un detalle secundario, y en la que hay muestras sobradas de observación directa,—á pesar del poco tiempo transcurrido entre la aparición de uno y otro libro, sería fácil caer en la injusticia de atribuir al Dr. García más cuidado en seguir á Cervantes, que en copiar de la realidad las costumbres que se propuso dar á conocer. Tal es la semejanza de los tipos que figuran en ambas obras, que la explicación de García sobre las diversas suertes de ladrones, se asocia en la memoria á los nombres del *Ganchozo*, el *Desmo-*

es cierto, y dura mucho mas que la ſenoria de benecia porque aunque la Justicia entreſaca algunos deſdichados nunca ha llegado al cabo de la hebra.» MS., descrito en la nota núm. 51.

chado, el *Narigueta*, el *Repolido*, el *Maniferro* y todos los demás pícaros y rufianes de la casa de *Monipodio* [75].

[75] «*Tenemos, primeramente, un capitán y un superior, á quien toda suerte de ladrones obedece, el cual ordena y dispone los hurtos que se han de hacer, nombrando las personas que más á propósito le parecieren para ello, y eligiendo los más astutos y sagaces de la compañía para los hurtos más intrincados y peligrosos. Y en esto hay un buen orden y gobierno, que no hay persona entre nosotros que se descomida un punto, ni pase los límites de su comisión, emprendiendo uno lo que está á cargo del otro, ni entremetiéndose en más de lo que su capacidad alcanza.*

»*Este capitan examina al que viene de nuevo á la compañía, dándole tres meses de noviciado para probar su ánimo, inclinación y habilidad, en el cual tiempo le propone algunas cuestiones y sutilezas, como son, descolgar una campanilla sin escala, palo ni cuerda; hurtar el caballo á un hombre, estando sobre él y caminando; tomar el cuello á un cortesano en medio de cien personas, y otras cosas á este talle; y habiendo conocido su capacidad y talento, le da el oficio de salteador, grumete, cortabolsa ú otro de que fuere más capaz.....*

»*Es este nuestro caudillo, hombre viejo, prudente, experimeutado, sagaz, y finalmente, jubilado en el arte, al cual, habiéndole ya faltado las fuerzas y ligereza para hurtar, ejercita la teórica con nosotros, enseñándonos el método y preceptos de hacello. Para esto nos manda juntar una vez en la semana en cierto puesto señalado, adonde nos obliga á dar estrecha cuenta de*

Á propósito de la industria que ejercía el *Chiquiznaque*, una de las más importantes, según el Dr. García, y que en la novela de Cervantes es utilizada por el caballero mozo, que encarga

todos los hurtos y acontecimientos que en ella ha habido, reprendiendo ásperamente los negligentes y descuidados, y alabando los vigilantes y astutos. Suele esto hacerse sábado en la noche, en el cual dia ordena todo lo que se debe hacer la semana, señalando á cada uno los lugares y puestos que ha de tener y los hurtos en que se ha de emplear, tomando riguroso juramento á todos de fidelidad, y castigando al delincuente, por la primera vez, con quitalle la parte del hurto que le toca; por la segunda, privándole del oficio por seis meses, y si fuere incorregible y pertinaz, le entrega en manos de un alguacil. Si pecare de negligencia y descuido, como es acudir tarde á su puesto, divertirse ó dejar pasar algún lance sin acometelle, se le priva del beneficio de una semana, y quitándole el oficio de ladrón, le da el de espia ó centinela por el tiempo que nuestro consejo ordenare.

»De todos los hurtos, se saca primeramente el quinto, para satisfacer con él al que nos perdona los azotes, destierro, galeras y horca; y de lo que queda, se saca el diezmo, para obras pias, cuales son, socorrer los enfermos y necesitados de nuestra compañia, rescatar los encarcelados y remediar las afrentas que se hacen á los que no tienen blanca.

»El agresor del hurto lleva la parte igual con el

den en el rostro una cuchillada de 14 puntos al mercader de la Encrucijada; consta que en el año de 1637 era ejercida todavía en Madrid, como lo demuestra el caso de D. Juan Pacheco, hijo del Marqués de Cerralvo, que fué llevado preso al convento de Calatrava, según refiere el cronista anó-

capitán, por el trabajo y peligro en que se metió; los cómplices el tercio, y los espias el quinto.

»Cuanto á la honra y respeto que á cada uno se debe, se guarda tal orden, que no se hace agravio á persona de la compañia, teniendo cada oficio su asiento y lugar señalado en todas nuestras consultas y ajuntamientos. Porque, los primeros son los salteadores, despuès los estafadores, luego los grumetes, tras dellos los duendes, despuès los capeadores, á èstos siguen los maletas, luego los apóstoles, cigarreros, cortabolsas y mayordomos.

»Sobre todos estos preside un gènero de ladrones, llamados entre nosotros liberales, cuyo oficio es encargarse de dar cuchilladas de tantos puntos.» *La / Desordenada / codicia de los / bienes agenos / Obra apazible y curiosa, en la qual / se descubren los enrredos y ma- / rañas de los que no se con / tentan con su parte / Dirigida al Ilustrissimo y Ex / cellentissimo Señor, Don / Luys de Rohan, / Conde de Rochafort / en Paris / En casa de Adrian Tiffeño, á la / enseña de la Samaritana / MD.CXIX, pág.* 145 *á* 151 *de la reproducción hecha en el t.* VII *de «Libros de antaño».*

nimo á quien antes nos referimos, «por haber mandado dar una cuchillada en la cara á Tomás Fernández, autor de comedias, porque no quiso echar comedia nueva á su instancia el día de San Blas en que estaba libre de calenturas una hija del Marqués de Cadreita, cuartanaria, que D. Juan galanteaba. Mientras el asesino daba la cuchillada, estaba el mismo D. Juan paseándose y esperando el suceso en el cementerio de San Sebastián; y dixo en cierta ocasión, que así se habia de tratar á los pícaros, acción que generalmente ha parecido mal á todos, porque además que hay poco concurso de gente aquel día en los corrales, estaban también interesados en ellos los arrendadores y el Hospital General» [74].

En lo referente á la *memoria de los palos* que habían de darse, que hacia anotar *Monipodio* en el libro de la sociedad al lado de las cuchilladas que tenía de encargo; Cabrera de Córdoba escribe en sus *Relaciones* [75] que el Du-

[74] *Pág.* 90 *de la obra cit. en la nota núm.* 55.
[75] *Pág.* 227.

que de Alcalá encargó se dieran «ciertos palos» á un veinticuatro de Sevilla «por no habérsele descubierto pasando cerca de él», y que con ese motivo se envió desde Valladolid un Alcalde de Corte contra el Duque.

Estos pormenores, si no hubiera otros, bastarían para calificar á Bosarte cuando aseguraba que *Rinconete* no era obra de Cervantes, aunque éste la diera como suya, porque «el caso» que pinta había ocurrido años antes de su paso por Sevilla, y á un forastero «era difícil averiguar menudencias ciertas de tiempos pasados y de personas privadas, cuando se había perdido la memoria de tales historias».

Ya se ha visto que las costumbres que se copian en *Rinconete y Cortadillo* tenían un carácter de generalidad entre la gente rufianesca de España y no eran sólo peculiares de Sevilla, aunque Cervantes supo dar exacto color local á su pintura, que probablemente ejecutaría en una de sus muchas estancias en aquella ciudad antes de 1605, fecha de la impresión de la

primera parte del *Quijote*, donde habla ya de esta novela suya.

V

Aseguraba Lope en las *Fortunas de Diana* que las novelas «podían ser ejemplares, pero habían de escribirlas, por lo menos, grandes cortesanos». Cervantes decía en el *Licenciado Vidriera:* «Yo no soy bueno para Palacio porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.» Sin convenir con la opinión de Lope, creo que no habría estado demás á Cervantes conocer algo de las costumbres palatinas antes de describir la Corte de Inglaterra. La reina de su historia de *La Española Inglesa* tiene para nosotros el encanto de los reyes de los cuentos infantiles. La buena señora lo mismo espera en los corredores de palacio la «nueva de los navíos» en que envió de corsario á Ricaredo, á fin de que hiciera méritos para conquistar á su amada, que receta á ésta remedios caseros; de igual modo llama á un mercader, y contrata en

persona «intereses y ganancias» de cédulas, que habla con el capitán de un barco, le «pide encarecidamente lleve en su nave á Isabel y á sus padres», y al despedirse de ellos, abrazándoles, les suplica le escriban «de su llegada y siempre de su salud». Todo como podía haberlo hecho la hermana de Cervantes, D.ª Andrea, ó su mujer, la excelente Sra. D.ª Catalina Palacios Salazar, si los azares de la suerte, en vez de llevarlas á lo que hoy se llamaría *coser para afuera*, las hubieran elevado al trono de Inglaterra [76].

Y es que al componer, con diversos elementos, unos reales y otros imaginados, las figuras de esta obra, no puso mientes el autor en el modelo vivo.

Ni Isabela, robada á sus padres

[76] *Entre los autógrafos de Cervantes, de que habla Barrera en sus «Nuevas Investigaciones», se hallan las cuentas de labores hechas por D.ª Andrea para el Marqués de Villafranca, D. Pedro de Toledo Osorio. Uno de los recibos de esas cuentas lleva la firma del mismo Cervantes; otro está firmado por D.ª Andrea, en Valladolid, á* 8 *de Febrero de* 1603.

cuando niña en el saqueo de Cádiz, y llevada á Inglaterra por uno de los capitanes de la escuadra; ni Ricaredo, hijo de aquel capitán, y esposo de Isabela, en el término de la historia, después de grandes pruebas de amor y constancia; ni Clotaldo, ni el conde Arnesto, ni el paje Guillarte, ni la señora Tansi, son personas de carne y hueso como otras creadas por Cervantes. Hasta sus nombres, que nada tienen de ingleses, y poco de españoles, parecen denunciar que cuando Cervantes no componía copiando directamente del natural, perdía mucho de su personalidad artística, y recordaba demasiado la urdimbre y contextura de las obras italianas.

Ninguno de los personajes, decíamos, es de carne y hueso; pero á ninguno vistió Cervantes con tanto esmero realista como á los héroes imaginarios de *La Española Inglesa.* Si habla de Isabela, dice: llevaba «saya entera de raso verde acuchillada, y aforrada en tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses de perlas, y toda ella bor-

dada de ricas piedras; collar y cintura de diamantes, y con abanico á modo de las señoras damas españolas; sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servian de tocado»; si pinta á Ricaredo, lo retrata con «peto, espaldar y gola, brazaletes y escarcelas, con unas armas milanesas de once listas, grabadas y doradas, y sombrero de gran falda de color leonado, con muchas plumas terciadas á la valona; la espada ancha, los tiros ricos, las calzas á la esguízara».

Al ver los maniquíes ideales vestidos de esta manera, se recuerdan los retablos de los pintores primitivos, en los que la falta de consistencia de la figura contrasta con los nimios detalles del ropaje. Pero así como, en ocasiones, en esos viejos retablos un retrato del artista, hecho por él mismo, nos interesa y atrae; despierta la atención hacia la figura soñada de Ricaredo su parecido con la de Cervantes, no sólo en las aventuras de su cautividad, sino

en sus generosos y descabellados empeños; porque el alma de Ricaredo, presentada como espejo de nobleza, valor y cordura, tiene, en sus magnánimos arranques, muchos puntos de identidad con la de Don Quijote, con la cual siempre estuvo en comunicación directa la de Cervantes. La libertad de los prisioneros de la galera turquesa es algo muy semejante á la libertad de los forzados, en que por su mal intervino el *Caballero de la Triste Figura.* El sentido crítico del autor le hacía comprenderlo así, y sin duda por eso las gentes de Ricaredo le culpaban, «diciéndole que los libres podían dar aviso en España de aquel suceso, y que si acaso había galeones de armada en el puerto, podían salir en su busca, y ponerlos en aprieto y en términos de perderse». Y «bien conocía Ricaredo que tenían razón».

En *La Española Inglesa* como en *El Cautivo* y en *El Amante Liberal*, consigna Cervantes algunos de los hechos que presenció en el tiempo de su esclavitud. Aquel «padre de la Reden-

ción que se quedaba en Argel empeñado en cuatro mil ducados que había gastado más de los que traía, porque á toda esa misericordia y liberalidad se extiende la caridad de esos padres, que dan su libertad por la ajena», recuerda á Fr. Jorje de Olivar, detenido en Argel en rehenes por salvar á otros cristianos, según consta en el *Memorial* que varios cautivos dirigieron en Octubre de 1578 á Felipe II, documento en el cual figura en el catorce lugar la firma de *Michael Seruantes Saauedra* [77]. Además, una vez libre, hace Recadero la procesión general en Valencia del modo que la hacían por aquella época las redimidos españoles, y como la hizo el mismo Cervantes.

A juzgar por las trazas, esta novela debió de ser improvisada. De otro modo no se explicarían los descuidos de estilo, y las contradicciones en que se enreda la narración. Hay una de

[77] *Pérez Pastor «Documentos cervantinos», páginas 234 á 238.*

ellas que da la medida de la premura con que debió de ser compuesta: la Reina de Inglaterra, que al recibir á Isabela dice, «habladme en español, doncella, que yo lo entiendo bien y gustaré de ello», olvida poco después el castellano, y cuando llegan los padres de *La Española Inglesa* tiene que entenderse con éstos «sirviéndole de intérprete Isabela». Parece como si en realidad escribiera el autor al vuelo y por compromiso con los «dos señores eclesiásticos que rogaron á Isabela pusiese toda aquella historia por escrito para que la leyese su señor el Arzobispo», detalle que se ajusta al origen de la *Miscelanea* de Porras, cuya lectura entretenía los ocios del Arzobispo Niño, y en la que, según vimos ya, se incluyeron obras de Cervantes. Respecto á la fecha en que ésta se escribió, lo único que puede asegurarse es que fué posterior al año 1605 en que el Conde de Nottingham [78]

[78] *Navarrete le llama equivocadamente Hontinghan, y asi repiten el nombre todos los que al hablar de las fiestas de Valladolid copian á Navarrete sin citarlo.*

vino á España á ratificar, en nombre de Jacobo I de Inglaterra, las paces ajustadas en Londres por el condestable D. Juan Fernández de Velasco, sexto Duque de Frías. Durante la guerra nadie menos que Cervantes, que tenía muy presente la consternación que produjo en Andalucía el saqueo de Cádiz, podría haberse atrevido á hablar de la sabiduría del Conde de Essex y de la bondad de la Reina de Inglaterra [79].

[79] *Recuérdese á este propósito la manera con que se recibió el Memorial de Jáuregui «á S. M. el Rey, sobre escritos contra Francia», al que se refieren las Gacetas que publicó Rodriguez Villa, que mencioné en la nota núm.* 55 : *«El señor don Juan de Jáuregui ha sacado un discurso sobre que se ha de hablar y tratar bien de palabra á los enemigos, el cual dicen lo han tomado muy mal los superiores. La jácara que ha compuesto el señor don Francisco de Quevedo contra franceses sigue otro diferente estilo y va con esta», pág.* 62. *De algunas suposiciones infundadas respecto á «La Española Inglesa» hablé ya en la p.* 72 *de este libro.*

VI

Entre las conjeturas descabelladas de Pellicer, una de las que más se ha generalizado, pues la reproducen todos los críticos de las *Novelas*, es que Cervantes «se propuso en *El Licenciado Vidriera* ridiculizar la manía ó extravagancia del erudito humanista alemán Gaspar Barthio, traductor al latín de *La Celestina* y *La Diana Enamorada*, cuya aplicación vehemente á la lectura llegó á trastornarle la cabeza, viviendo durante diez años persuadido de que era de vidrio, sin querer, por esta aprensión, que nadie se le arrimase.»

Navarrete, que hizo suya la idea de Pellicer, agregaba que era muy probable que Cervantes conociese y tratase á Barthio cuando éste estuvo en España, y que «parece indudable que fué aquel docto maniático á quien Cervantes se propuso copiar».

Y Rosell llega á «presumir que mu-

chos de los epigramas, equívocos y dichos sentenciosos del supuesto Vidriera, eran históricos desvaríos del maniático alemán»[80].

Fouché-Delbosc hace notar, con justicia, que ninguno de los biógrafos de Gaspar de Barthio dice que visitara á España antes de 1613, fecha de la publicación de las *Novelas*. La traducción de Aretino, hecha de la versión española de Fernán Xuárez, y las de *La Celestina* y *La Diana Enamorada*, que le dieron fama de hispanizante, se publicaron en 1623, 24 y 25; Barthio murió en 1658, y si la locura de que nos dan cuenta Pellicer y Navarrete fué debida á sus trabajos mentales, es seguro que no se le declararía en plena juventud, sino en una edad avanzada[81]. Además, de esa locura no

[80] *Obras citadas en las notas núm.* 8, 15 *y* 35.

[81] *Ya en* 1631, *Gaspar Ens, hispanizante alemán, como Barthio, habia traducido al latin* «*El Licenciado Vidriera*», *y en el libro no hay alusión alguna en apoyo del pretendido retrato. Véase:* «GASPARIS ENS / PAVSILIPVS / *Siue* / TRISTIVM COGITA / *tionum* / *et molestiarum* / SPONGIA / VARIIS INCREDI / *bilibus ac*

dicen una palabra las biografías alemanas del autor de *Adversaria;* pero, aun dándola por cierta, ¿no es un incidente sin importancia? ¿Qué significa para el asunto un género del desequilibrio mental que podría cambiarse sin inconveniente? ¡*El Licenciado Vidriera* ridiculizado por Cervantes! ¿Podía

iucundis / HISTORIIS, NARRATIONI / BUS, FACTIS, DICTIS / *tam ferijs quam iocofis*, / *referta.* / ET TAM RECREANDIS QVAM / *erudiendis animis accommodata / viñela adorno / Coloniæ / apud Gerhardum Grevenbruch, anno MDXXXI». Contiene: portada, dedicatoria al «ilustre y generoso Señor D. Florencio Harthart», tres hojas sin foliatura, índice, tres idem, una hoja en blanco,* 294 *páginas. En el ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid está empastada, unida á esta obra, otra del mismo Ens; la signatura es* 34.202[2]. *Ocupa de la página* 56 *á la* 76; *se llama «Phantasio-cratumenos: siue Homo Vitrevs». Según D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien primero se fijó en esta traducción fué el escritor holandés Haan, profesor en la Universidad de Baltimore, Estados Unidos. La versión de Ens ha sido reimpresa en* 1897 *por la «Revue Hispanique», precedida de una introducción crítico-bibliográfica de Fitzmaurice Kelly, que conviene en varios puntos con la que en* 1892 *publicó Foulche-Delbosc al frente de su citada traducción «Le Licencié Vidriera», y lleva, además, curiosos datos bibliográficos relativos á Ens, cuya traducción no conocía Foulche cuando hizo la suya.*

ser ridícula aquella locura que á todo respondía con más entendimiento, «por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio por ser materia sutil y delicada, obra por ella el alma con más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo pesada y terrestre»?

Cervantes hizo decir á los locos cosas profundas que jamás soñaron los cuerdos. En *El Licenciado Vidriera*, como en D. Quijote, salvo la idea fija que demostraba su locura, todo lo demás era maravilla de ingenio; como que por boca de ellos hablaba el propio Cervantes, que para justificar lo extraño del personaje creado, dice: «le preguntaron muchas y difíciles cosas, á las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiración á los más letrados de la Universidad y á los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento,

que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza».

Para mí, digan lo que quieran los copistas y continuadores de Pellicer y Navarrete, *El Licenciado Vidriera* no es sino un pretexto de Cervantes para publicar sus *Apotegmas.*

Muy frecuente fué en otros tiempos la publicación de dichos agudos, donosas respuestas é ingeniosas improvisaciones, coleccionadas al uso antiguo bajo el nombre de apotegmas. Los hubo en la Península de muy diversas clases, desde aquellos que, como los de Suppico [82], se llamaban «históricos» y «morales», pretendiendo tener influencia docente, hasta otros, que eran en su época los libros de cuentos y chascarrillos que hoy anuncian aquí

[82] «*Collecçam / Moral / de / Apophthegmas memoraveis / Parte I. / Dedicada / Ao Serenissimo Senhor / D. Francisco / Infante de Portugal, &. c. / Por / Pedro Joseph Suppico / de Moraes / Seu Moço de Camera. / Lisboa Oriental / Na Officina Augustiniana / Anno MDCCXXXII. / Com todas as liçenças neceſſarias*». *En la quinta hoja, vuelta, de la Parte II, hay una lista de* «*Authores. Que eſcreverão de Apophthegmas de que o Collector teve atéqui noticia, e leo por curioſidade*».

los chicos por las calles diciendo á voces: «Risa para todo el año». Entre unos y otros había un término medio, y eran los de aquellos autores que, teniendo fama de ingeniosos y discretos, para perpetuarla reunían los apotegmas propios: la mejor muestra de estos útimos son *Las seiscientas apotegmas de Juan Rufo.* A tal clase de obras pertenece *El Licenciado Vidriera*, y el que lo dude se podrá convencer de ello comparándola con sus congéneres [83].

Que la importancia de ésta consiste en las respuestas que pone Cervantes en labios del loco, puede verse de bulto cotejándola con algunas adaptaciones á lenguas extranjeras. Viardot convirtió al *Licenciado* en *Nieto de Sancho Panza*, sin imaginar que tenía más de D. Quijote que de su escudero, y que, cuando agregaba apotegmas de su invención, convertía al *Licenciado Vidriera* en el licenciado *Pero Grullo.*

[83] *Sbarbi, en el «Refranero», ha reproducido algunas obras de este género.*

Por vicio de origen, nada tiene de impecable la estructura de esta novela. Compónese de dos partes que podían subsistir independientemente: las agudezas de Tomás Rodaja, y la vida y viajes del mismo, que van á guisa de introducción. Esta, que es la propiamente novelesca, tiene el doble interés de ser una viva pintura de la vida militar en España á fines del siglo XVI [84], y de pasar en muchos puntos por autobiografía de Cervantes. Yo únicamente creo esto último en lo que puede comprobarse: en sus viajes por Italia; pero no juzgo lógico que los mismos que suponen que hay en ella datos anteriores á la salida de Cervantes de España, imaginen gratuitamente que dejó su tierra huyendo [85]. En *El Licenciado Vidriera* ex-

[84] *En la «Bibliografía Crítica» de Rius, tomo* II, *página* 253, *se incluye equivocadamente entre las notas á las obras menores de Cervantes, un artículo de la «Revista Técnica de Infantería y Caballería» de* 1.º *de Enero de* 1896, *titulado «Miguel Cervantes. Vida militar en el siglo XVI. El Viaje de Rodaja», que no es sino una reimpresión de varias páginas de la novela.*

[85] *No hay prueba ninguna de que el «Zerbantes» de*

plica claramente qué impulso llevó á Rodaja á abandonar España; fué el mismo que movía á otros personajes de las *Novelas* que «no juzgaban caballeros á los que sólo lo eran en su patria, que era menester serlo también en las ajenas»; impulso que en Rodaja toma diversa forma, cuando asegura que «las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos».

Detalles que demuestran la copia directa é inmediata de la realidad, y que pueden cotejarse con el manuscrito de Pinheiro, del que antes hablé, y al que acudiré de nuevo al examinar otras novelas, especialmente *El Casamiento engañoso*, indican que esta obra fué escrita en Valladolid hacia el mismo tiempo que el *Coloquio de los perros* [86]. Barrera supone

la cédula que se menciona en la nota núm. 42 *de este libro, fuera el propio autor de las «Novelas Ejemplares»; ni parece verosímil que, en ese caso, lo hubiera llevado á Italia, en clase de camarero, el nuncio monseñor Aquaviva.*

86 *Las costumbres locales que pintan Cervantes y Pinheiro convienen de tal modo, aunque muchas veces*

que fué después, y pretende apoyarse en el testimonio del mismo Cervantes citando estas palabras: «Pasó el Licenciado á Valladolid, *donde en aquel tiempo estaba la Corte»;* pero es el caso que ni en la primera edición, ni en ninguna de las ediciones antiguas

difieran los comentarios, que si algunas de las sátiras del «Licenciado Vidriera» necesitaran explicación, se encontraria ésta en la «Fastiginia». Por ejemplo, un muchacho dijo á Vidriera: «mañana sacan á azotar á una alcahueta»; y respondióle: «si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacaran á azotar un coche». En las memorias de Pinheiro háblase repetidas veces de la clase de servicios que los coches prestaban á las damas de Valladolid: «las mujeres, como raposas, iban á ejecutar sus hurtos fuera de casa», cuenta el doctor portugués, «tanto es asi, que lo mejor de su vida pasan en los coches, esos testigos mudos de tantos yerros. De éstos últimos soliamos nosotros decir que los aurigas ó cocheros eran como los confesores, que se olvidan pronto de los pecados ajenos, porque muy rara vez, por maravilla, le cuentan á uno nada de las navegaciones que hacen y del flete que satisfacen los pasajeros, puesto que la costumbre en Valladolid es tal, que nadie se alborota ni repara en semejantes frioleras». Vidriera consigna el hecho comentándolo á la inversa, pues dice que aquellas gentes sabian «más pecados que un confesor», pero no para tenerlos secretos, sino «para publicarlos por las tabernas».

que poseo aparecen tales palabras. Cervantes dice que «vn Principe, ó ſeñor que eſtaua en la Corte» quiso conocer á Vidriera y mandó por él á Salamanca, y que el Licenciado «llegó á Valladolid: entró de noche, y deſembanaſtáronle en la caſa del ſeñor que auia embiado por el»; de donde se deduce todo lo contrario de lo que Barrera pretendía probar, pues aparece, como he dicho ya, que la obra fué escrita en Valladolid en la época en que estaba allí la Corte [87].

En *El Licenciado Vidriera* alude también Cervantes á sucesos de individuos que tuvieron existencia real, pero en uso de sus derechos de novelista, calla los nombres de las personas y no se ajusta ni á la cronología exacta,

[87] *Véase la primera edición, Cuesta,* 1613, *folio* 117 *vuelto; la de Bruselas, Velpio,* 1614, *p.* 263; *la de Milán, Bidelo, M.DC.XV, p.* 327; *la de Pamplona, Assiayn,* 1617, *folio* 167 *vuelto; la de Bruselas, Huberto Antonio,* 1625, *p.* 257. *La frase en que se fija Barrera no desvirtuaría el texto original, aunque fuese corrección del propio Cervantes; pero, á no dudar, es variante de uno de los impresores.*

ni á la estricta verdad histórica. Fray Pedro Ponce de León, iniciador de la enseñanza de los sordomudos, le proporciona elementos para fingir aquel «religioso de la Orden de San Jerónimo que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen», y quizá el recuerdo de Fr. Filiberto Jofré, ó de alguno de sus discípulos en asistir dementes, le hizo decir que el mismo fraile «tomó á su cargo de curar á Vidriera movido de caridad, y le curó y sanó», por desgracia, puesto que entonces perdió por cuerdo lo que ganaba por loco, «y viéndose morir de hambre determinó valerse de las fuerzas de su brazo pues no se podía valer de las de su ingenio».

VII

El tipo de aquellos caballeros mozos, «á quienes, como al Rodolfo de *La Fuerza de la Sangre*, la riqueza, la inclinación torcida, la libertad demasiada y las compañías libres les hacían hacer cosas que desdecían de su calidad», es tan común en la época en que se escribieron las *Novelas*, que no hay más que abrir las *Crónicas y Relaciones* para encontrarlo á cada paso.

Un hijo del Duque de Lerma armaba en Valladolid tan frecuentes escándalos por cuestion de amores, que el mismo privado, según cuenta Pinheiro, se vió en la necesidad de hacerlo encerrar en la cárcel. Del Duque de Osuna escribe Cabrera de Córdoba: «Hizo tales excesos estando aquí—en Madrid,—que habiéndose ido á Peñafiel, su tierra, se envió de Valladolid un alcalde que le recogió en una casa de dicha villa, donde le tienen preso

con cuatro alguaciles de guarda.» Y agrega sobre el mismo asunto: «Estaba recogido con guardas el Duque de Osuna en un lugar del condestable, su tío, por sus excesos, al cual trataban de traer aquí—á Valladolid,—y á deshoras se ha huido sin saberse el camino que haya tomado, mas de que se cree habrá ido á Flandes, que lo deseaba mucho; el cual no sacó criados consigo, sino que los debió tomar después de la gente perdida, de que se solía acompañar»[88].

Por lo tanto, no faltaban modelos vivos de los Rodolfos, que, después de algún desmán que les dejaba en peligro, ponían tierra por medio y marchaban á Italia ó á Flandes.

En cuanto á «los necesitados de favor que, como hidalgos pobres, no sabían de quién quejarse sino de su corta ventura», no tendría Cervantes que ir á buscarlos muy lejos; le bastaría adaptarse al suceso y pensarlo como si fuese propio. Por lo demás, el

[88] «*Relaciones*», *págs.* 84 *y* 148.

caso de la doncella que, según dice la *Tabla de argumentos* de una vieja traducción, «al regresar de paseo con su padre es raptada por un joven que, privada de sentido, la lleva á su palacio, y al volver en sí, deshonrada, le venda los ojos y la pone en la calle; no sin que ella recoja en la casa de su raptor un crucifijo que, le ha de servir, más tarde, para hacerse reconocer y que sea reconocido el fruto de su deshonra del único que puede repararla», no es episodio imposible. En Toledo se desenvuelve la acción de *La Fuerza de la Sangre*, y Toledo vió entonces las mocedades de D. Diego Duque de Estrada, que decía de sí mismo en sus *Comentarios*[89]: «Hallábame lleno de vicios, muertes, heridas....., trayendo mujeres de lugar en lugar, por quien sucedían los más de estos casos que no he referido por ser muchos, largos y poco honestos.»

El mérito de la obra no estriba en el asunto, sino en el modo con que se

[89] *Páginas* 46 *y* 47.

expone y conduce. La trama está muy bien llevada, pues establecidos los antecedentes todos, los sucesos se justifican con cuidado. La índole del cuento encaja de lleno en la denominación de «comedias en prosa» que aplicó á las *Novelas Ejemplares* Suárez de Figueroa; y así lo han entendido los que con diversos nombres lo arreglaron para el teatro [90].

[90] *Basándose en una de las varias equivocaciones de la «Histoire Gènèral du Thèâtre Français», por los hermanos Parfaict, supone Rius en su «Biografía crítica»*, t. II, *págs.* 353 *y* 354, *que Hardy escribió «La Force du sang» en* 1611, *de donde deduce que antes de aquel año estaba escrita la novela de Cervantes, ya que el mismo Hardy declara haber tomado de ella el argumento. Por igual motivo cree también que «La Señora Cornelia» fuè compuesta «mucho antes de* 1600*», y dice que el manuscrito debió de pasar á Francia, donde lo leyó el fecundo dramaturgo francès, que era hombre muy instruido». Todo lo cual es un verdadero delirio de suposiciones. Aun imaginando que Hardy trabajara sobre textos originales, y tuviera la erudición que el Sr. Rius quiere concederle, no es probable que el asendereado zurcidor de comedias gastara el tiempo que le faltaba para otros menesteres, en leer manuscritos de obras literarias de autores extranjeros desconocidos, y desconocido era Cervantes fuera de España antes de*

Por su contextura literaria, esta novela es ya más española que *Las dos Doncellas* y *La Señora Cornelia*, muestras de la *manera italiana* de Cervantes. Iníciase en ella la transición hacia *La Ilustre Fregona* y *La Gitanilla*, en las que el elemento picaresco viene á mezclar sus sales á la acción dramática [91].

1600. *No es posible tampoco que éste, que harto hacia con dedicar á las letras el tiempo que le dejaban libre las malaventuradas comisiones y cobranzas con que entonces tenia que asistir á la diaria subsistencia, se metiera á sacar copias de sus escritos y á remitirlas á los extraños, con lo que únicamente hubiera logrado que se los robaran. Tan es asi, que si las novelas de Cervantes no hubicran adquirido popularidad en Francia cuando Hardy las llevó á la escena no se habria cuidado de informarnos de donde las tomó, como no se cuidó de decirlo tratándose de otras comedias suyas que nada tienen de originales. Que «Cornelie» se imprimiera en el tomo* II *del teatro de Hardy* (1624-1628) *junta con algunas obras que el autor declara de juventud, no puede ser prueba de que se escribiera antes de* 1600. *En la nota núm.* 122 *de este mi libro, va una lista general de las producciones escénicas sacadas de las «Novelas Ejemplares». Ahi pueden verse las que corresponden á «La Fuerza de la Sangre» y á «La Señora Cornelia».*

[91] *«La Fuerza de la Sangre» dió tema, en el «periodo álgido» de los Circulos Cervantistas, para las más inu-*

VIII

Ninguna de las *Novelas Ejemplares* supera en intensidad al maravilloso estudio psicológico de *El Celoso Extremeño.*

sitadas invenciones y maravillosos descubrimientos. Un señor, D. Fermin Herranz, director de cierta Academia Cervántica, colgó el rapto de Leocadia al mismo Cervantes, «hallando la posibilidad de que el asunto guardara relación con los misteriosos amores de Cervantes y la gran dama portuguesa, madre de su hija natural Doña Isabel».—¡Gran dama, y portuguesa, Ana de Rojas, la mujer de Alonso Rodriguez!—Otro señor, D. Julián Apraiz, descubrió, en aquellas Academias, que Cervantes habia plagiado «La Fuerza de la Sangre» nada menos que de «La Suegra», de Terencio. El lector ya recordará que Hecyra es una especie de «vaudeville» latino, muy escabroso, en el que Terencio intentó hacer la defensa á las suegras. No hay en el argumento, como no se saquen las cosas de quicio y se vuelvan de revés, nada que recuerde el de «La Fuerza de la Sangre»: sepárase de su mujer un recién casado, y emprende un viaje antes de consumar el matrimonio; á su regreso, encuentra á la mujer de parto, y toda la comedia se pasa en averiguaciones de quién es el padre de la criatura. El embrollo se desenreda cuando una antigua querida del marido le entrega una sortija que le regaló aquél una noche en que fué á verla estando

Cervantes en esa obra crea, en la verdadera acepción de la palabra: con dos rasgos coloca á sus personajes en el mundo de la ficción literaria, y parece, después, que ellos por sí mismos se mueven, hablan y viven, como gentes de carne y hueso.

El indiano Carrizales, que antes de salir de España «no dormía por pobre, al regresar no sosegaba de rico», y añade á sus zozobras la inquietud de

borracho. La sortija es de la mujer legítima, y el marido el padre que se buscaba. Don Cayetano Rosell, que tenia condiciones para escribir algo más serio, como lo escribió otras veces, para conjeturar la verdadera antigüedad de «La Fuerza de la Sangre», emplea un pueril y cómico razonamiento; dice: «Concluye Cervantes asegurando que en aquella sazón vivian los hijos y nietos de Rodolfo y Leocadia. Si, pues, habia él conocido á los «venturosos desposados», y conocia á su segunda descendencia, entrado en años debia ya ser cuando se propuso sacar partido de aquel asunto; probablemente sería después de terminar la primera parte de «El ingenioso hidalgo». Con este sistema vendria á demostrarse, por ejemplo, que D. Manuel Fernández y González vivió en los tiempos de Felipe II, y que Anatolio France escribia en el siglo III de la Era Cristiana. Las obras de Rosell y de Apraiz y la «Crónica» de Mainez son las mismas citadas en las notas números 34, 35 *y* 105.

los celos por rendir «la flaqueza de sus muchos años á los pocos de Leonora»; ésta, que al unirse al viejo saborea unos goces «ni gustosos ni desabridos por no tener experiencia de otros», y Loaysa —especie de D. Juan, despojado del prestigio romántico,—«atildado y melifluo» al par que agudo y atrevido, con agudezas y atrevimientos del pícaro andaluz, son quizá los caracteres que mejor vió y mejor pintó Cervantes. Por lo mismo el proceso de la pasión, y el curso de la aventura, se desenvuelven en *El Celoso Extremeño* de manera tan real como artística, y esta obra es de las que pueden comprenderse siempre. Bien es verdad que asunto y caracteres no se mostrarían plenamente justificados, sino en el lugar y la época en que Cervantes los coloca. Era Sevilla, entonces, toda bullicio en la calle de la Caza, en la Costanilla y en el Matadero; toda regocijo en las fiestas de la Puerta de Jerez, y toda movimiento en las márgenes del río al cargarse las flotas: tenía, por lo tanto, centros bastantes en que la

gente moza aprendiese las trazas picarescas que Loaysa puso en práctica; pero tenía también en sus principales barrios, calles silenciosas de ciudad moruna donde podía habitar de tan extraño modo el viejo Carrizales: que sólo en esas ciudades andaluzas, Sevilla la primera, más árabes que cristianas, era posible aquella morada oriental del viejo celoso, servida por negras bozales y por esclavas blancas, herradas en el rostro, vigilada la casapuerta por un negro eunuco, sombreado el jardín con muchos naranjos, cerradas las ventanas que miraban á la calle y con vista al cielo las demás: todo, absolutamente todo, con las condiciones de una casa árabe ó de un harem musulmán.

Conocida ya la exactitud del medio, explicada la condición de Loaysa y de Carrizales, la hermosura de la esposa de éste y el modo que tenía de guardarla, se concibe cómo rindió la industria lo que no podía expugnar la fuerza, y se admira la penetración de la obra cervantina.

Por lo que toca á la forma literaria de esta novela, que después de *El Coloquio* es de las mejores, basta fijarse en las variantes que hay entre ella y el manuscrito de Porras para convencerse de que mejora visiblemente con los cambios hechos por Cervantes; pues si es cierto que la descripción de la *gente de barrio* de Sevilla, que suprimió el autor, interesaba aisladamente, también es verdad que la obra gana en perfección armónica sin esos apéndices, que Cervantes decía en *El Coloquio* transformaban á los cuentos en pulpos según iban añadiéndoles colas. Del final no puedo decir lo mismo. La conclusión original es la única verosímil: si «Leonora se rindió, Leonora se engañó y Leonora se perdió», como cuenta Cervantes; si el «día cogió á los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos, no es creíble que pudiese Leonora, sin mentir, decirle á Carrizales «sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento»; más bien, por el contrario, como aparecía en el manuscrito, le di-

ría: perdón «por las malas obras que me haveis visto hazer».

Para fijar la época en que escribió Cervantes *El Celoso Extremeño*, nada sirve recordar que en 1577 se extinguió el Banco de Sevilla, donde, según el autor, Carrizales colocó parte de su hacienda, ni averiguar cuándo se introdujo en España el baile de la zarabanda, circunstancia que aprovecha Pellicer para discurrir largamente sobre el asunto. Estos pormenores y algunos más que en el relato pudieran hallarse, señalarían, como dijimos á otro propósito, la época en que se coloca la acción, pero no aquella en que se escribió la novela. De ésta, únicamente, se puede asegurar que es anterior á 1606, fecha que se atribuye al manuscrito de Porras, y conjeturar que se escribió en Sevilla, probablemente, hacia el mismo tiempo que la novela de *Rinconete y Cortadillo*, incluída, como *El Celoso*, en el citado manuscrito del Licenciado Porras de la Cámara [92].

92 *«Rinconete y Cortadillo» y «El Celoso Extre-*

IX

De hijos de caballeros principales que dejaron la casa paterna para correr aventuras, llevados de vocación de pícaros, nos dan cuenta varias veces las crónicas españolas de fines del siglo XVI y principios del XVII, y en casos parecidos á los del Carriazo y el Avendaño, de *La Ilustre Fregona*, fundábanse moralistas y predicadores, para maldecir de la literatura que á tales excesos llevaba á la juventud, por enaltecer la libertad y gusto de la vida picaresca.

Fué aquella inclinación lo que han sido después, y son hoy, el flamenquismo andaluz y la chulapería madrileña; pero la degeneración social era más peligrosa que la presente, porque

meño», según aparecían en el texto del manuscrito de Porras, se publicaron por primera vez en los números IV *y* V *del «Gabinete de lectura española», viuda de Ibarra hijos y Compañía, probablemente en* 1778.—*Véase la nota núm.* 30.

si bien el pícaro de entonces era personificación de la agudeza, la travesura, la astucia y muchas cosas más, en que siempre entraban el ingenio y la gracia; aquella denominación *pícaro* era á la vez término casi genérico con que se designaba á toda especie de bribón, malhechor, ladrón y criminal.

De regreso de las guerras de Italia y Flandes, una heria delincuente infestaba la Península. Dábale prestigio entre cierta clase de mozos sus ponderadas trazas y agudezas; pero es indudable que quienes las imitaban y seguían curso de ellas en las juntas de rufianes, hasta alcanzar la borla de doctores en las almadrabas de Zahara, no tenían en sus aventuras el carácter caballeresco con que los retrata la ficción cervantina; pues nunca vió el mundo pícaros como Carriazo, «limpios, virtuosos y más que medianamente discretos».

No hay que confundir al Duque de Osuna, á D. Fernando de Toledo, ó al Marqués de Cerralbo, porque en las

calaveradas de su juventud escogieran entre pícaros su servidumbre, ó porque algunas «discretísimas travesuras» de la mocedad, como dice Espinel, acarrearan á uno de ellos, al de Toledo, el apodo de *el Pícaro*, con los muchachos que se «desgarraban» para ir á las Ventillas de Toledo ó á las Barbacanas de Sevilla.

El término de tales andanzas no eran las fiestas de la ciudad, con luminarias, toros y cañas, el día del desposorio del noble pícaro con la fregona, que, por arte de birlibirloque, resultaba ilustre; ni eran tampoco «los poetas del dorado Tajo» ó los de la huerta de Murcia, los que «excitaban sus plumas en solemnizar» la interesante historia, sino los infelices y ramplones copleros de ciegos y gitanos, ó los autores de *Relaciones y Sucedidos*, los que escribían, por ejemplo,

«Las hazañas criminales
De don Gerónimo Loaysa
Y de don Luis de Narváez»,

caballero calificado el primero, y el

segundo hijo del maestro de armas de su mismo nombre, de cuyos hechos cuenta un cronista lo que sigue:

«Por dos quemados que hubo en la semana pasada de parte de la villa, sacáronse en esta de la Corte cuatro á ahorcar y uno á degollar, todo por capeadores famosos y ladrones, que no habian dexado calle en Madrid donde no hubiesen hecho de las suyas; y, entre otras, matando á un clérigo sacerdote, porque no queria soltar la capa, y al Duque de Hijar quitándole su capa, broquel y espada, aunque S. E., que se precia de valiente, corrido de lo que se ha dicho, lo niega fuertemente. El degollado era don Jerónimo de Loaysa Triviño, caballero calificado, natural de Ciudad-Real, de edad de diez y nueve años, saliendo adocenado con pícaros, si bien vestido de luto; además de haberse juntado con ellos, había acabado de matar al clérigo, y en su tierra habia robado á una muger, y á su marido, que venía en seguimiento de ella, le habia dado de cuchilladas. Toda la vida había

sido bellaco y travieso y desobediente á sus padres, y así vino á tener su pago merecido, sin que el Rey le haya querido perdonar por grandes dilixencias que se hicieron con S. M.

»El dia siguiente hubo una sarta de diez azotados, hombres y mugeres, por ladrones y encubridores, y prendieron á un hijo de don Luis de Narvaez echándole en calabozo por ladron y escalador de casas, y créese que lo ahorcarán. Este lugar hierve de gente semejante, sin que la dilixencia y cuidado de los ministros de justicia basten á remediarlo [93].»

[93] *Véanse las págs.* 77 *y* 78 *de la obra citada en la nota núm.* 55. *El Sr. Rodriguez Villa dice de D. Luis Narváez, en una aclaración á la p.* 57 *del mismo libro, que era «distinguido poeta cortesano», y que en el «Cancionero General» publicado por M. Morel-Fatio hay algunas poesías suyas muy bellas». Esto no es exacto. El poeta de quien habla existió un siglo antes de lo que supone el Sr. Rodriguez Villa, y nada tiene de común con el padre del pícaro. Este se llamó D. Luis Pacheco de Narváez, fué maestro del Rey D. Felipe IV en la destreza de las armas, acerca de cuyo manejo escribió varios libros, de los cuales existen ediciones diversas. Publicó también una novela detestable «Historia ejemplar de las dos constantes mujeres españolas», pero*

Ninguno mejor que Cervantes, que sentía lo ridículo de lo artificial, no sólo de los libros de caballería, sino de las novelas pastoriles, á pesar de haber sido autor de la *Galatea*, pudo poner de relieve cómicamente cuáles habrían sido las verdaderas aventuras del hijodalgo que se entrara, haciendo de pícaro, sin serlo, en el Potro de Córdoba, en el Azoquejo de Segovia y en el Compás de Sevilla; ó las del galán, que teniendo las ideas del Cárcamo de *La Gitanilla*, cargado de escudos de oro, para ganar la benevolencia de la gente de la tribu gitana, se metiera en sus aduares: buena cuenta darían, de seguro, del dinero que llevara, que no habían de esperar á que se los diese poco á poco, de grado, si podían tomarlo de una vez, aunque fuese por la fuerza.

Algo de lo que serían semejantes andanzas queda apuntado en las de Carriazo; que, no bien convertido en

lo que le hizo más conocido fué su enemistad con Quevedo, y el haber sido coautor del «Tribunal de la justa venganza».

Lope el aguador, y lanzado en Toledo por la cuesta del Carmen, caballero en un burro, «gallardo y bien dispuesto»; «antes de que se desenvolviese y apease ya le habían asentado una docena de palos, tales que no le supieron bien».

Á nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido todavía que aquella famosa pregunta de *Rinconete:* «¿Es vuesa merced por ventura ladrón?», y aquella no menos célebre respuesta: «Sí, para servir á Dios y á las buenas gentes», deben entenderse en serio y textualmente. Y es curioso que no se quiera ver la ironía que subraya á cada paso las páginas de *La Ilustre Fregona* [94].

[94] *No obstante, ha habido quien, como el Señor Mainez, comprendiendo la creación artística de un modo verdaderamente inusitado, tome tan al pie de la letra el cuento de Cervantes, que, á propósito de un folleto de Gamero sobre si la actual «Posada de la Sangre» es el antiguo «Mesón del Sevillano», y si allí se escribió la novela, diga nada menos que esto: «Tanto más verosímil y probable es la demostración hecha por el señor Gamero, cuanto que tenemos el convencimiento de que Cervantes escribió sus «Novelas Ejemplares» en los mismos puntos donde desenvuelve la acción de sus narra-*

Canta un poeta bajo las ventanas de Constancia aquel romance que concluye:

ciones y delinea el carácter de sus personajes... Por eso creemos que la opinión del Sr. Gamero es exacta, y que Cervantes escribió «La Ilustre Fregona» en la misma posada del Sevillano.

»Durante una de las temporadas que residiría en aquel mesón, el antiguo soldado tendría ocasión de presenciar los lances que relata en su gráfica obrita. Allí tendría conocimiento de las ligerezas de Carriazo, de los amoríos de Avendaño, de la gravedad de los huéspedes, de la esquivez y virtud de Constancica, de las serenatas del hijo del corregidor, de las chocarrerías de la Agüero y de la hermana gallega; y allí también vería con sus propios ojos, y tocaría con sus mismas manos, la aclaración del misterioso nacimiento de la que en el pueblo llamaban «La Ilustre Fregona», la llegada de los padres de Avendaño y Carriazo al mesón, y la feliz terminación de tan interesantes sucesos.

»Espectador de ellos Cervantes, observador como todo hombre de talento, residiendo en la misma posada donde los acaecimientos se verificaron, transmitió al papel sus impresiones, reseñó verídicamente los lances, se deleitó en mencionar los más minuciosos incidentes y dejó trazado á la posteridad un cuadro exacto de lo que había visto. La novela pudo luego ser perfeccionada; pudieron añadírsele algunos detalles; pudo completarse más la acción de aquellos sucesos; pero el boceto se había hecho sobre el terreno mismo, ante los protagonistas mismos, tratándolos, viéndolos, hablándoles, con oportunidad,

«La más rica y la más pura
Voluntad en mí os ofrezco
Que vió amor en alma alguna»,

y «el acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos, fué todo uno, que si como dieron junto á los pies del músico, le dieran en la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía..... ¡Infelice estado de los músicos murciélagos y lechuzos, siempre sujetos á semejantes lluvias y desmanes!»[95] Y, por

con encanto, con perfección y con hermosura de colores.» Crónica y p. citada en la nota núm. 34.

[95] *Las frecuentes músicas y serenatas introducidas en las «Novelas» fueron un pretexto de que usó Cervantes, y que emplearon también otros novelistas, para mezclar versos en sus narraciones; pero ese pretexto lo justifican las costumbres; porque en efecto eran tan repetidas esas serenatas que aparecen en las «memorias» de entonces como una calamidad. Cuenta Pinheiro, á ese propósito, que «yendo una noche cierto mancebo hidalgo con varios músicos y ministriles á festejar á una dama hija del Corregidor de Valladolid, D. Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, acudió el padre á la reja á la sazón que estaban templando las arpas y los violines para empezar á tañer, y díjoles: — « Por el amor de Dios, señores músicos, llèvense desde luego mi hija, y no me atruenen los oidos con tanta guitarra á las puertas de mi casa».*

si fuera poco, «Barrabás, el mozo de mulas, que también estuvo atento á la música, así como vió huir al músico, dijo: allá irás, mentecato, trovador de Judas, que pulgas te coman los ojos: y ¿quién diablos te enseñó á cantar á una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lunes y martes, y ruedas de fortuna? Digérasla—noramala para ti y para quien le hubiere parecido bien tu trova,—que es tiesa como un espárrago, entonada como un plumaje, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y más dura que un pedazo de argamasa, que como esto le digeras, ella lo entendiera, y se holgara; pero llamarla embajador, y red, y noble y alteza, y bajeza, más es para decirlo á un niño de la doctrina, que á una fregona. Verdaderamente que hay poetas en el mundo, que escriben trovas que no hay diablo que las entienda».

Habla Avendaño de su amor á Constanza, y pronto le responde satíricamente Carriazo: «Bien cuadra un Don

Tomás de Avendaño, caballero lo que es bueno, rico lo que basta, mozo lo que alegra, discreto lo que admira, con enamorado perdido de una fregona que sirve en el mesón del Sevillano».

Pero donde se ve más de bulto la ironía cervantesca, es en la charla de los mozos de mulas que abominaban del celo con que ejercía su cargo de Asistente de Sevilla el Conde de Puñonrostro, y loaban la oposición que puso la Audiencia al logro de sus empeños moralizadores. «Sábete amigo, dicen, que tiene un bercebú en el cuerpo este Conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma: barrida está Sevilla y diez leguas á la redonda de jácaros: no pára ladrón en sus contornos: todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dejará presto el cargo de Asistente, porque no tiene condición para verse á cada paso en dimes ni diretes con los Señores de la Audiencia. Vivan ellos mil años, dijo el que iba á Sevilla, que son padres de los

miserables, y amparo de los desdichados.»

Con la ayuda de los *Sucesos de Sevilla*, por Ariño, y las aclaraciones del manuscrito de *Noticias y casos memorables*, que perteneció al Conde del Aguila, nos damos cabal cuenta de toda la intención é irónico alcance de ese incidente de la novela [96]. El Conde de Puñonrostro, al ser nombrado Asistente de Sevilla, cargo del que tomó posesión en 24 de Abril de 1597, propúsose alcanzar con las condiciones de su carácter el buen orden y gobierno de aquella ciudad «que en parte tenía el Rey por ganar». Cada intento suyo, ya contra los pobres fingidos que la infestaban, pues sólo en el campo del Hospital de la Sangre se reunieron más de 2.000 mendigos en un día; ya contra los regatones, que desentendiéndose de la tasa, encarecían á su antojo la subsistencia; ya contra los mesones y posadas, albergue de pícaros y gente de mal vi-

[96] *Véase la nota núm.* 50.

vir que revolvían la población y hacían la seguridad imposible; suscitaba luchas y competencias de jurisdicción, porque «gentecilla, no de poco más ó menos, sino de menos en todo», encontraba siempre auxilio y apoyo en las otras autoridades, y más que en ninguna en la Audiencia. Pero como las funciones del Asistente no estaban bien definidas en aquella época en que la distinción de los poderes no existía ni teóricamente, Puñonrostro cortaba por lo sano y hacía justicia á secas sin pararse en barras, y á tales justicias se refiere Cervantes.

— Este episodio fija en 1597 la fecha de la acción de la novela. Hay otro detalle que indica también la época de esa acción. Al pasar Carriazo y Avendaño por Valladolid van á ver la fuente de Argales, cuyas aguas «comenzaban á conducir á la ciudad por grandes y espaciosos acueductos». No sé si la fecha que esto indica convendrá del todo con la señalada, pues hemos visto en otra ocasión que á Cervantes no se le daba gran cosa de cronologías; pero

ya en 1603 decía Pinheiro en un párrafo pintoresco, que nos prueba además que en España no ha cambiado mucho el estilo de los pregones populares: «Otro mimo de esta tierra es el agua, que es excelente, y vanla vendiendo por las calles de la ciudad en hermosísimos *vidrios* con su correspondiente arenga ó llamamiento de este tenor: ¡Ea, galanes! la de Argales: ¡regalo de tripas! comer y beber por dos maravedís!»

Con estos datos se fija la época asignada á los sucesos de la novela. En cuanto aquella en que se escribió, no hay ningún rastro que la indique. Únicamente puede inferirse de su estilo é índole literaria, mezcla de la forma italiana y de la picaresca, que corresponde á los tiempos de *La Gitanilla*. Por eso las cualidades y los defectos de ambas son los mismos; los caracteres y la intriga convencionales; los pormenores de una realidad, una gracia y un relieve verdaderamente pasmosos. Díganlo si no las cómicas aventuras de la posada del Sevillano, la

riña de los aguadores y el suceso del rucio [97], en que el color local de To-

[97] *El «Doctor Thebussem» en uno de sus artículos cervànticos», «Segunda ración», págs.* 199 *á* 211, *para justificar su opinión de que la permanencia de Cervantes en la Almadraba de Zahara ės indudable, escribe: «Hace ya algunos años que un respetable anciano de más de noventa, nos refirió que él alcanzó á su bisabuelo, hombre de mucha edad y servidor de los Duques de Medina Sidonia, y que éste contaba que los más antiguos de los que conoció en la Almadraba, hablaban de haber estado allí uno que le decían* SAAVEDRA, *que había sido soldado y cautivo de moros, hombre de pluma y de saber»; y que el anciano narró así el suceso del rucio: «Fué, según contaba muchas veces mi bisabuelo, que entre cuatro bribiones robaron un burro, y disputándose el modo de dividirlo, llamaron á «Saavedra» para que fallase aquel pleito, y éste propuso que se jugase el rucio á los dados. Aprobaron todos la determinación y comenzó el juego. Ya uno lo tenía ganado y se disponía á llevárselo, cuando «Saavedra» le dijo: «Falta jugar el rabo, que no ha entrado en suerte».—Sí, sí, el rabo falta,—gritaron todos.—¡Que se juegue! ¡que se juegue!, pero que se considere esta parte del burro de la propiedad de «Saavedra».—¡Bien!—respondieron los bribiones.—Tiráronse los dados, y al fin de varias alternativas de la suerte «Saavedra» ganó el rucio por entero. ¿Y acertáis lo que hizo con él? Pues sabed que como «Saavedra» era un hombre bueno, honrado y leal, se lo devolvió al dueño cuando llegó á Zahara preguntando por su jumento. He aquí la anécdota, que, según el anciano arraez de Za-*

ledo, más difícil de dar que el de Sevilla, por ser cuestión de matiz y no de contraste, fué conseguido por Cervantes con tanta precisión y justeza.

hara, inmortalizó la permanencia del autor del «Quijote» en aquella Almadraba. El suceso es el mismo que se estampa en «La Ilustre Fregona»; y si algo autobiográfico hay en la mayor parte de los escritos del soldado de Lepanto, no debe perderse de vista en la tradición de Zahara». De este mismo episodio de la discusión por la cola del asno dícese en la Biblioteca Española de Gallardo, tomo IV, *columna* 738, *que está tomado de la «Patraña* VI» *de Timoneda. El «Doctor Thebussem» declara que la anécdota de la tradición no es artículo de fe ni mucho menos, y hace bien; pero de lo que no hay duda es de que en nada, absolutamente en nada, se parecen «La Ilustre Fregona» y la «Patraña* VI» *de Timoneda, citada en el libro de Gallardo, y que es así: Un tira-tierra se «encontró con un aguador, grande amigo suyo, que se le habia caido el asno en un lodo, y rogándole que se lo ayudase á levantar, tomóle de la cola, y tirando della quedósele en las manos, por do el aguador empezó á dar voces: don traidor, pagadme mi asno que me habéis desrabado. El tira-tierra, medio turbado de lo que habia acontecido, dando á huir encontró con una mujer preñada, de tal manera, que cayó, y la mujer del encuentro malparió, vista la presente». Llevado al alcalde el tira-tierra, «oidas las partes dió por sentencia que en cuanto á la demanda del asno que se lo llevase el tira-tierra á su casa, y que se sirviese dél hasta que le saliese la cola, y porque el marido*

X

Entre los pretendidos críticos de Cervantes no ha faltado alguno á quien parezca de todo punto inverosímil la novela de *Las Dos Doncellas*. Antójasele imposible que haya habido mujeres que disfrazadas de hombre corrieran aventuras semejantes á las que en aquella historia se suponen; como si los sucesos reales de D.ª Catalina Erauzo no sobrepasaran á cuanto la imaginación puede forjar de más peregrino y novelesco.

Que dos damas, disfrazadas de hombre, sigan al amante que las abandona;

reprochó de qué suerte sentenciaria de que su mujer estuviese preñada como antes estaba, sentenció el Juez que se la llevase el tira-tierra á su casa y que trabajase de volvérsela preñada, con tal que su mujer fuese contenta». ¿En qué se asemejan este cuento, traducido del italiano y el episodio del asno de «La Ilustre Fregona»? Increíble parece, dada la erudición de Gallardo, que, sin saber lo que decia, acusara de plagiario á Cervantes, cayendo en el mismo defecto que tan duramente censuraba en otros.

que ambas se encuentren en un punto con el hermano de una de ellas y con el galán de las dos, y que *dopo strani avenimenti* — como dice el primer traductor italiano de las *Novelas* — *Marc'Antonio s'ammoglie in Teodosia e don Raffaele in Leocadia*, sería asunto imposible para una obra de nuestros días; pero no lo es para aquellos en que la *Monja Alférez* se escapaba del convento de San Sebastián el antiguo, se ocultaba en un bosque, pasaba á la corte, donde servía en «hábitos de paje»; se embarcaba para Indias, llegaba á Lima, sentaba plaza de soldado, salía para Chile, lograba, por sus proezas en el asalto de Valdivia, el grado de alférez, y recorría el mundo entre escándalos y riñas [98], ganando y

[98] *Era virrey de la Nueva España el Marqués de Cerralbo cuando la «Monja Alférez» llegó á México. En el viaje de Veracruz á la capital se enamoró de una dama «cuya custodia le había sido confiada, sabiendo que era mujer, aunque vestía hábitos de varón». Ya en la capital del virreinato estuvo á punto de batirse con el hombre con quien casó allí la dama, al cual desafió en una carta que decía: «Quando las perſonas de mi calidad entran en una caſa, con su nobleza, tienen asegurada*

perdiendo ducados en el juego, siendo protagonista de extraños amores, repartiendo estocadas, como el D. Juan de la leyenda; alcanzando que Urbano VIII la autorizase á usar el traje de hombre, y, lo que era más difícil, que se le señalara una pensión, aplicable á las cajas reales de Manila, México ó el Perú, en los tiempos en que el Tesoro de España no podía prodigar tales gajes.

En aquel medio era verosímil lo que hoy no lo parece, y no es un absurdo en Cervantes suponer á las damas disfrazadas de hombre interviniendo casualmente en una de las pendencias

la fidelidad del buen trato, y no habiendo el mio excedido los limites que piden sus partes de vm., es deslumbramiento impedirme el entrar en su caſa, demas que me han certificado que si por su calle paso, me ha de dar la muerte, y aſsi, yo, aunque mujer, pareciendole imposible á mi valor, para que vea mis bizarrias y consiga lo que blasona, le aguardo sola, detrás de San Diego, desde la una hasta las ſeis.—Doña Chatherina de Erauzo.»

«Relación impresa, con licencia, en Mexico. En la imprenta de Hipólito Rivera. Mercader de libros. En el Empedradillo. Año de 1653».

que se trababan en Barcelona, á la llegada de las galeras, entre la gente de éstas y la de la ciudad [99], puesto que no hay duda de que hubo en aquel tiempo mujeres que en traje de varón tomaron parte activa en lances más serios de los que en la novela se refieren.

Lo novelesco estaba en la atmósfera de España; el Rey mismo, el insignificante Felipe III, el Rey *sportsman*, *pelotari*, beato y bailarín, se sentía contagiado por ese ambiente, que hoy llamaríamos romántico, y los cronistas nos cuentan que se paseaba enmascarado, y que fué con un disfraz á conocer á la Reina su prometida [100].

[99] *Para apreciar la exactitud de la descripción de Cervantes en lo que se refiere á esos disturbios, puede verse el «Memorial Histórico», t.* XX. *«De los muchos sucesos dignos de memoria / que han ocurrido en / Barcelona y otros lugares de Cataluña / Crónica escrita por / Miguel Parets / entre los años de* 1626 *á* 1660*», página* 40, *cap.* XXI. *«Comisión de los soldados de las galeras de España contra Barcelona y otras circunstancias y detalles.»*

[100] *De Felipe III decía en su Relación, ya citada, el embajador de la República de Venecia Simón Contareni: «..... es desviado de placeres y gustos: muèstrale*

XI.

No porque en esta historia intervengan un Ferrara y dos Bentivogli, ni porque la escena se coloque en Bolonia, sino por la forma y estilo de la narración, pertenece *La Señora Cornelia*, más que ninguna otra de las *Nove-*

sólo en la caza, y éste es su ejercicio ordinario.....; los ocho meses del año gasta en casas de campo....., de los negocios discurre respondiendo á propósito, pero no se le da nada por ninguno. Tiene seis horas de oración, de ordinario, en acabando de negociar hasta la hora de cenar; confiesa y comulga á menudo, juega á la pelota..... y también á los naipes; dicen se enciende en el gusto de este juego (en que le impuso el Duque de Lerma, gran tahur), y que le han hecho algunas ganancias grandes los que le sirven en su Cámara, de 20 y 30.000 ducados, y una le hizo el Conde de Gelves, sobrino del Duque de Lerma, de ciento y tantos mil ducados; danza muy bien, y es la cosa que mejor hace y de que más gusta. Conténtase también de que le alaben; sabe algunas lenguas, no cumplidamente, sino lo que basta para entenderse, y aun mal.» Págs. 563 *y* 564. «*Su Magestad se entretiene algunos dias en jugar á la pelota, desde las once haste las cuatro de la tarde que come; entonce y á las noches juega á los naipes.*»

las, á lo que pudiéramos llamar manera italiana de Cervantes. Claro es que hay en ella algo genuinamente español en las situaciones de comedia de capa y espada con que se teje y desanuda la trama, y así lo probó antes que nadie *Tirso*, llevándola inmediatamente al teatro en *Quien da luego da dos veces* [101].

El relato de las aventuras en que intervienen para desfacer entuertos dos estudiantes españoles, que, en plazo brevísimo, salvan á un niño, vuelven por la honra de una dama, cásanla con su amante, y reconcilian á éste con el hermano que intentaba vengarse, ocupan por completo al novelista, que sólo refiere sucesos, y no es ahí, ni el ob-

[101] *Hartzenbusch, al hacer el extracto de esta comedia en el último tomo del «Teatro escogido de fray Gabriel Telles», Madrid,* 1839-1842, *señala el origen de la obra. Cotarelo también lo hace notar en sus «Investigaciones bio-bibliográficas» sobre «Tirso de Molina», Madrid, Rubiños*, 1893, *págs.* 145-148 , *y copia como muestra de la forma típica de Tirso una escena del acto primero. «Quien da luego da dos veces» no figura en ninguna de las colecciones del «Teatro de Tirso de Molina»; sólo existe, suelta, en impresiones antiguas.*

servador de *Rinconete*, ni el psicólogo del *Celoso Extremeño*. No hay que buscar por lo tanto en esas páginas estudios de caracteres determinados, ni de costumbres típicas. La obra tiene color de época, pero no color local. Si Cervantes estuvo en Bolonia, sólo recordaba de ella su paso «por una calle que tenía portales sustentados de mármoles». Y en cuanto á los nombres de los protagonistas, es curioso que sean dos que andaban entonces asociados en la memoria de todos los que seguían el movimiento de las letras italianas: el del Duque de Ferrara y el del príncipe Bentivoglio, su protegido, poeta boloñés, del cual hoy apenas si hay quien recuerde la invectiva contra los médicos; pero cuyos versos satíricos se parangonaban entonces, injustificadamente, con los del mismo Ariosto.

Ya he dicho que la obra tiene color de época: no por ser intrincada es inverosímil. Muy común era en aquellos tiempos andar á estocadas en las calles por lo propio y por lo ajeno, fuérase ó no espadachín y camorrista. Sin salir

de la vida de los escritores contemporáneos de Cervantes que, al hablar de sus juicios sobre las *Novelas Ejemplares*, citamos en las primeras páginas de este libro, hallaremos que Lope, Quevedo, Salas Barbadillo y Suárez de Figueroa fueron actores en ese género de escenas. Una de éstas costó á Lope su prisión en Madrid y su destierro á Valencia, «fortunas» en que hubo de acompañarle su «verdadero amigo Claudio Conde»; de otra salvó por milagro, como cuenta al Duque de Sessa en una de sus cartas. Los lances de Quevedo dieron motivo á que de su valor y destreza en las armas se forjase una leyenda, propagada por sus biógrafos, desde Tarsia hasta Fernández Guerra, en la cual se le atribuyen además de los hechos reales, casi tantos desafíos imaginarios como versos apócrifos han pasado por suyos. Sábese del Dr. Suárez de Figueroa que estuvo en la cárcel de resultas de una riña, y anduvo huyendo de la justicia á consecuencia de otra; y de Salas Barbadillo consérvase en Simancas un cu-

riosísimo retrato de época, en el proceso que se le siguió por haber herido á D. Diego de Persia. Conocida es la cédula en que en rebeldía se condenaba á un «myguel Zerbantes—que algunos suponen el propio autor del *Quijote*—á que, con bergüenza pública, le fuese cortada la mano derecha, sobre razón de aber dado ziertas heridas á antonio de Sigura andante en esta corte»; y, mejor que en ningún otro lugar se hallan los lances que son de rigor en muchas de las novelas de entonces en una causa que existe original en la Academia Española, causa que se siguió en Valladolid por la muerte de D. Gaspar de Espeleta, y en la que su mala fortuna hizo que se viera mezclado Cervantes [102].

[102] *Véanse, la dedicatoria en la comedia de Lope «Querer su propia desdicha», Madrid,* 1621; *la «Fama póstuma», de Montalván, Madrid,* 1636; *el tomo primero de las «Cartas y billetes de Belardo á Lucilo», ms. de la Biblioteca Nacional de Madrid; las notas y adiciones de D. Marcelino Menéndez y Pelayo al tomo primero de las Obras completas de Quevedo: Sevilla, Rascó,* 1897; *«El Passagero», de Suárez de Figueroa citado en la nota núm.* 6; *la «Copia del testimonio ori-*

Hay en ella cuanto es de ritual en tales sucesos: el galán que para salir de ronda trueca su ferruerelo por la capa de mezcla de su paje, ocultando así el jubón y ropilla de raso, donde luce la cruz de Santiago: música bajo unos balcones, y, en calle solitaria, la escena de siempre: el embozado que cierra el paso, las espadas que se cruzan y dos que se acuchillan hasta quedar uno de ambos herido mortalmente: á las voces ábrese una puerta, y, según el proceso, un clérigo joven, don Luis de Garibay, hijo del cronista, y un soldado viejo, Miguel de Cervantes, recogen y auxilian al herido don Gaspar de Espeleta, mientras llegan los alguaciles y el escribano, quienes, respecto al matador, sólo logran saber de labios del moribundo «que la persona que riñó con él se acuchilló como

ginal de un proceso contra Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo», *publicada en la introducción á las «Dos novelas»*, *reimpresas por la Sociedad de Bibliófilos Españoles: Madrid, MDCCCXCIV; y la cédula que encontró Morán en el Archivo de Simancas y dió á la estampa en la «Vida de Cervantes», págs.* 134 *y* 135.

hombre honrado, y que él—el confesante—fué el primero que metió la mano á la espada.»

En suma, que en la historia sólo falta lo mismo que sobra en las *Novelas Ejemplares:* esa moraleja final que en ellas suele ser pegadiza.

XII

La poco edificante historia del *Casamiento Engañoso* pasa en la corte cristiana, pero no moral, de que hablaba el embajador Contareni: en Valladolid, de cuyas costumbres íntimas nos dejó el ya citado Pinheiro un vivo y animado trasunto [103].

Para nadie puede ser sospechoso de malevolencia en estos escritos aquel doctor portugués que juzgaba la corte de España en 1605, «como la más espléndida, culta, entretenida y alegre de cuantas en el mundo había»; y decla-

[103] *Véase la nota núm.* 46.

raba que «nunca, en parte alguna, se vió ciudad que la aventajase en el lujo y ostentación de su nobleza, hermosura, donaire, gracia y diversión de sus damas y general disposición de sus habitantes». Por lo tanto, debe leerse sin prevención lo que refiere en la *Pincigrafía*, donde, hablando de esas mismas damas, dice: «cada día que pasa las vemos hacer delante de criadas y criados cuantas desenvolturas les pasan por la cabeza, declarando sin reparo alguno quién las sirve y obsequia, de manera que nada hay secreto para los amigos ó criados del galán..... No hay denuncias ni chismes que valgan, tanto porque tal es la moda que corre, como porque nadie hace caso de semejantes bagatelas.....

«De don Pedro de Médicis cuentan un dicho graciosísimo, que fué que yendo un día á ver á una señora casada, á quien había regalado una colgadura de damasco, hubo de llevar puestos unos calzones de tafetán que hacían mucho ruido al andar. Salió la señora de su aposento, y encontrándose con

él en una sala baja, le dijo: «¿Cómo »venís así á estas horas y con esa seda »que tanto cruje? Cuidad no lo sienta »mi marido.» Y él contestó: «¡Válame »Dios, señora! ¿Es posible que las do»cientas varas de damasco que para »aquella colgadura vos regalé no ha»yan hecho ruido, y que cuatro de ta»fetán sencillo para estos gregüescos »os causen miedo?»

«Se hace cuenta—añade en el *Diario*—que mujer sin amante es como vino sin cultivo. Llega la cosa á tal punto, que hablando días pasados con el Conde de Siruela, oile decir: «Juro »á Dios que no sé lo que de la conde»sa, mi mujer, pretenden estos gala»nes que la obsequian. Yo quiero des»engañarlos y decirles que tiene unas »piernas tan flacas, que no valen cua»tro maravedís, y sin embargo, mozo »hay entre ellos á quien le lleva ya »costado el galanteo más de cincuenta »mil ducados.»

Estos y parecidos episodios son tanto más verídicos, cuanto que el buen portugués, además de escribir para

persona que conocía los originales que él retrataba, no censuraba la moda. «Son, dice, estas cosas, en abstracto, meramente opinables y no sustanciales; apruebo la confianza con que los casados viven en Valladolid; pero de ninguna manera la desenvoltura, libertad y desvergüenza de las mujeres; en una palabra, creo que éstas han de ser damas y no p... como decía el otro, y los maridos francos y confiados, sin echarla de cornudos ni ser demasiado especulativos y linces en cosas de mujeres, ni menos cómplices y aparceros de las liviandades de sus esposas.»

Semejante estado social ofrecía, sin duda, modelos que más se ajustaban á los desenfados del Boccaccio, á las crudezas del Bandello y á la licencia del Aretino, que á los miramientos de ejemplaridad de quien, como Cervantes, «si por algún modo alcanzara que la lección de las *Novelas* pudiera inducir á algún mal deseo ó pensamiento, antes se cortara la mano con la que escribió que sacarlas en público».

Pero en aquel medio encontró el

asunto del *Casamiento Engañoso;* y cuando los personajes más altos hablaban con tan poca aprensión de sus aventuras y desventuras matrimoniales, no puede asombrarnos el desahogo con que el alférez Campuzano refiere sus lástimas al licenciado Peralta. Al fin y al cabo, el alférez que pinta Cervantes, aun en los tiempos de su mayor fortuna, sólo trajo de Flandes su vestido de colores, á fuer de soldado, su sombrero con plumas, sus cintillos y cadena de alquimia, y unos cuatrocientos reales por toda hacienda y patrimonio. ¿Qué mucho que el taimado contara en crudo cómo le burló aquella D.ª Estefanía, á quien, conociendo por pecadora, se vendió como marido, en esperanza de haber unos dos mil y quinientos ducados de muebles, doliéndose de que aquéllos se convirtiesen en las catorce cargas de bubas que ella le dejó, llevándose cuanto él tenía, exceptuando un vestido de camino? Hasta virtuoso parece el tal alférez, que al menos considera su engaño como «herida de sus propios filos»,

y al quejarse se queja de sí mismo.

La narración, en cuanto á la forma literaria, es de lo más gracioso, natural y bien parlado que de la pluma de Cervantes ha salido.

¡Quién, entre los novelistas que le precedieron, ni entre sus contemporáneos y sucesores inmediatos, logró entrar en un asunto de esta gallardísima manera! «Yo quedé abrasado con las manos de nieve que había visto, y muerto por el rostro que deseaba ver; y así otro día, guiándome mi criado, dióseme entrada libre: hallé una casa muy bien aderezada, y una mujer de hasta treinta años, á quien conocí por las manos; no era hermosa en extremo, pero éralo de suerte, que podía enamorar comunicada, porque tenía un tono de habla tan suave, que se entraba por los oídos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios; blasoné, hendí, rajé, ofrecí, prometí, y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bien quisto con ella; pero como ella estaba hecha á oir semejantes ofreci-

mientos y razones, parecía que les daba atento oído antes que crédito alguno.»

Tales primores de forma y estilo hacen de esta obra, ligera al parecer, una muestra de la época de plenitud del ingenio de su autor. Yo supongo escrito el *Casamiento Engañoso* hacia 1605, por los indicios que diré al hablar del *Coloquio de los perros*, al cual quiso Cervantes que sirviera de introducción.

XIII

«Los cuentos—como dice Cipión á Berganza—unos encierran la gracia en ellos mismos, otros en el modo de contarlos», y esta novela del *Coloquio de los perros* tiene la gracia en ambas cosas. Sin lo que Cervantes llama preámbulos y ornamentos de palabras daría contento conocer la historia picaresca del perro aventurero; pero contada como lo está, es, con el *Quijote*, la obra de imaginación más ori-

ginal, interesante y perfecta de aquellos tiempos.

Nos divierte Ariño, cuando en prosa pintoresca, á fuerza de ser pueril, refiere sucesos de Sevilla, semejantes á las historias del jifero y del corchete; perdonamos á Zapata su indigesta *Miscelánea* de «cosas maravillosas muy verdaderas que no parecen verdad», sólo por el capítulo en que comprueba que existió en Sevilla una cofradía semejante á la de Monipodio: hasta el Dr. García, que debió ser tan pedante como granuja, nos parece ameno describiendo en la *Antigüedad y nobleza de los ladrones*, las mismas juntas que en el *Coloquio* se retratan; y si tales milagros se verifican y damos por bien empleado el tiempo de lectura que se llevan las *Relaciones* de cronistas particulares, cuando, entre el fárrago de *Avisos* inútiles, encontramos narrados, compendiosamente y en serio, el descubrimiento de la piedra filosofal, ó la proposición de arbitrios y trazas ante las cuales parecen cuerdos los ideados por los infeli-

ces locos del hospital de la Resurrección, ¡qué atractivo no hallará en el *Coloquio* quien á la curiosidad por la investigación de aquellas costumbres, una el amor del arte y admire la expresión con que en este caso se manifiesta!

Cervantes recogió y armonizó en el *Coloquio* los mejores motivos dispersos en sus obras; pero los recogió en nueva forma, enteramente sincera y espontánea, desligándose de todos los convencionalismos impuestos por modas literarias.

Los gitanos y los pícaros que conoció Berganza, no tenían las puntas de caballeros andantes que distinguen á los protagonistas de *La Gitanilla* y *La Ilustre Fregona;* la virtud de las gitanas reducíase á ofender «pocas veces» á sus maridos «con otros que no fuesen de su generación»; los pastores no se llamaban Lisardos, Lauros y Riselos, sino Antones, Domingos y Pablos, y no entonaban «canciones acordadas y bien compuestas», sino un *cata el lobo*; *do va Juanica*, y otras

cosas semejantes, y esto no al són de rabeles y zampoñas, sino «al que hacía el dar un cayado con otro, ó al de algunas tejuelas puestas entre los dedos, y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que solas ó juntas parecía, no que cantaban, sino que gritaban ó gruñían». En suma; esta obra no es de las que Cervantes calificaba «de cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de ociosos y no verdad alguna.» Es verdad, hasta en sus menores detalles de indumentaria canina: en las carlancas con puntas de acero que ponen á Berganza en el cuello, cuando es perro de pastores; en el collar tachonado de latón morisco, con que le adorna el corchete sevillano; en las cubiertas de guadamacil y la silla y el muñeco, que el titiritero le acomoda en las espaldas, cuando es perro sabio; y en el freno de orillos con que le sujeta el farsante, á fin de que, azuzándole, arremeta en los entremeses que acaban á palos, derribando y atropellando á todos, para dar que reir á los igno-

rantes y al dueño mucha ganancia. Verdad es en todas destrezas que al perro se atribuyen, y que sólo la observación y el arte de Cervantes pudo encontrar y entretejer hábilmente en la urdimbre de su ficción. Y la verdad, en este caso, está vista, y copiada tan pasmosamente del natural, que asombra cómo ha perpetuado la rutina el disparate del Obispo de Avranche, de suponer el *Coloquio* imitación del *Asno* de Apuleyo [104], y cómo semejante absurdo se viene repitiendo hace más de dos siglos. En el último estudio que acerca de las *Novelas* ha caído en mis manos, se encuentra reproducido con las mismas palabras que apareció por primera vez en 1670 en la *Lettre sur l'origine des romans* [105].

[104] *Véase la nota núm.* 115.

[105] *«Otra cosa es una coincidencia literaria ó el to- »mar de otro escritor un modelo ó idea que es patrimonio »de todos, ya que la «creación» en absoluto es imposi- »ble. Tal sucede con el famoso «Coloquio», para cuya »invención pudo sugerirle la idea el «Asno» de Lucia- »no, ó el de Apuleyo, ó acaso el libro italiano «Bran- »calcone»* (*sic.*) *«Colección de Discursos y Artículos, »por Julián Apraiz»*, *Vitoria*, 1889, *t.* 1, *p.* 366.

Desde que Lucio se convierte en asno por obra del ungüento mágico, hasta que al devorar el ramillete de rosas queda desencantado, ¿en cuál de las escenas de la narración de Apuleyo hay algo parecido á las aventuras de *Berganza*? De seguro que no será en la descripción del matadero de Sevilla y las costumbres de los que en él ejercitaban la jifería; ni en la vida de los pastores, contada en las sabrosas páginas, donde se burla Cervantes de las novelas bucólicas con la misma gracia que en el *Quijote* se burló de los libros de caballería; ni en los episodios estudiantiles en el colegio de los Padres Jesuítas; ni en la historia del corchete que explotaba á los extranjeros incautos, finjía riñas á fin de parecer valiente y era engañado de tan gracioso modo por la industria de los ladrones sus protegidos; ni en las otras pinturas: de la soldadesca que marchaba á Italia y á Flandes, de la bruja Cañizares, del poeta y los autores—en la cual, en unos cuantos párrafos, nos enseña más que muchos libros de los orígenes del

teatro español;—ni, por fin, en aquel cuadro, tristemente humorista, del hospital de Valladolid, adonde traen los inventos al alquimista, los esdrújulos al poeta, el punto fijo al matemático y los cálculos al arbitrista. No; ya lo hemos dicho: ni en el fondo, ni en los episodios, ni en la forma se parecen la novela de Cervantes, maravilla de observación, de frescura y de originalidad, y la obra extraña, deshilvanada y pedantesca en que Apuleyo deslavazó el ingenioso cuento de Lucio.

Ya se considere el *Asno de Oro*, según pretende Beroalde, primer comentador de las *Metamorfosis* de Apuleyo, como obra simbólica, y quiera decir que la voluptuosidad, mágico veneno, hace á los hombres bestias, y que las rosas del estudio y de la ciencia les vuelven la forma humana; ya sea, como imagina Bosscha, obra religiosa hasta en sus obscenidades, y espejo de santas y saludables iniciaciones en los misterios antiguos, para purificar las almas con excelentes prin-

cipios de moral; ó ya se le estime juiciosamente, como Betolaud[106], en el sentido de simple traducción de una obra recreativa, en la que quiso Apuleyo probar su aptitud para cultivar diversos géneros literarios, ¿qué tiene que ver con el *Coloquio de los perros*? ¿Ni por qué se ha de juzgar esta novela como análoga á imitaciones italianas del *Asno*, semejantes á las de Firenzuola y Maquiavelo?

En estas obras nada hay de común, ni en el asunto general, ni en los detalles: retrato de las costumbres griegas, pintado por Apuleyo, según el cartón de Lucio, es el *Asno de Oro*; galería de cuadros tomados del natural, y trasunto fiel del vivir de la España de aquellos días, es el *Coloquio de los perros*. ¿Qué afinidad artística

[106] *«Apulée. De sa vie et de ses ouvrages», va al frente de la traducción completa, acompañada del texto original, publicada en Paris por Garnier en* 1862. *Véanse también los preliminares y notas de las «Metamórfosis» en la misma edición, y el prefacio de Pablo Luis Courrier y la «Noticia» que acompaña á la traducción de «El Asno», de Lucio. Paris, Quantin,* 1887.

va á haber entre un fresco de Pompeya y un cuadro de Velázquez!

*
* *

Los mismos críticos que para fijar las fechas en que fueron escritas *La Gitanilla*, *La Española Inglesa*, *La Ilustre Fregona* etc., etc., hacían los descabellados cómputos que hemos visto ya, dicen del *Casamiento Engañoso* y del *Coloquio de los perros:* «No encontramos indicación alguna por donde pueda rastrearse su verdadera época» [107]. Y cabalmente no hay en las *Novelas Ejemplares* otras cuya fecha pueda determinarse con más probabilidades de acierto.

Desde luego no hay duda de que fueron escritas antes de la expulsión de los moriscos. Cervantes, que supo sustraerse á las preocupaciones de su tiempo, no pudo hacerlo al odio en que España se encendía, comparable al que mueve hoy á los antisemitas en Francia, y en el *Coloquio* pedía bien á

[107] *Obras completas de Cervantes, edición dirigida por D. Cayetano Rosell*, 1864, *Rivadeneyra*, *t.* VIII, *p.* 6.

las claras la expulsión, diciendo: «Celadores prudentísimos tiene nuestra República, que considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán á tanto daño cierta, presta y segura salida.»

Frases que prueban que estaba escrita antes de los primeros meses de 1609. Pero aún hay un dato que nos ayuda á conjurar con más exactitud su fecha. Al contar Berganza sus aventuras, habla del famoso y gran cristiano Marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y Montilla. Cabrera de Córdoba asienta en la Relación de 2 de Septiembre de 1606: «Ha muerto el Marqués de Priego en Montilla, su tierra»; y en la de 25 de Noviembre del mismo año dice: «Está concertado el casamiento del Marqués de Priego, que es casa de más de cien mil ducados de renta, y es mudo, con hermana del Duque Alcalá, y se ha enviado por la dispensación á Roma» [108].

A nadie puede ocurrírsele que Cer-

[108] «*Relaciones*» *cit., págs.* 287 *y* 294.

vantes, al hablar del *famoso y gran christiano Marqués de Priego*, *Señor de la casa de Aguilar y de Montilla*, se refería al joven mudo y semidiota que acababa de heredar el título; y cuya renta había sido incentivo, según los cronistas, para concertar sus bodas en Noviembre de 1606, pidiendo dispensa al Papa; sino al Marqués «muerto con dolor de todos», á fines de Agosto del mismo año de 1606.

Como Cervantes en 1605 habitaba en una de las «casas nuevas de Juan de Navas, frente al Rastro» [109], por fuerza tendría que pasar muchas veces frente al vecino Hospital de la Resurrección: la vista de los infelices que salían convalecientes del llamado por el vulgo *Hospital de las Bubas*, y la de los «dos perros que con dos linternas andaban de noche con los hermanos de la capacha, alumbrándoles cuando pedían limosna»; debió sugerirle la idea y plan general del *Coloquio de los perros* y del *Casamiento Engañoso*, que le sirve de introduc-

[109] *Consta en el proceso citado en la p.* 192.

ción. En los recuerdos de lo que había visto y oído en su varia vida, halló asuntos de sobra para los episodios del relato; teniendo que guardar para otra vez, que, por desgracia no llegó nunca, «las muchas verdades que se le quedaban por falta de tiempo».

Cabalmente el pasaje que engañó á Huet y le hizo suponer que Cervantes era imitador de Apuleyo [110], tiene su origen en el *Suceso de D. Alonso de Aguilar*, de la famosa Casa de Priego, suceso que se refiere en un manuscrito existente en la Biblioteca de la Academia de la Historia [111].

Es curioso, muy curioso, que hayan tenido por fabulosa á la Camacha de Montilla esos comentadores de las

[110] *Véase la nota núm.* 20.

[111] *«Libro de las cosas notables que han sucedido en la ciudad de Córdoba y á sus hijos en diversos tiempos.» Ms. De los folios* 62 *al* 91 *está el «Suceso de D. Alonso de Aguilar, de la famosa Casa de Priego, que estuvo dos veces preso en la Inquisición por causa de las Camachas hechiceras de Montilla». En la Biblioteca Colombina hay otro ms. sobre el mismo asunto, citado por D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la «Historia de los heterodoxos españoles».*

novelas que creían, y creen, en la existencia real del Capitán Viedma, de Carriazo y Avendaño, de Insunza y Gamboa, del Licenciado Vidriera y hasta del propio Alférez Campuzano: esos que se imaginan, por añadidura, que Cervantes ni siquiera se cuidó de cambiar los nombres de los retratados al contar su vida y milagros. Los de la Camacha no fueron invención del novelista: contábase que la hechicera había hecho verdaderos portentos en la persona de D. Alonso de Aguilar, hijo del Marqués de Priego, á quien la Inquisición de Córdoba, que no debía pensar como Cervantes que la Camacha «era engañadora falsa», tuvo dos veces preso. Entre los prodigios que obró con él, cuéntase en el citado manuscrito que lo transformó en caballo. Esta metamórfosis, que debieron de referir á Cervantes en Montilla, le dió, á no dudar, el tema para el episodio del perro y la bruja, al que ésta supone hijo de la Montiela y encantado en aquella forma.

Si Montilla era la tierra de los Priego antes de que se escribiera el *Coloquio*, desde que el *Coloquio* se escribió es, además, la tierra de la Camacha y de la Cañizares: el cuadro en que retrata á esta última es una verdadera evocación. ¿Quién no recuerda á la vieja Cañizares? «en su aposento obscuro, estrecho y bajo; solamente claro con la débil luz de un candil de barro; larga de más de siete pies, toda notomía de huesos cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida; la barriga, que era de badana, tapándole las partes deshonestas y aun colgándole hasta la mitad de los muslos; las tetas semejantes á dos vejigas de vaca secas y arrugadas; renegridos los labios, traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencajados los ojos, la cabeza desgreñada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos.....»; y, junto á esa figura endiablada, el perro del titiritero que la arrastra por el carcañal, queriendo hacerla dar muestras de sentido.....

En la esfera del arte, sólo Ribera, Valdés Leal y Goya unidos, podrían concebir y pintar una escena semejante; y desde el punto de vista científico, Briquet, Tardieu y Charcot no lograrían describir más gráficamente los síntomas del éxtasis y la autosugestión histérica: Cervantes, con la intuición del genio, entona su cuadro con tintas de misteriosa penumbra psíquica, que lo hacen aparecer á nuestros ojos en esos vagos linderos donde lo legendario y lo experimental se tocan y se compenetran [112].

Hay quien cree hoy en los prodigios del faquirismo oriental y en los fenómenos de la sugestión á distancia, y se ríe de que en los siglos XVI y XVII se creyera en España en brujas y en brujerías. En ellas creían, en efecto, igno-

[112] *Paul Briquet. «Traité clinique et thérapeutique de l'hystérie.» París,* 1859. *Jean Martin Charcot. «Leçons sur les maladiès du système nerveux faites à la Salpêtrière.» París,* 1884. *«Les démoniaques dans l'art»*, *en colaboración con Richer. París,* 1889. *Charles Richet, «L'homme et l'intelligence». París,* 1884, *págs.* 261 *á* 394, *cap. «Les démoniaques d'aujourd'hui» «Les démoniaques d'autrefois».*

rantes y doctos. Tres cronistas, que acabo de citar, Zapata, Garibay y Cabrera de Córdoba, dan muestra de la fe común [113]: Zapata da crédito á cuanto respecto de hechizos le refieren; Garibay hace sacar el horóscopo de su hijo Luis, el clérigo que ayudó á Cervantes á recoger á Ezpeleta herido, y Cabrera de Córdoba habla de agüeros y encantamientos con la misma naturalidad que de la llegada de las naos de Indias y con igual frecuencia que de las sangrías del Rey, la Reina y los Consejeros reales. Lo verdaderamente raro, lo extraordinario, no era creer lo que el P. Martín del Río aseguraba en sus *Disquisiciones mágicas*, y lo que, con sus más y sus menos, afirmaban autoridades en la materia como Fr. Francisco de Vitoria en sus *Relecciones Theologicæ*, y el mismo P. Ciruelo, en algunas páginas de su *Reprobación de las hechicerías;* sino pensar como Fr. Pedro de Valencia en el *Discurso*

[113] *Zapata, y Cabrera, obras cit.; «Memorias de Garibay»*, *t.* VII, *Mem. Hist.*

sobre las brujas y magia, y como pensaba Cervantes en sus *Novelas*[114].

Escritores ha habido que á propósito de esa superioridad de espíritu, que Cervantes manifiesta en su modo de comprender las «apariencias y embelecos» de las brujas, han tronado contra la ignorancia de España y la crueldad de la Inquisición por los brutales castigos que á los hechiceros impuso. No sabe esa gente, ó no quiere recordar, que de esas supersticiones y de esas infames crueldades no tiene España el exclusivo privilegio. En Nueva Inglaterra, en el siglo XVIII, y dirigida por el venerable Cotton Mather, sabio teólogo, perteneciente á la universidad de Nueva Cambridge, Doctor en la de Glascow y miembro desde 1711 de la Sociedad Real de Londres, tuvo lugar la persecución de las brujas de Massachusetts, como resultado de la cual se dió muerte á 20 acusados de

[114] *Rio*, «*Disquisiciones*», *Maguntiæ*, MDCXII; *Vitoria*, «*Reelecciones*», *Salamanca*, 1565; *Ciruelo*, «*Reprobación*», *Salamanca*, MD xlj, *P. de Valencia*. «*Discurso*» *MS. de la Biblioteca Nacional, Madrid, A. a.* 52.

hechicería y se atormentó á 55, habiendo entre ellos hombres y mujeres, niños y octogenarios.

No en historiadores latinos, que pudieran tenerse por apasionados y parciales, sino en Spencer y Bancroft, hay que leer los pormenores de aquellos indignos asesinatos y salvajes tormentos. «Llegó á observarse, dice Bancroft[115], que los que confesaban su brujería no eran ahorcados; pero ninguno de los que después de haberla confesado se retractaba, escapó de la prisión ó de la horca. Ni uno de los sentenciados que afirmaban su inocencia, aunque los testigos se confesaran perjuros y el Presidente del Jurado reconociera el error del veredicto, escapó del cadalso. Había favoritismo al recoger las delaciones, pues se desechaban las que recaían sobre amigos y partidarios. Si alguien tomaba el oficio de buscador de brujas y convencido de la impostura le dejaba, era acusado y ahorcado. No

[115] *History of the United States, Boston,* 1850-1866, *t.* III, *p.* 87, 94.

se levantaba el patíbulo para los que confesaban ser brujos, sino para aquellos que rechazaban el engaño.»

Dígase si esta *Relación* no hace bueno *«lo que se hizo por los inquisidores de Calahorra para averiguar el mal trato y vivienda de las brujas»* [116].

*
* *

El empeño, de que repetidas veces hemos hablado, de imaginar en las *Novelas* retratos de personas y no copia de tipos sociales, hizo que don Martín Fernández de Navarrete atribuyera á Cervantes haber querido representar en el alquimista del *Coloquio de los perros* á Lorenzo Ferrer Maldonado, y en el matemático, á Luis de Fonseca Coutinho. No se fijaba el erudito D. Martín, y no se fijan los que le copian sin discernimiento, en que los tipos del *Coloquio* no eran pillastres ni falsificadores: perseguían un ideal imposible; eran sabios y ar-

[116] *Relaciones históricas / de los siglos XVI y XVII Bibliófilos españoles / Madrid, MDCCCXC, p.* 332 *á* 240.

tistas frustrados, eran locos, en los que Cervantes ponía, ya que no la luz que resplandece en el *Quijote* y que ilumina por relámpagos al *Licenciado Vidriera*, un rayo de conmiseración ante la fe honrada que animó sus descabellados intentos.

Uno sólo de los tipos que Navarrete citó tiene semejanza con los de la novela: aquel Arias Loyola, que murió en la miseria después de pretender muchos años ser oído; pero en nada se parecen á estafadores, como Ferrer Maldonado, que es sabido, y el mismo Navarrete lo consigna, que fué preso de orden de la Chancillería de Granada por haber falsificado firmas y documentos públicos; ni á Fonseca Coutinho, que después de haber causado considerables gastos al Tesoro de España, se marchó, cuando menos se esperaba, con el «punto fijo» á otra parte. Además, ¿á qué buscar el tipo del matemático en otros tiempos, si es eterno? ¿No hay quien enloquece buscando la cuadratura del círculo?

El poeta del *Coloquio*, que persigue

la música del esdrújulo, tiene todas las condiciones características en el grafomano, que estudian, ó pretenden estudiar, Lombroso y Max Nordau: hasta en la tristemente cómica petulancia con que juzga su obra, «grande en el sujeto, admirable y nueva en la invención, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la división; poema alto, sonoro, heroico, deleitable y sustancioso», al que solamente aquella «mísera edad y depravado siglo» podían negar su aplauso.

«Aún no nos desengañamos ni perdemos la esperanza de hallar en esta era la piedra philosophal que la buscaron tantos sin toparla—dice el cronista anónimo que he citado otras veces—porque se oye á todos los que afirman que saben hacer oro y plata. Y últimamente, habiendo un fraile carmelita calzado ofrecido hacer plata de cualquier otro metal, le señalaron una junta que viese y asistiese á la prueba, y fueron de ella D. Lorenzo Ramírez de Prado, D. Francisco de Calatayud y el marqués Virgilio Mal-

vezzi, quedando excluído Francisco de Rioja por dos causas, la una porque dixo en ocasión que el mocito irlandés intentó los meses pasados de hacerla en su presencia, que cuantos presumían de hacer plata eran locos, y que también lo eran los que creían que se podía hacer. La otra causa es porque no quiere concurrir donde el Marqués entra. Lo que de esta postrera junta ha resultado, ha sido que habiendo el dicho fraile hecho diferentes veces sus diligencias en presencia de los dichos señores, dos plateros, los más antiguos de la platería, declararon delante de S. E. debajo de juramento, que la masa del fraile no era plata ni nada» [117].

El número de los alquimistas era únicamente comparable con el de los que buscaban arbitrios; unos y otros se hacían la guerra entre sí, como refiere el cronista que acabo de citar cuando cuenta:

«El doctor Moncada, el capón, tan

[117] *Colección de cartas, publicada por Rodríguez Villa, págs.* 214 *y* 215.

conocido por sus arbitrios impresos sobre la restauración de España, ha hecho un papel muy docto en esta materia, probando con varias razones que, dado que alguno supiese hacer plata, no convendría al servicio de Su Majestad que la hiciese, porque los holandeses la harían luego también, y nuestras Indias no nos serían de provecho; y dice otras cosas á este propósito. El Sr. D. Vicente Lupati Mázimo, que es el que ahora hace tres años trataba de hacerla en el Buen Retiro, está todavía preso en la cárcel de Segovia.»

El estudio de lo que eran los arbitristas españoles en los siglos XVI y XVII está hecho ya: Sempere y Guarinos, Canga Argüelles y Lasagra examinaron fragmentariamente sus lucubraciones, y de ellas tenemos un cuadro de conjunto en la Bibliografía de Colmeiro [118]. Quien interesándose

[118] *Biblioteca / de los / economistas españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII / por / D. Manuel Colmeiro publicada en el t. I de las Memorias de la Academia de Ciencias Morales y políticas, págs.* 33 *á* 212.

por los estudios de economía política haya revisado varios de aquellos documentos, es seguro que habrá visto alguno de verdadero mérito, y no pocos del género del proyectado por el economista del *Coloquio de los perros.* Yo he tenido ocasión de leer el memorial que para el *fomento de la población* dirigió un tal Bustamante á S. M. el Rey en 1650. Expone en él las bases de una especie de lotería de amor. Todos los ciudadanos contribuirían proporcionalmente á fin de reunir una suma que, dividida en premios, se sortearía periódicamente para dotar á solteras y solteros. Así, según el arbitrista, se fomentaba la *especie.*

La necesidad aguza el ingenio, y muy necesitados estaban el Tesoro y los particulares, aquellos días en que llegó á haber en las puertas de las iglesias, cepillos en que se pedía «limosna para el Rey nuestro señor». A la práctica se llevaron con fortuna arbitrios más peregrinos que el ayuno en favor del Tesoro prescrito por el loco que pintó Cervantes.

¿Quién había de creer que las frecuentes sangrías que los «físicos» recetaban á Felipe III «para mitigar el usagre que le roía las piernas»; las no menos frecuentes que prescribían á la reina Margarita «con el objeto de que conllevase su delicada salud», y las que periódicamente aplicaban á Lerma para curarle de su «plato de melancolía»; no eran, las más de las veces, sino un ingenioso arbitrio? Porque, según nos informan el embajador Contareni y el doctor Pinheiro, se había introducido en España la costumbre de que siempre que el Rey ó algún gran personaje se hacía sangrar, todos aquellos que solicitaban su favor le enviaran cuantiosos regalos, y á esto le llamaban *alegrar la sangre.*

Ajústanse, por lo tanto, á la más extricta verdad histórica, dentro de la más perfecta realidad artística, los tipos y costumbres retratados en el *Coloquio.*

XIV

Con el *Coloquio de Cipión y Berganza* quiso cerrar Cervantes la serie de sus *Novelas Ejemplares*, por parecerle sin duda que así era conveniente para la armonía artística del libro, ya que al publicarlas no guardó el orden cronológico de producción. No iba á imaginar que había de agregarse á su obra, siglos después, por los mismos que pretendían despojarle de aquellas que declaraba «suyas propias no imitadas ni hurtadas», otra novela cuya paternidad gratuitamente se le hubiera de atribuir [119].

[119] *Es curioso por todo extremo que Bosarte y Estala hayan sido quienes sugirieran á Arrieta la idea de adjudicar á Cervantes «La Tía Fingida», cabalmente por el motivo en que se fundaban para negar fuesen suyos «Rinconete» y «El Celoso Extremeño»: el aparecer las novelas juntas y anónimas en el traído y llevado manuscrito de Porras de la Cámara. En apoyo de la suposición sólo se han escrito hasta ahora párrafos declamatorios, de esos que pueden volverse fácilmente contra lo que intentan probar. Todos se condensan en*

Ningún documento demuestra que *La Tía Fingida* sea de Cervantes. Fúndase únicamente esa suposición en pretendidas semejanzas de estilo, apoyadas en ciertas locuciones, que el apasionado prejuicio de unos y la rutina ó ignorancia de otros han venido dando como cervantescas, cuando, en realidad, eran formas de expresión

unas frases de Gallardo: «Disputar si es ó no de Cervantes «La Tia Fingida»—dice—seria, en nuestro sentir, disputar á nuestros más discretos lectores el sentido común. Basta tener ojos en la cara para reconocer la mano de este gran pintor de la naturaleza en el rasgo más descuidado de su pincel vivaz. ¿Con cuáles podrán confundirse las lineas de Apeles? No hace, pues, falta alguna para acreditar que Cervantes hizo este cuadro moral de la humana flaqueza, el Cervantes fecit.» ¿En qué parte del mundo descubriria Gallardo esas pinturas de Apeles, de que nadie tiene noticias, y que, según él, no pueden confundirse con otras? Ni ¿qué significan ante la sana critica tales palabrerias? El dogmatismo de Gallardo no convenció á los que opinaban que «La Tia Fingida» no era de Cervantes, sus iras no les han arredrado tampoco; y entre «esos indiscretos y faltos de sentido común» se cuenta en España D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y se contó en la América hispano-parlante D. Andrés Bello.

comunes á todos los escritores de aquel tiempo. Los que se empeñaron en meter en docena con las *Novelas Ejemplares La Tía Fingida*, convirtiendo en la docena del fraile los doce cuentos dedicados al Conde de Lemos, no se fijaron, ó no quisieron fijarse, en los giros y frases que hay en ella y que Cervantes no usó jamás. Entraría yo en esos detalles si me propusiera hacer un estudio de las obras atribuídas al autor del *Quijote*, pero sólo he querido rendir un tributo de mi devoción á Cervantes, estudiando cuidadosamente sus *Novelas Ejemplares.*

LIBRO TERCERO

LIBRO TERCERO

LAS NOVELAS EJEMPLARES Y SU INFLUENCIA EN EL ARTE

I

«Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana — decía Cervantes, — que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras.» Es indudable que, al expresarse así, no se refería á las historias fingidas de larga extensión, que entonces no se llamaban novelas, según lo prueba el testimonio de los contemporáneos: el de Lope y el de Suárez de Figueroa entre otros. En los diálogos de *El Passajero*, de este último, pregunta el

doctor «¿Acaso gustáis de novelas al uso?» Y le contesta D. Luis: «No entiendo el término»; por lo cual se ve obligado el doctor á explicarle que «entiende por novelas al uso ciertas patrañas, ó consejas, propias del brasero en tiempo de frío: que, en suma, vienen á ser unas bien compuestas fábulas, unas artificiosas mentiras.» Lope es más explícito: «En tiempo menos discreto que el de agora, aunque de hombres más sabios—escribe,—llamaban á las novelas cuentos, éstos se sabían de memoria y nunca, que yo me acuerde, los vi escritos.»

La afirmación de Cervantes, de que hasta la aparición de las suyas no se habían publicado en España novelas originales, está de acuerdo con la creencia común de entonces, expresada ya en los prólogos de algunas traducciones. En el de las novelas de Cinthio, por Gaitán de Vozmediano [120], dícese hablando de este género de li-

[120] *Toledo, Pedro Rodríguez,* 1590.—*Acerca de las obras de Lope y de Suárez de Figueroa, véanse las notas* 1 *y* 6.

bros: «No sólo habrá de aquí en adelante quien por su gusto lo traduzca, pero será por ventura parte *para que los naturales hagan lo que nunca han hecho*, *que es componer novela.*»

Toda regla tiene excepción, y las excepciones en este caso existen; pero no hay que buscarlas en los libros de caballerías ó en las que hoy llamamos novelas picarescas, obras que mal podía desconocer Cervantes cuando hizo la crítica de ellas en el escrutinio de la librería del *Ingenioso Hidalgo* y en otros muchos pasajes de sus escritos. Tampoco hay que recordar para el caso los apólogos, chascarrillos, relaciones de sucesos fingidos y demás formas rudimentarias de narración imaginada, que no se avenían al concepto que de la novela tuvo formado.

Un ejemplo de que antes de que aparecieran las *Novelas Ejemplares* ya había habido alguna novela original en España, está en la historia del *Abencerraje*, que incluyó Antonio de Villegas en su *Inventario*. El *Abencerraje* entra desde luego en ese género

—intermediario entre el cuento y lo que los franceses llaman *roman* y los italianos *romanzo*,— es por su asunto á todas luces español, y por su plan y estilo un monumento de arte.

Reconocidas las excepciones, que no contradicen, sino justifican la afirmación de Cervantes, puede decirse que fué el suyo el primer libro de novelas originales que vió la luz en castellano.

II

El buen éxito de las *Novelas Ejemplares* animó en España á algunos ingenios, y á muchos que no lo eran, á probar sus alientos en el arte de novelar; pero ninguno avanzó sobre el terreno ganado por Cervantes, ni aun siquiera siguió sus huellas de cerca.

Cuando Lope quiso hacer novelas, se ajustó cuidadosamente al patrón de Bandello; Tirso, en la plenitud de sus facultades, imitó á Boccaccio, y en su

decadencia noveló vidas de santos; las fantasías satíricas de Quevedo, que no son propiamente obras novelescas, y las narraciones cortas de Salas Barbadillo, tienen entre sí aire de familia, y lo tienen también ciertos cuentos que—como los publicados por Juan Cortés de Tolosa en el mismo volumen que el *Lazarillo de Manzanares*—son hojas arrancadas de la novela picaresca; pero en esas producciones no se nota el influjo de la obra cervantina. Y menos puede notarse en los escritos mediocres que seguían la corriente literaria extranjera á través de absurdas traducciones de las obras de imaginación de otros países.

Bobistau, Teressant y Belleforest, de quienes había dicho, con razón, la crítica francesa que «les sobraba audacia para interpretar mal y escribir peor lo que nunca podían entender», fueron desdeñados por los verdaderos ingenios españoles, que gozaban de las obras italianas en la lengua original como si estuviesen escritas en la suya propia; pero esas y otras versio-

nes, traducidas á su vez al español, eran modelo literario para los novelistas menores en la España del siglo XVII. La mayoría de aquéllos encontraba más cómodo seguir los caminos trillados que aventurarse por nuevos senderos, aunque llevara á Cervantes como guía.

De ahí que, para confeccionar sus obras, siguieran, por lo general, el viejo artificio — vulgarizado por las primitivas novelas italianas,—que consiste en reunir, con un pretexto cualquiera, á varias personas que engañan el tiempo refiriéndose mutuamente historias. Este patrón les da hecho hasta el título de los libros, que toman de la época, del sitio ó del objeto de la tertulia. En resumen: que el arte de novelar vuelve en sus manos á encerrarse en la fórmula de los imitadores de los cuentistas extranjeros que precedieron á Cervantes, y que de ese sistema de hacer novelas saldrá una serie de *Navidades*, *Carnestolendas*, *Noches* de esto, *Días* de lo otro y *Tardes* de lo de más allá; *Meriendas*, *Fiestas*,

Jornadas, *Saraos*, etc., etc.; y que después de los *Cigarrales de Toledo* vendrán la *Huerta de Valencia*, el *Lentiscar de Cartagena* y otros parajes; y tras de los *Engaños*, los *Desengaños*, *Experiencias*, *Avisos* y *Ejemplos*, que constituyen la gran masa de la novela española en el siglo XVII y comienzos del XVIII.

A una receta ajustaban esos autores el plan general de sus libros, y por otra escribían las novelas que los formaban. Casi todas comienzan con una alabanza á la ciudad en que se supone la acción, y las más de las veces el elogio es tan vacío de sentido que lo mismo cabe aplicarlo á una ciudad que á otra. De lo único que se cuidaban era de variar las palabras; de donde resulta que, agotado el repertorio de los términos usuales, recurrían á los más extravagantes. Ciudad hay que es sucesivamente, en la pluma de aquellos novelistas, «corona de la Monarquía», «espejo del Reino», «cuna», «asiento», «sitial», «silla», y, lo que parece imposible, «¡catre!»

Estos comienzos dan la medida del estilo de las novelas, que sólo se anima y se hace natural en la pintura de algún episodio picaresco; pero que, en cuanto quiere levantarse, es del más insoportable rebuscamiento ó del más obscuro culteranismo.

Nadie, sin verlas, podría darse cuenta del punto á que llegaron esas aberraciones del gusto literario.

Montalbán, en una de las novelas del *Para todos*, en *La más constante mujer*, hace que una dama, á quien van á matar, dirija á sus asesinos el siguiente discurso: «¿Qué pirámides ó qué columnas son las que se han de poner en mi sepulcro, como los antiguos hacían en los funerales de las personas ilustres? ¿Qué hogueras son las que me aguardan para que me convierta en ceniza, como observaron los romanos, siendo Lucio Sila el primer inventor de esta ceremonia? ¿Qué pontífice ha de asistir á mis exequias, que se parezca al que introdujo Numa Pompilio? ¿Qué oración fúnebre me espera, como la que hizo Valerio Pu-

blícola en la muerte de Bruto? ¿Qué juegos gladiatorios, como los que trazaron Marco y Decio para festejar su difunto padre? ¿Qué convite suntuoso?», etc., etc.

Matías de los Reyes, no queriendo ser menos, da comienzo al *Para algunos*, diciendo: «Partí á cumplir un preciso voto por mí hecho á la Serenísima Serrana de Guadalupe, el mismo día en que el mayor Planeta acababa de dorar el vellocino al animal que trasladó, desde Tebas á Colcos, los dos hijos de Athamante, que dieron con su naufragio á Frigia y Helesponte, los nombres de que hoy se precian.»

Y Juan de Peralta, sobrepujándolos, dice en la Introducción del *Para sí*: «Cerróse el cielo de conglutinadas nubes, faltó el día, pronosticaban agua las Hyadas....., parecía caerse el zodiaco ó dar á través las cinco zonas. Los relámpagos con su mísera luz eran claraboyas de tanta confusión, para cuyo aumento salía de sus cimerias grutas la embozada Proserpina, cu-

briendo de luto todo el orbe con su ahumado manto.»

Este galimatías seudo erudito es claro como la luz al lado de un logogrifo cuya solución brindo al más experto en resolver enigmas culteranos. Se halla en el mismo libro de Peralta, y dice así, con su propia ortografía: «Entreme por la eſpeſura de un mõte cuya catadendro de arboles, sobre hazerlo amenísimo tẽpe lo hazia casi frigidíſima vilapia.»

¿Qué pintura de costumbres, ni qué estudio de pasiones podía hacerse hablando en semejante jerga?

Y, por desgracia, todos aquellos novelistas eran iguales en ese punto. Cuando intentaban dar elevación á su estilo, recurrían á la pedantería erudita; cuando querían hacerlo profundo, echaban mano de la pedantería culterana, y si procuraban hacerlo ingenioso, extremaban el clásico discreteo, ya retorcido de suyo, retorciendo de nuevo las frases y torturándolas, hasta llegar á lo más absurdo.

El último de los citados dice, con

pujos cómicos, en cierta ocasión: «Quiso aquél, al picarle una de las plazas muertas de su cholla, darle un socorro de uñas, y se vió imposibilitado por los no tontos, si agudos dolores de sus brazos.» Con intentos dramáticos describe Campillo de Baile, en los *Sustos y Disgustos del Lentiscar de Cartagena*, una comida en familia, después de una desgracia, expresándose de esta manera: «Lloraban todos, y como en medio de aquella sala estaba puesta la mesa, parecía el túmulo en la mitad del templo: los manteles blancos servian de bayeta negra, pues hacían obscuros á los lacrimosos ojos de los circunstantes. Los velones que alumbraban, eran las velas que ardían. Las servilletas puestas alrededor de la mesa, eran los papeles fijos al circuito del túmulo. Las columnas del túmulo era el pan, porque sustenta. La tumba era el cuchillo, por ser figura de la muerte. El salero era la cornisa del túmulo, porque sobresale», etc.

Es indudable que, usando de semejantes medios de expresión, la novela,

tal y como Cervantes la trajo á las letras castellanas, no podía subsistir; pues debe tenerse en cuenta que el vicio que señalo no era peculiar de algunos escritores ineptos que sólo pueden exhumarse á título de curiosidad literaria; sino que, como dije ya, en diversos grados era común á los novelistas de entonces. Fué moda intelectual de la que no podían ó no querían sustraerse, y que vistió de mojiganga sus ideas durante varias generaciones. Nadie que haya leído, por ejemplo, las *Novelas Morales*, de Agreda y Vargas; las *Historias Peregrinas y Ejemplares*, de Céspedes y Meneses, ó las *Novelas Entretenidas,* de doña Mariana de Carvajal y Saavedra, opinará de diverso modo. Y si tal cosa puede asegurarse tratándose de esas obras — que no son de las peores, — ¿qué no se dirá de las *Clavellinas de Recreación*, del intérprete Salazar; de las *Novelas Morales*, del no muy moral Lugo y Avila; de las *Novelas* españolas, del italiano Camerino; de los *Desengaños del*

Mundo y *Novelas Ejemplares*, del Dr. D. Cristóbal Lozano; de las *Meriendas del Ingenio*, de Andrés de Prado; de los *Varios Prodigios de Amor*, recogidos por Isidro de Robles, y de *El Forastero*, del contador Arnal de Bolea?

Qué mucho que éste último diga—copio textualmente—: «Ya el sol cō ardiētes luzes fediendo beuia el fudor, que en los cogollos de las flores depositó el aurora»; si uno de los más afamados entre aquellos novelistas, el fecundísimo Castillo Solórzano, comenzaba sus narraciones con párrafos de este tenor: «A la efcafa luz que el luciente Febo (aufente del Artico Polo) comunicaua á las noturnas Eftrellas, caminaua Don Martin de Peralta, Caua llero navarro, fin otra compañia que la de fus cōfufos penfamientos, por el Eftado de Lōbardia.» Otro de los más amenos escritores de esa época, D.ª María de Zayas, pintando en los *Estragos que causa el vicio*, á cierta criada que aconseja á su ama un crimen, escribe aquel discurso

que comienza: «David, me respondió mi doncella, se aprovechó de él, matando á Urias porque Berzabé no padeciera,» etc.; y acaba así: «Hacer lo que dijo David, dijo la doncella, matemos á Urias, que despues haremos penitencia: en casandote con tu amante, restaurar con sacrificios el delito, que por la penitencia se perdona el pecado, y asi lo hizo el santo rey.» Insistiendo después, agrega: «Tantas cosas me dijo, tantos ejemplos me puso, y tantas leyes me alegó.....» Y no hay que olvidar que quien esto hacía no era ninguna doctora, sino una criada portuguesa de comienzos del siglo XVII.

He dicho que entre aquellas gentes hubo quien no se acomodó del todo á la receta común de novelar. Pero los escritores independientes no fueron, por desgracia, los menos malos. Ya los títulos de sus libros eran prenda segura de los desatinos que habían de encerrarse dentro: *Intercadencias de la calentura de amor* llamaba el «Licenciado Luis de Guevara, natural de

Segura», á una colección de *sucesos ya trágicos, ya prósperos; La mojiganga del gusto* titula «Andrés del Castillo, natural de Brihuega», á seis novelas disparatadas, como salidas de su caletre, más seco que «el arenoso Manzanares, avaro de su cristal», como él decía.

La relación de estas obras absurdas que alcanzaron cierta popularidad, y muchas de las cuales han sido reimpresas en todo ó en parte, sería larga, y aquí muy fuera de propósito. Desde luego su *capolavoro* es la titulada *Rumbos peligrosos por donde navega, con título de novelas, la zozobrante nave de la Temeridad; temiendo los peligrosos escollos de la censura surca este tempestuoso mar Don José de la Vega*, quien nos cuenta en el prólogo que va «sin más velas que las que el eco del título le presenta, aunque éste más sirve de rémora que de imán al alentado impulso que le guía, pues está resonando con embozo de Novelas que NO LLEVA VELAS».

Parte de los libros que acabo de ci-

tar tienen como subtítulo el de *Novelas Ejemplares;* pero ya se comprenderá que sólo en el nombre se asemejan á las novelas de Cervantes [121]. Á

[121] *Las citas de las novelas están tomadas de las ediciones siguientes:* «*Para todos*», *de Montalbán. Huesca, Pedro Bluson,* 1634. (« *La mas constante mujer* », *es la última del volumen.)—Lazarillo / de Manzana / - res, con otras / cinco Novelas / compvesto por ivan Cor- / tes de Tolofa, natural de la villa de / Madrid / Año* 1620 / *en Madrid, / por la viuda de Alonfo Martin.*»—«*Para / algvnos de Matias / de los Reyes natvral / de Madrid /* », 1640, *Madrid, Juan Sánchez, fol.* I. —«*Para si, / de / Donivan Fer- / nadez, y Peralta. / .....*» *em zaragoça. Por Iuan de Ibar.. ..,* 1661. *Introdución y págs.* 95 *y* 79.—«*Gustos / y / disgustos del lentiscar / de Cartagena/escritos / por el Licenciado Gines Campillo de Bayle.*» *Valencia, Mestre,* 1689, *pág.* 275.—«*El forastero / se alienta con la proteccion del / Illvstriss señor el señor / Don Blafco de Alagon y Cardona/ Introdvcele / Jacinto Arnal de Bolea*», *Caller Gobetti,* 1636.—«*Tiempo de / Regozijo: y Carneftolendas de Madrid/por Don Alonfo de Caftillo y Solorçano*», 1626, *Madrid, Luis Sánchez, pág.* 67.—«*Novelas / Exemplares y amorosas/de Doña Maria/de Zayas y Sotomayor*» *Madrid MDCCCXIV, Viuda de Barco, págs.* 509 *y* 510.—«*Intercadencias / de la / calentura / de amor / ..... / por el Licenciado Luis de / Guevara, natural de Segura*». *Barcelona, Llopis,* 1685.—«*La Mogiganga / del gusto en seis novelas, / por Don Andrés del Castillo*».

la altura del estilo está en ellos la composición, que es defectuosísima; si, según apunté, estos libros se hacían ensartando historias con cualquier pretexto, esas historias se zurcían con anécdotas incoherentes, de ahí que resulten invertebrados y sin unidad, y que del mismo modo que puede quitarse en los libros una novela sin que la obra padezca, pueda en las novelas suprimirse incidentes, sin que esto afecte al conjunto artístico, por la sencilla razón de que ese conjunto no existe.

Cuando estas novelas son puramente de aventuras, como sucede con frecuencia, parécenme generalmente insoportables. Ni siquiera interesan por el retrato de las costumbres de la época en que se suponen, pues ó son absolutamente inverosímiles para todo

1734, *en Madrid, Padilla.—« Rumbos peligrosos / ..... en Amberes / año MDCLXXXIII ».—La mayoría de los demás libros de novelas que menciono en este trabajo pertenecieron á la coleción reunida por D. Benito Maestre, que fuè adquirida en* 1848 *por la Biblioteca Nacional de Madrid, donde he tenido ocasión de estudiarlos.*

tiempo y lugar, ó son de tal modo vulgares que pueden pasar no importa dónde ni cuándo. No sucede esto con las que conservan reminiscencias picarescas, y en las cuales hay á veces páginas de valor, sobre todo en ciertas producciones que fueron á la novela española lo que el entremés á la comedia, y que si no siempre tienen el mérito de las reunidas en los *Avisos de Forasteros* de Liñán, guardan, al menos para nosotros, el interés de reflejar la vida íntima de la Villa y Corte, aunque sea á través de la prosa de dudoso gusto de Zabaleta en el *Día de Fiesta*, ó de Francisco Santos en sus innúmeras narraciones.

A medida que el siglo XVII avanza, la novela española decae visiblemente. No parece sino que, condensada la vida de las Letras en el teatro, ni un asomo artístico quedaba en las manifestaciones literarias de otra especie. Es curioso que los mismos autores que planeaban hábilmente sus comedias, y que en verso se explican en ellas con claridad y donaire, fueran de tal

modo pesados y obscuros en el plan y en la prosa de sus novelas; siendo de notar que estos defectos van acentuándose en cada uno de ellos, y que la novela castellana degenera hasta desaparecer, sustituída por nuevas tendencias y nuevos modelos importados del extranjero. Tendencias y modelos que, modificados por la evolución del género á través de verdaderos temperamentos literarios, han llegado á constituir la novela española contemporánea, original del todo y elevada tan alto por Alarcón y Valera, Pereda y Galdós.

En suma, que la influencia de las *Novelas Ejemplares*, en lo que toca al arte de novelar, no fué en España directa, sino refleja: no formaron escuela, y desde mediados del siglo XVII, y durante todo el XVIII, apenas si vemos copiados disfrazadamente algunos de sus episodios, en lo que tienen de menos importante, ó sabemos que como tributo de admiración, se imitaron otros, por ejemplo, la *Historia del Perro Cipión*, de Luis Belmonte, per-

dida con las demás novelas cortas de este ingenioso autor.

En nuestros tiempos sólo la señora Pardo Bazán se ha atrevido á deslavazar, dándolo como propio, aquel donoso cuento que Cervantes pone en boca del *Licenciado Vidriera*, hablando de la boda de la doncella discreta y del viejo todo cano.

La sugestión ejercida por las *Novelas Ejemplares* en las literaturas extranjeras sí ha sido grande. Además de ser almacén de asuntos escénicos, han contribuído á la formación de individualidades literarias de primer orden en el cultivo de la narración novelesca: hablo de Hoffmann y de Poe, según consta en los *Ensayos Críticos* de éste y en *Las fantasías á la manera de Callot*, con que, imitando á Cervantes, se esbozó la personalidad artística de Hoffmann.

III

A todos los autores que convirtieron las novelas de Cervantes en comedias, les seducía la trama del asunto y no la pintura de los caracteres, los tipos y las costumbres. De ahí que ninguno de ellos haya logrado dar más relieve á los personajes cervantescos del que ya tienen en el libro, y que no suceda con ellos lo que acontece con Otelo, Hamlet y Romeo, que hacen olvidar los originales de Cinthio, Grammático y Bandello.

Los personajes de Cervantes siguen siendo suyos.

Pudo Solís, sin más que hacer ligeras modificaciones á la obra sacada de *La Gitanilla* por Montalbán, hacerla pasar como propia; alcanzó Hardy uno de sus mejores éxitos de hilvanador de comedias siguiendo el hilo de la novela cervantina; aprovechó Middleton su trama para entremezclar con ella alguna de las escenas populares, en que

se hacía aplaudir su colaborador de esa ocasión, el comediante Rowley; pero ni unos ni otros dieron nueva vida á los tipos de la novela, y éstos siguen siendo de Cervantes.

Wolf, el famoso *actor de héroes* del teatro de Weimar, no tenía, á juzgar por su comedia *Preciosa*, el mismo empuje para crear tipos con la pluma que para encarnarlos en la escena bajo la dirección de Gœthe y de Schiller. Así y todo, la figura de *La Gitanilla*, mal dibujada por Wolf, inspiró á Weber una pintoresca página musical; y si el arte del autor de *Freischütz* hizo llegar este cuento á los espíritus cultivados, la *Vida y amores de la gitanilla española Preciosa* corrieron de boca en boca entre las gentes sencillas de Alemania en una narración popular con canto, que estuvo muy en boga en pleno romanticismo.

El prestigio del asunto tentaba á ejercitarse en darle nueva forma, hasta aquellos temperamentos literarios que más dificultades habían de tener para exponerlo y expresarlo. A Longfellow,

un primitivo de las letras anglo-americanas, cantor de la Naturaleza y de los sentimientos idílicos, le sugiere el poema dramático de *El Estudiante español*, tan ajeno á su idiosincrasia poética, y que dió motivo á Edgar Poe para volver por los fueros de la justicia en honor de Cervantes.

La propia comedia de Wolf, al ser traducida al francés, sufre una serie de transformaciones. La ópera de Weber era en un acto. Cierto Monsieur Sauvage le agregó dos actos más; Cremont añadió la música que faltaba, y el arreglo se representó varias veces en 1825, primero con el nombre de *Preciosa*, y después con el título de *Bohemiens*. Otra versión, hecha posteriormente por Nuitter, el adaptador de *Oberon*, de *Romeo y Julieta* y de *Tannhauser*, acabó de quitarle lo poco que de Cervantes conservaba, pues este disparate, estrenado en 1858, no tiene ya de común con la obra de Cervantes sino el nombre de alguno de los protagonistas. Pasa en Sierra Nevada, donde, según el autor, hay túneles que

conducen á la Alhambra; intervienen en ella el Capitán general de Andalucía y su hijo, que, como el D. José de *Carmen*, se enamora de la gitana en Sevilla y la sigue á las montañas. El texto está desprovisto de todo carácter local. Preciosa habla de las sílfides que danzan en los bosques al declinar el día y de otras cosas por el estilo, que sientan muy bien en los labios de una gitana:

Sur la rive où les sylphides
Dansent au déclin du jour,
Viens cueillir les fleurs humides
Viens tous deux parler d'amour!

Casi tanto desconocimiento del sentido de la obra de Cervantes se muestra en este arreglo, como en el de *La Gitanilla de Madrid*, comedia en tres actos, por D. Gabriel Estrella; pues aunque ese autor sigue más de cerca las peripecias de la novela, el solo hecho de convertir á Monipodio en jefe de la tribu gitana y á la Cariharta en madre postiza de Preciosa, indica que en materias de arte, á pesar de su

nombre, el Sr. Estrella no tenía luz propia ni sabía reflejarla.



¡Triste destino de los hombres superiores es el de ser admirados hasta por los imbéciles! Jorge Scudéry, aquel Cirano sin donaire ni talento, á quien hicieron célebre sus fanfarronadas y sus desatinos, se entusiasmaba con la menos afortunada de las *Novelas Ejemplares*, con *El Amante liberal;* y no por lo que en ella hay de hermoso, sino por lo que tiene alguna vez de enrevesado é hiperbólico. Y de tal manera se prendó Scudéry de su arreglo dramático, detestable como suyo — aunque menos malo que otro hecho también entonces por Guérin de Bouscal —, que aquellas lágrimas de Ricardo, que formaban charcos, y aquellos suspiros del moro, que impelían las velas de las naves, vinieron á ser para él un recurso poético que parafraseó de mil modos. Decía una vez;

«Pouvez-vous voir de l'eau sans penser à mes larmes?...»

Y añadía:

*«Je cherche dans ces prez la fraîcheur des zéphires.
Vous devez ce plaisir au vent de mes soupirs.»*

Y en otra ocasión:

«Le vent de mes soupirs courbe les arbres.»

Pero Cervantes no tiene la culpa de que haya habido Scudérys en el mundo.

***

Ni el sutil ingenio de Moreto—más apropiado para el discreteo primoroso que para la pintura de caracteres elevados y pasiones hondas,—ni la gracia descocada de Montfleury, dieron vida escénica al *Licenciado Vidriera.* Claro es que menos habían de dársela la insoportable vulgaridad y la cómica ineptitud de Romero Larrañaga y González Elipe.

***

Ajustándose en un todo á la trama

de *La Fuerza de la Sangre*, y siguiéndola hasta en sus menores detalles, escribió Guillén de Castro una comedia, que no es de las mejores entre las suyas, pero, por lo menos, es tan entretenida y está tan bien versificada como las otras del mismo autor. Hardy echó mano á su vez de la urdimbre de la novela, y Scribe, en colaboración con Mélesville, hizo del asunto un melodrama efectista, en el cual emplea, á veces, los mismos resortes pasionales que mueven la novela, pero desfigurando por completo los caracteres. Leocadia oculta su deshonor á su prometido, quien, al descubrir que ella tiene un hijo, fruto de una aventura misteriosa, la abandona, hasta que por coincidencias inverosímiles averigua que es él mismo el padre del niño. Todo lo cual hizo decir, y con razón, á la crítica francesa que el melodrama, sin que se diesen cuenta de ello los adaptadores, se parecía mucho á una vieja comedia de Terencio, que no tenía con la novela de Cervantes ni la más remota relación, y esto ha dado

motivo para que, al plagiar tales juicios algunos ignorantes, tomen el rábano por las hojas y supongan á Cervantes imitador de Terencio. El melodrama de Scribe, ayudado por la música de Auber, alcanzó gran popularidad; pero, justo es decirlo, en ésta, como en otras ocasiones, únicamente Fletcher, el gran dramático inglés, ha llevado la obra á la escena vislumbrando el contorno ideal de los tipos que trazó Cervantes.



Nada hay menos justificado que los elogios que Fabio Franchi dedica en su *Ragguaglio* al *Celoso Extremeño* de D. Antonio Coello. De la novela de Cervantes, que es eminentemente psicológica y en la que se estudia de modo maravilloso la formación de caracteres y pasiones, quiso hacer Coello una comedia de aventuras, que no tiene de Cervantes sino ciertas descripciones, la de la casa de Carrizales, por ejemplo, transcrita fielmente

en verso. El medio en que se desenvuelve la acción, que pasa en Madrid, no es apropiado para el asunto. El hacer á Carrizales tutor de Leonora le quita todo interés dramático, convierte al indiano en un figurón ridículo, y á las demás personas que intervienen en la comedia en monigotes sin realidad ninguna. La aventura del disfraz de mujer que sirve de pretexto al amante para introducirse con su criado en la casa de Leonora, es de una gracia demasiado grotesca.

Si la comedia de Moreto, *No puede ser..... el guardar á una mujer*, y la de Lope, *El mayor imposible*, de la que en realidad es la primera una refundición, fueron inspiradas, como algunos creen, por *El Celoso Extremeño*, cosa que yo no veo muy clara, el convertir al galán en hermano de la dama que quiere guardar, trocando en un capricho lo que en Carrizales es una pasión, cambia por completo el sentido de la obra.

*
* *

De *La Ilustre Fregona* de Vicente Esquerdo sólo sabemos que, lo mismo que las demás obras dramáticas de aquel escritor valenciano, no fué impresa. Barrera cuenta que Pastor Fúster la vió manuscrita, y dice que se representó en Valencia por primera vez el 10 de Julio de 1619. Si Esquerdo murió, según Fúster, «como de treinta años de edad, el día 25 de Marzo de 1630», no hay motivo para suponer que la obra suya, escrita á los diez y ocho años, fuese mejor que la de Lope y la de Figueroa y Córdoba. Éstas son interesantes, sobre todo, como era natural, la de Lope—que en muchos casos no hace sino transformar en verso la prosa de Cervantes;—pero no hay ni en una ni en otra las típicas escenas, principal encanto de la novela, que son sustituídas en la obra de Figueroa por los dudosos chistes del gracioso Trifón. En ambas se respeta la idea fundamental y no se falsea el carácter de Constanza. No así en *La Ilustre Fregona*, de Cañizares, quien la hace escaparse de Toledo

con Avendaño, y que, abandonada por éste, lo persiga é intente matarlo disparándole un tiro, con el que lo hiere gravemente.

También Constanza mereció ser copiada por Beaumont y Fletcher, como lo fueron las protagonistas de *Las Dos Doncellas.* La intriga de esta novela aparece de nuevo en *Les Deux Pucelles*, de Rotrou, dramatizada de un modo menos que mediocre, aunque bien versificada á trechos, según acostumbraba el gran amigo y precursor de Corneille.



Original de Tirso de Molina es el primer acto de *Quien da luego da dos veces*; más parecido en alguno de sus episodios, un tanto escabrosos, á los cuentos del Boccaccio que á las novelas de Cervantes, ya desde el acto segundo de esta obra aviénese Tirso, en todo, al argumento de la *Señora Cornelia*, desenvolviéndolo en escenas merecedoras de aplauso. *Cornelie*, de

Hardy, no es ni mejor ni peor que las otras comedias que aquel folletinista de la escena sacó de las *Novelas Ejemplares*. Fletcher y Beaumont tuvieron más suerte al dar forma escénica al asunto, pues hicieron una obra, *The Chances—Las casualidades*,—famosa entre las suyas é incluída como tal entre las mejores del teatro inglés.

Estos mismos autores sacaron de *El casamiento engañoso* la comedia cuyo título podría traducirse por *Gobierna á tu mujer y tendrás mujer*, en la que siguen al pie de la letra la acción de la novela entremezclándola con otra, que forma contraste con las aventuras del Alférez Campuzano y la Doña Estefanía, ideados por Cervantes.

Al decir de la crítica inglesa, esta última comedia es de las que más han vivido y más se han representado entre las muchas tomadas de las *Novelas Ejemplares*[122].

[122] *Rule a wife and have a wife is one of the very best comedies that ever was written; and holds to this day, undisputed possession of the stage. Edinburgh*

La flexibilidad del talento de Beaumont y Fletcher se pone de manifiesto

Review, february 1816, *núm.* 71. — (*Esta obra «es una de las mejores comedias que se han escrito y está todavía en posesión indiscutible de la escena».*) *He dado cuenta, más ó menos brevemente, de treinta y dos obras, tomadas de las «Novelas Ejemplares» y de otras dos que en los comentarios á la colección de Ortega se suponen inspiradas en «El Celoso Extremeño». Barrera, en su «Catálogo», pág.* 78, *dice que «El Agravio satisfecho», de Castillo Solórzano, está copiado de «La Fuerza de la sangre»; quizá por la costumbre de hallar tan ajustadas al original de Cervantes las comedias que de esta novela sacaron Guillén de Castro, Fletcher, Hardy y Scribe, no veo muy definida la filiación que se atribuye á la obra de Castillo Solórzano. Rius, en el* II *tomo de su «Bibliografía crítica», que aparece cuando corrijo las pruebas de este libro, da noticia de otras obras que declara haber anotado por referencia; yo no las conozco tampoco, son: «El Celoso Extremeño», que Ticknor supone escribió Montalbán, y probablemente será el mismo de Coello; el entremés de Matos Fragoso, titulado «La Fregona», que no creo haya motivo para relacionar con las «Novelas»; la comedia de Sallebray «La belle Egiptienne», París, Sommaville,* 1642 — *tomada de «La Gitanilla»; una pieza de Quinault, incluida en «La Comédie sans comédie», titulada «Le Docteur de Verre», — que dice pudiera ser el mismo «Licenciado Vidriera»; una obra titulada «Heinrich und Pernillo», tomada de «El Casamiento Engañoso», colección de Holberg, Leipzig,*

en *Rule a Wife and have a Wife*, llevando á la escena, sin falsearlos, los

1744; *otra titulada «Stille Wasser sind tief», imitada de la comedia que Beaumont y Fletcher sacaron del «El Casamiento Engañoso»; otra «Die Zigeuner», por Möller, Leipzig,* 1778, *tomada de «La Gitanilla»; «Don Carrizales», comedia de Rosalia V. Collin, sacada de «El Celeso Extremeño»—Brüm Trasller,* 1823;—*y una traducción hecha por Ellmenreich,—Maguncia, Kupferberg,* 1825,—*de la Leocadie que Scribe tomó de «La Fuerza de la sangre». Sacando las referencias del catálogo de Barrera, menciona Rius algunos libros interesantes cuya noticia voy á ampliar y á rectificar, en vista de los originales: Segunda parte / De las comedias/de Don Gvillem / de Castro /* 1625 *en Valencia Sorolla.* (*Comedia / de La Fuerza de la Sangre / de Don Gvillem de Castro / ps. del* 467 *al* 509).—*Parte / veynte y ocho,/de comedias de/varios avtores,/Huesca, Bluson,* 1634. (*El Celoso Extremeño./Comedia famosa/de Don Pedro Cuello, sic, folios* 134 *á* 152).— *Ventiquatro / Parte Perfeta / de las comedias del Fenix / de España Fray Lope Felix de Vega Carpio..... Año* 1641 */ con privilegio / en Zaragoza por Pedro Verges.* (*La Gran Comedia/de La Ilvstre Fregona/de Frey Lope de Vega Carpio/ps.* 89 *al* 110).—*Pensil de Apolo, por doze comedias / nvevas de los mejores ingenios de España / Parte catorce /* 1661 *Madrid, Garcia y Morras.* (*Comedia famosa, / La Hija del Mesonero, / fiesta que se representó á sus Magestades en Palacio, de Don Diego de Figueroa y Cordova, fols.* 161 *á* 182).—*En el resto de las notas bibliográficas de Rius hay que hacer algunas*

tipos picarescos del *Casamiento engañoso*, que no tienen ninguna relación con los que eran peculiares del teatro inglés.

Leocadia, Constanza, Teodosia, Cor-

correcciones. El paralelo entre las «Gitanillas», de Montalván y Solís, á que se refiere en el núm. 590, *está en la página* 505 *de «Comedias escogidas de / Don Antonio de Solís / y Rivadeneira / tomo único / con licencia / Madrid, imprenta de Ortega y Compañía /* 1828». — *La comedia de Beaumont y Fletcher «Rule a Wife and have a Wife», tomada de «El casamiento engañoso» no puede datar de* 1640, *porque Beaumont murió en* 1615 *y Fletcher en* 1625. *Las fechas que asigna á las demás obras de estos autores me parecen tan arbitrarias como la de* 1647 *que atribuye á «The fair Maid of the Jun» (sic, debe decir «Inn»).—Las obras de Beaumont y Fletcher, incluidas en The / British Drama / London / Jones and Company /* 1829 *están pág.* 151, *y la traducción francesa comentada de «Rule a Wife», en «Chefs d'œuvre / des Théatres étrangers / á Paris / Ladvocat / MDCCXXII» pág.* 152 *y siguientes.—Á la lista de Rius hay que agregar también los arreglos para óperas que he mencionado, y «La Gitanilla de / Madrid / comedia nueva original / en tres actos y en verso / por / Don Gabriel Estrella / representada por primera vez en el teatro de la Comedia el dia* 30 *de Enero de* 1851. */ Esta comedia es propiedad de la sociedad Tipográfico editorial, que usará / de su derecho contra quien la reimprima ó represente sin su conocimiento / con arreglo á la ley de* 10 *de Junio de* 1847.»

nelia, esas rubias de quince años que llevaban la ternura y la abnegación amorosa hasta el sacrificio, encarnaban á maravilla en la poética de los grandes dramáticos ingleses. Aunque eran fuertes, enérgicas y sanas, tenían muchos puntos de contacto con las otras rubias «débiles, ruborosas, de ojos azules, de blancura de lis y delicadeza enfermiza», que Taine llama hermanas de Ofelia; éstas y aquéllas están animadas por una dulzura reflexiva y hechas para formar contraste espiritual con la energía de los hombres, subordinándose á ellos, doblegándose y uniéndose.

Pero esas figuras de mujer, no por parecerse á las que pasan por los dramas ingleses

«Como la brisa que la sangre orea
Sobre el obscuro campo de batalla»,

son las mejores en las *Novelas Ejemplares:* tienen algo del amanerado artificio de las protagonistas de las novelas italianas que sirvieron de modelo á Cervantes en su primer manera de

novelar, y hay en su lenguaje tantos resabios del extremado discreteo de las damas del teatro español de su época, que en ocasiones no parecen varias, sino una sola. Hacen en el lector sincero la impresión que haría una de esas actrices que los franceses llaman «ingenuas», que fuese muy bonita y hablase límpidamente, pero que no cambiara nunca el tocado de sus cabellos rubios, y dijera siempre con la misma voz dulce, severa á ratos y á ratos de entonaciones infantiles, las cortesanías de un viejo mundano ó las asperezas de un fraile misionero. No, no se ajustan siempre al tipo real que de ellas podía esperarse; razonan con experiencia incompatible con sus años, y hablan de virginidad y entereza con una impasibilidad de médico muy ajena al recato que se les supone. Hay casos en que la mansedumbre oriental con que reciben como merced lo que se les debe de justicia, las rebaja en dignidad á nuestros ojos, pues contrasta con las ideas que hoy privan y que pecan por el extremo contrario,

pues llevan á la escena con aplauso caracteres como el de *La Vassale*, de Case, que rechaza la reparación que le ofrece el hombre que la deshonró, porque no quiere unirse á quien la ultrajó abusando de su debilidad.

No significa lo dicho que los caracteres de mujer no sean hermosos en las *Novelas Ejemplares;* lo son, sobre todo en las figuras de segundo término, admirables de verdad y de vida, y Fletcher y Beaumont supieron interpretarlas bien. Pero los principales caracteres de las *Novelas Ejemplares* son otros. Shakespeare sólo podría haber dado vida teatral á la desgarradora ironía de *Vidriera*, cuando, al recobrar la razón, miraba que perdía por cuerdo lo que había alcanzado por loco, que era el sustento: sólo Shakespeare podía haber sostenido en escena, tal cual es, al *Celoso Extremeño*, ese vencedor de la suerte, vencido por el amor; que siendo viejo, rico, celoso y enamorado, no produce ni risa ni desprecio, sino una impresión lastimosa profundamente triste.

IV

Ya lo hemos visto; la importancia de las *Novelas Ejemplares* no es de aquellas que únicamente pueden medirse teniendo en cuenta la época en que se produjeron; lo dije y he de insistir en ello: las más celebradas novelas cortas de los precursores y contemporáneos de Cervantes, no pasan de ser cuentos breves, basados en escenas verdaderas, á los que, si quería dárseles otras dimensiones, se agregaban anécdotas sin plan de unidad. El hecho, la acción, era lo único que preocupaba al novelista, que ni entendía de justificar caracteres, ni de colocarlos en su medio propio. Cervantes, al escribir las *Novelas*, se formó á sí mismo como escritor, y creó en cierto modo la novela moderna.

La formación de la personalidad literaria de Cervantes puede seguirse en las *Novelas Ejemplares*. Primero,

en estilo muy semejante á las memorias autobiográficas de entonces, hace el relato de los sucesos de su cautividad: sucesos que habían dejado en él tal impresión que necesitaba referirlos desde luego; después, recordando tiempos mejores, los de su estancia en Italia, cuenta, á la manera italiana, aventuras imaginadas, dando muestras de su inventiva dentro de las corrientes del gusto general: más tarde, á la novela novelesca entremezcla episodios vividos y pinturas de costumbres, de carácter netamente español; y por último, dueño de su personalidad, dominando los secretos de un arte que él mismo iba descubriendo, á la vez que planeaba y escribía, fué el novelista psicólogo, maestro de maestros en el cuento satírico y en el cuento amoroso, ennoblecidos y dignificados al pasar por sus manos.

Poco importa que los inmediatos sucesores de Cervantes no supieran aprovecharse de la conquista por él alcanzada; la novela había vivido ya, y resucitaría más tarde. El cuento

breve é informe, se había prolongado porque el asunto lo requería; no sólo se pintaba á los personajes por fuera: dándoles el fondo apropiado, entremezclando las descripciones á los diálogos y á las diversas formas de la narración personal é impersonal, se escudriñaban también las almas. La novela estaba hecha por medio de este libro, y si Cervantes no hubiera escrito el *Quijote*, para inmortalizarlo habrían bastado las *Novelas Ejemplares*.

FIN

REGISTRO ALFABÉTICO

18

REGISTRO ALFABÉTICO

DE

AUTORES CITADOS

S

T

V

W

X

Y

Z

51